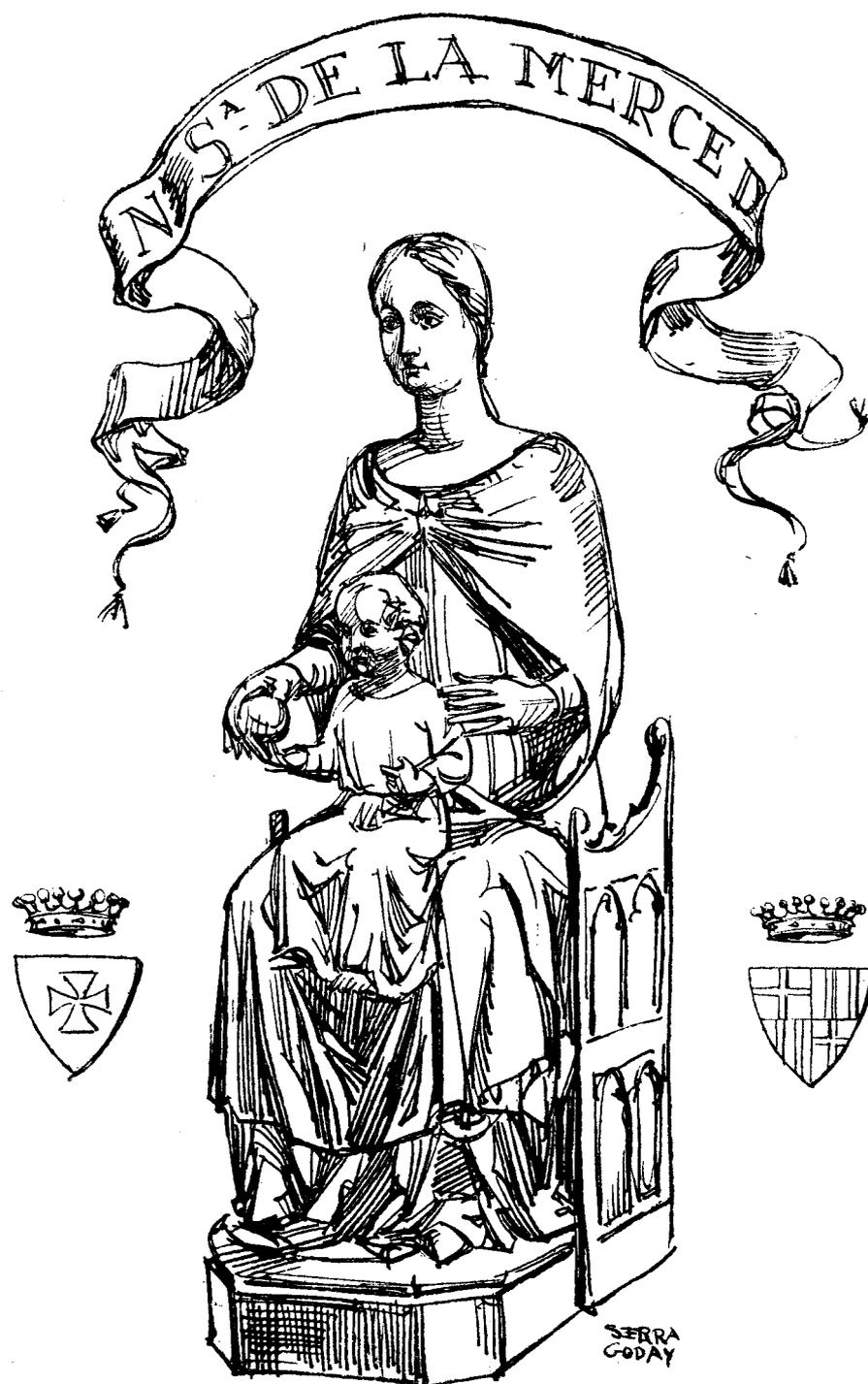


CRISTIANIDAD



BARCELONA

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22 24 46

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

MADRID

Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 22 62 08

Suscripción	}	Anual . . .	100 ptas.	}	Número ordinario	5 ptas.
		Semestral .	50 »		Encuadernar.	25 »
		Trimestral .	25 »		Tomo encuadernado	125 »

Todo socio del Apostolado de la Oración debiera leer:

ECOS DE LA CRUZADA INTERNACIONAL DE ORACION Y PENITENCIA

DIRECCION DIOCESANA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

Redacción y Administración:

yetana, 105, pl. - Tel. 22 24 89 - BARCELONA



*¿Qué necesitas?
¿Qué información puedes aportar?*

Bien seguro que si todos los católicos nos intercambiamos las informaciones de lo bueno que cada uno de nosotros conozca, podremos ayudarnos mucho mutuamente y con ello practicar el amor al prójimo que nos mandó Jesucristo.

SERVICIO CATOLICO DE INFORMACION

(S. L. C. I. N.) de la Congregación de la Purificación y San Francisco de Asís

Calle Roger de Lauria, núm. 15, pral. - Teléfono 22 71 68

recopila y divulga información de lo moralmente bueno y aceptable que pueda interesar, a través de su boletín quincenal, ampliando detalles en sus oficinas de 5 a 9 de la tarde.



Todas las ofertas deben venir acompañadas de buenas referencias morales.



Se agradecerá a los empresarios de salas de espectáculos públicos o privados así como a los dedicados a empresas de sano esparcimiento como Agencias de Viajes, Conciertos, Grupos excursionistas, etc., se sirvan darnos a conocer sus programas con la debida antelación para insertarlos en el boletín e informar personalmente a los consultantes.

E. B.

CATÓLICO:

DESPIERTA Y MILITA

Precio de este número extraordinario: 8 ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION A SV SAGRADO CORAZON

SVMARIO

EDITORIAL:

Instaurare omnia in Christo, por J. B. B. (pág. 369).

PLURA UT UNUM:

¿Dónde está la caridad?, por Fernando Serrano Misas (pág. 373).

La «política» de Pío X: Partidos de orden y partido de Dios, por Roberto Coll Vinent (pág. 374).

La misión providencial de Pío X: Pío X, vivo en la historia de la Iglesia, por A. Martini, S. I. (pág. 379).

Con motivo de unos escritos Pastorales, por José Luis Vázquez Doderó (pág. 381).

DEL TESORO PERENNE:

El programa de un Pontificado: Fragmento de la Encíclica «E supremi apostolatus» (página 377).

EL BIELDO Y LA CRIBA:

Reparando una injusticia, por Arturo M.^a Cayuela, S. I. (pág. 384).

El portentoso arco triunfal del cristianismo, por Angel Dotor (pág. 389).

Un almirante sobre el «Syllabus», por V. D. (pág. 390).

COLABORACION:

Predicación de Santiago en España, por Terenciano Montero, O. M. I. (pág. 392).

DE ACTUALIDAD:

Crónica religiosa mensual, por Himmanu-Hel (pág. 394).

Crónica política del mes, por Shehar Yashub (pág. 397).



Instaurare omnia in Christo

Los últimos pontificados ofrecen una sorprendente continuidad en lo nuclear de sus enseñanzas y de su actuación. Esta unidad corresponde, no tan sólo a la unidad de naturaleza y fin de la Iglesia sino a la de la época en que vivimos. Toda ella se resume, en definitiva, en la que podríamos llamar **doctrina del Reino**.

Esta idea destaca poderosamente como central en todos los Pontificados que se suceden en los últimos tiempos, de suerte que, ya sea presentada de modo directo, ya en sus condiciones o consecuencias, no hay documento o instrucción pontificia que no se reduzca a ella.

Veamos los elementos principales que integran esta idea, tal como se exponen en el fragmento que reproducimos de la primera Encíclica del Beato Pío X:

1.- Referencia a la gravedad **excepcional** de nuestro tiempo, en función de la cual, justamente, se establece la doctrina del Reino. a) Raíz de ello es la **apostasía**, el universal apartamiento de Dios y correlativamente la **divinización del hombre**. Todo ello llevado a tal extremo que quien pondere semejante perversión temerá que ella sea el principio de los tiempos del Anticristo. b) La manifestación de este mal es sobre todo la exacerbadón de los odios y luchas entre los hombres. c) Los empeños para establecer la paz fracasarán, mientras no se modifique la orientación radical de la sociedad.

2.- La realidad y gravedad de tales males pide de nosotros (si somos conscientes y queremos verdaderamente aportar nuestra ayuda) no sólo la oración, sino además la reivindicación pública de la soberanía de Dios en toda su plenitud, sobre el hombre y toda criatura.

Sólo así es posible, en efecto, restaurar el orden social y asegurar la paz.

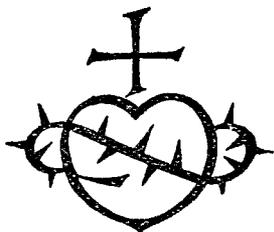
3.- Es inútil esforzarse en volver a las Naciones al respeto de la soberanía divina si no es por Jesucristo. De donde se sigue que «Restaurar todas las cosas en Cristo» y «volver a los hombres a la obediencia de Dios» son una sola y misma cosa.

4.- La senda que conduce a Jesucristo es la Iglesia. Para esto, en efecto, la estableció Jesucristo al precio de su divina Sangre; para esto le confió el depósito de su doctrina y los preceptos de su Ley, y le ha prodigado su gracia.

Por todo esto, el plan que el Pontífice se propone y al que invita a todos a colaborar será: **«tratar que las sociedades, que viven extraviadas lejos de la sabiduría de Cristo, vuelvan a la Iglesia; pues la Iglesia las someterá a Cristo y Cristo a Dios.»** Ello supone llevar con toda energía, en cada caso particular, la aplicación de los grandes principios en que la Ley de Dios y la doctrina de la Iglesia se resumen, con la mira de **formar a Cristo en todos**.

Seguiremos, Dios mediante, en otros números, analizando esta capitalísima doctrina.

J. B. B.



SEPTIEMBRE:

La recta inteligencia y el amor de la Sagrada Liturgia

«Adveniat Regnum Tuum»

Definición

Liturgia viene del griego «*leitourgia*», palabra con que se designaban en Atenas determinados servicios públicos. En el lenguaje cristiano de Oriente esta palabra designa, desde la antigüedad, el servicio por excelencia, a saber: la Misa. A partir del siglo XVII ha tomado un sentido más general, y se aplica a todas las prácticas y funciones del culto católico.

Maravillosamente define la liturgia la Encíclica «*Mediator Dei*», de S. S. Pio XII, felizmente reinante, diciendo:

«La Sagrada Liturgia es el culto público que nuestro Redentor rinde al Padre como Cabeza de la Iglesia y el que la sociedad de los fieles rinde a su Cabeza y por medio de Ella al Padre eterno; es, para decirlo en pocas palabras, el culto integral del Cuerpo místico de Cristo, esto es, de la Cabeza y de los miembros.» Es «el medio principal por el cual la Iglesia continúa el oficio sacerdotal de Jesucristo» (1).

Dignidad

«La Iglesia tiene en común con el Verbo encarnado la misión de enseñar a todos los hombres la verdad; de regirles y gobernarles; finalmente, de ofrecer a Dios sacrificios aceptables.» De suerte que, así como Ella continúa con su magisterio, el Magisterio de Cristo, y gobierna en su nombre a los cristianos, cumple también su voluntad de que «la vida sacerdotal iniciada por Él en su cuerpo mortal con el continuo ejercicio de la oración y su propio sacrificio por el que se ofreció Víctima inmaculada a Dios en la Cruz, no cese en el transcurso de los siglos en su Cuerpo místico, instituyendo a este fin un Sacerdocio visible que ofreciese en todas partes la Oblación pura».

Por esto, la dignidad de la Liturgia es altísima, toda vez que tiene su origen en el mismo Cristo, nuestro Señor. Él es el Gran Pontífice del nuevo culto, quien estableció sus reglas fundamentales y confió a la Iglesia el encargo de continuar su obra. Y así, «la acción litúrgica se inicia con la misma fundación de la Iglesia». Los primeros cristianos perseveraban en oír la enseñanza de los Apóstoles, y en la unión para la fracción del pan y la oración (Act. II, 42). En todas partes donde los pastores pueden reunir un grupo de fieles erigen un altar sobre el que ofrecen el Sacrificio; y en torno del mismo son establecidos otros ritos adecuados a la salvación de los hombres y a la glorificación de Dios.

Entre estos ritos, están en primer lugar los Sacramentos; después, la celebración de las alabanzas divinas, con lo cual los fieles, también reunidos, obedecen a la exhortación del Apóstol: «enseñándoos y exhortándoos unos a otros con toda sabiduría, con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y dando gracias a Dios en vuestros corazones» (Col III, 16); después, la lectura de la Ley, de los Profetas, del Evangelio, de las Epístolas apostólicas; por fin, la homilía, con la cual el presidente de la asamblea recuerda y comenta provechosamente los preceptos del divino Maestro».

Así, «se organiza y desarrolla el culto según las circunstancias y las necesidades de los cristianos; se enriquece con nuevos ritos, ceremonias y fórmulas, siempre con la misma intención», a saber: estimular a todos a mayor santidad.

Pero, además, «la sagrada Liturgia tiene estrechas relaciones con aquellos principios doctrinales que la Iglesia propone como formando parte de verdades certísimas, a saber: con los dictámenes de la fe católica».

Por todo ello, cuanto concierne al culto litúrgico está especialmente encomendado a la autoridad y custodia de la Jerarquía Eclesiástica, y en especial al Sumo Pontífice.

División

Hemos visto como desde los orígenes de la Iglesia el culto litúrgico va desarrollándose en una diversidad de actos y ritos, entre los cuales figuran, principalmente:

- El Sacrificio de la Misa.
- Los Sacramentos.

(1) Pio XII, Encíclica *Mediator Dei*, sobre la Sagrada Liturgia. - Trad. Ediciones «Sígueme», Salamanca, 1948. - Todos los demás pasajes entrecomillados se refieren a este documento.

Los Sacramentales, a saber, aquellas cosas o acciones de las cuales suele servirse la Iglesia, a imitación de los Sacramentos, para obtener por su impetración efectos principalmente espirituales: consagraciones, bendiciones, etc.

El rezo del Breviario y del Oficio divino, por el cual «el culto que la Iglesia rinde al Eterno y que está resumido principalmente en el Sacrificio eucarístico; y en el uso de los Sacramentos, está dispuesto y ordenado de tal modo que se extienda a todas las horas del día, a las semanas, a todo el curso del año; a todos los tiempos y condiciones de la vida humana», con el fin de alcanzar «el ideal de la vida cristiana, que consiste en la íntima y continua unión con Dios». De aquí también, la diversidad de prácticas dispuestas para cada tiempo del Año litúrgico, así como los actos y prácticas contenidos en los libros litúrgicos.

Elementos

«La Liturgia es un culto a la vez interno y externo. Es externo porque así lo reclama la naturaleza del hombre, compuesta de alma y cuerpo; por lo cual Dios ha dispuesto que conociéndole por medio de las cosas visibles, seamos atraídos al amor de las invisibles.» Pero además porque «el culto divino pertenece, no solamente al individuo, sino también a la colectividad humana y por lo tanto es necesario que sea social; y ello es imposible, incluso en el terreno religioso, sin vínculos y manifestaciones exteriores. Finalmente, porque por este medio se manifiesta la unidad del Cuerpo místico de Cristo», que es la Iglesia.

Sin embargo, «el elemento esencial del culto debe ser el interno: es necesario, en efecto, vivir siempre en Cristo, consagrarse por entero a Él, inmolarse con Él; a fin de que en Él, con Él y por Él se dé gloria al Padre».

«Exige, pues, la Sagrada Liturgia que estos dos elementos estén íntimamente unidos, lo que no se cansa de repetir la Iglesia cada vez que prescribe un acto externo de culto.»

Función del Sacerdote y de los fieles

«El divino Redentor ha establecido su Reino sobre los fundamentos del Orden sagrado, reflejo de la Jerarquía celestial. Por esto, el Sacerdocio externo y visible de Jesucristo se transmite a la Iglesia no de modo genérico e indeterminado, sino que es conferido a individuos elegidos con la generación espiritual del Orden; Sacramento que no sólo confiere una gracia particular, sino también un carácter indeleble que configura a los Sagrados Ministros a Jesucristo Sacerdote.»

Más la dignidad y misión propias del Sacerdote como «representante que es de Cristo ante el pueblo y del pueblo ante Dios»; como representante de Aquel que fué constituido Mediador entre Dios y los hombres, si bien le eleva por encima del pueblo en la celebración de los misterios divinos, no excluye la participación de los fieles; los cuales, «con las aguas del bautismo se convierten en miembros del Cuerpo místico de Cristo Sacerdote, y por medio del carácter que este Sacramento imprime en sus almas, son delegados al culto divino, para participar, de acuerdo con su estado, en el Sacerdocio de Cristo».

Así, si de ninguna manera es lícito atribuirles potestad semejante a la sacerdotal, pretendiendo, vgr., que ellos conciebran con el Sacerdote en la Misa, sin embargo, participan muy propiamente en el ofrecimiento de la divina Víctima y en los demás actos de la liturgia.

Conocimiento y amor de la Liturgia

De aquí la importancia, para la vida espiritual de los fieles y para edificación de aquellos que no pertenecen todavía, por desgracia, a la Iglesia, de que se difunda más y más el conocimiento, amor y espíritu de la Liturgia católica, evitando todos los errores y desviaciones que puedan menguar o impedir su fruto.

Este fruto ha de ser nuestra participación en los sentimientos y Sacrificio de Cristo: «Todos los elementos de la Liturgia tienden a reproducir en nuestras almas la imagen del divino Redentor a través del Misterio de la Cruz, según la frase del Apóstol: estoy crucificado con Cristo.»

¿DONDE ESTA LA CARIDAD?

Celestiales visiones

Era a finales del siglo XII. Capilla del Palacio del Obispo Maurice de Sully, en París. 28 de enero de 1193. Un doctor y profesor de aquella Universidad iba a ser promovido al sacerdocio.

El Rector, las autoridades, profesorado y varios Abades se hallan presentes. Da comienzo la ceremonia; durante la consagración, al serle impuestas las manos por el Obispo, una columna de fuego se dejó ver sobre la cabeza del nuevo clérigo.

Tras su consagración, celebra la primera Misa. Al elevar la Sagrada hostia, se le aparece un ángel, en forma de apuesto joven vestido de blanco, con una cruz roja y azul sobre el pecho, y las manos cruzadas, puestas cada una de ellas sobre la cabeza de dos cautivos, uno moro y otro cristiano, cargados de cadenas, en ademán de querer trocar el uno por el otro.

Aquel docto profesor, emocionado, ve en ello especial llamada de Dios para algo que todavía no comprende, y se retira a la soledad para implorar divina luz, mediante la oración y penitencia. Vase al desierto, en donde se encuentra con un santo ermitaño, y ambos solitarios se ayudan recíprocamente con sus oraciones y ejemplos.

Cierto día, embebidos en santos coloquios sobre la majestad de Dios, al pie de una fuente, vieron venir hacia ellos un ciervo que, entre las astas, llevaba prendida la misteriosa cruz de los dos colores. Reñérole Juan de Mata, que no otro era el primero, a su compañero el ermitaño Félix de Valois, la visión que tuviera, e, inspirados entonces de que el cielo deseaba de ellos se dedicaran a la caritativa obra de redimir cautivos, parten para Roma a fin de someterlo al criterio del supremo oráculo de la Iglesia.

Quedó admirado Inocencio III de su caritativa y generosa resolución, pero andaba dudoso e indeciso en orden a aprobar el nuevo instituto que le proponían. Estando celebrando Misa en San Juan de Letrán, precisamente el 28 de enero, se le apareció un ángel vestido de blanco, con los mismos símbolos con que se le apareciera a San Juan de Mata. Así quedó determinado y con ello fundada la Orden de la Santísima Trinidad para la redención de cautivos, imponiendo a aquellos preclaros varones, el 2 de febrero y fiesta de la Purificación, el hábito y distintivo con los mismos colores del ángel.

Tres sueños

Finalizado el siglo y entrado ya el XIII, en la batalla de Muret, y en lucha con los albigenses, parecía el rey don Pedro II de Aragón, dejando por heredero un niño de unos seis años que iba a reinar con el nombre de Jaime. Consciente el conde Simón de Montfort de su invalidez, decidió darle por ayo a un ilustre caballero de una de las mejores casas del Languedoc, Pedro de Nolasco, quien de esa forma vino a establecerse en estas tierras.

Con general elogio y satisfacción dejó cumplida su misión, edificando a todos con el ejemplo.

Eran la devoción a la reina de los ángeles y la caridad sus más características virtudes. Habiendo vendido todos sus bienes y gastado cuanto poseía en el rescate de cautivos, y no teniendo ya de qué echar mano, recurrió a la oración para fortalecerse en el propósito de vender su propia libertad, quedando en el cautiverio en lugar de alguno de los que allí gemían.

Durante la oración se le apareció la Santísima Virgen manifestándole cuán grato le fuera a Ella y a su divino

Hijo la institución de una Orden especialmente dedicada a la redención de cautivos. No atreviéndose a actuar sin la aprobación de su confesor San Raimundo de Peñafort, fué en su busca, admirándose al ver que el Santo había tenido aquella noche la misma aparición.

Confirmados por la uniformidad de la revelación, pasaron al palacio para comunicar al rey sus intentos, haciéndole participe de lo sucedido. Es de suponer su sorpresa y grata admiración cuando el rey se adelantó a contarles, a su vez, la visión que había tenido, en un todo conforme con las otras dos.

El día 10 de agosto de 1218, día de San Lorenzo, el rey, con toda la Corte, magistrados y próceres de la ciudad, pasaba a la Catedral para el solemne acto. Ofició el Obispo don Berenguer de Palou, predicando San Raimundo de Peñafort, que declaró ante todo el pueblo la revelación de la Madre de Dios que habían tenido, procediendo a la fundación de la Orden redentora de cautivos con el título de Nuestra Señora de la Merced, tomando por hábito el blanco y por enseña una compuesta por las cuatro barras de oro en campo de gules que le dió el rey de su propio escudo, coronadas por la cruz en fondo blanco de la Catedral y estableciendo el cuarto voto, por el que se obligaban a quedarse cautivos cuando no tuvieren otro modo de rescatar a los demás.

De la labor realizada y del positivo esfuerzo de esa Orden y de aquella cristiandad dará idea el que hasta fines del siglo XVIII, en que las ideas de «libertad» de la Revolución francesa la dejaron prácticamente inexistente, llegaron a redimir más de medio millón de cristianos cautivos, habiendo empleado unos 20.000.000.000 de pesetas, al valor actual de esta moneda, obtenidas por limosnas, aparte las oblaciones personales, con muchos mártires.

El móvil

¿Qué sucedía en aquellos tiempos? ¿Qué acontecimientos motivaban o justificaban esas manifestaciones? ¿Por qué caballeros y gentes de toda clase y condición acudían rápidamente a engrosar las filas de tan abnegadas Ordenes?

Con veinticinco años de diferencia vemos repetirse la misma manifestación; la Providencia actúa en forma similar: Una aparición, una triple revelación en los dos casos, es el modo de inducir a la fundación de una milicia espiritual dedicada a redimir cristianos perseguidos y cautivos. Y eso, ¿por qué?

En ello había una causa, que no era otra que la cristiandad atribulada, y en la reacción de los fieles un móvil: la caridad.

Trataremos de indicar algo de una y otra, y, así, cedamos la pluma a nuestro insigne polígrafo Balmes para que nos describa la situación en aquella época (1):

«... A causa de las dilatadas guerras con los infieles gemían en poder de éstos un sinnúmero de cristianos privados de su patria y libertad, y expuestos a los peligros, en que su penosa situación les colocaba a menudo, de apostar de la fe de sus padres... Tenían los infieles ceñido el Mediodía de Europa con una línea muy extendida y cercana, desde donde podían acechar el momento oportuno... Las revoluciones y vaivenes de aquellos tiempos les ofrecían a cada paso coyunturas favorables... Puede asegurarse que era éste uno de los gravísimos males que afligían a Europa. Si la palabra *caridad* no había de ser un nombre vano, si los pueblos europeos no querían olvidarse de sus lazos de fraternidad y de su comunidad de intereses, era

(1) Balmes. - Obr. compl. t. VII.

PLURA UT UNUM

necesario, urgente, tratar del remedio que debía aplicarse a calamidad tan dolorosa... Todos esos desgraciados tenían derecho, sin duda, a que sus hermanos de Europa les dispensaran una mirada de compasión e hiciesen un esfuerzo por libertarlos.

»¿Cómo conseguir ese caritativo objeto? ¿Qué medios podrían emplearse para llevar a cabo una empresa que ni podía confiarse a las armas, ni tampoco a la astucia? Nada más fecundo en recursos que el Catolicismo... Las reclamaciones y negociaciones de las potencias cristianas nada podrían remediar en favor de los cautivos; nuevas guerras emprendidas por esa causa aumentarían las calamidades públicas, empeorarían la suerte de los que gemían en el cautiverio y quizás acrecentarían su número, enviándoles nuevos compañeros de desgracia; los medios pecuniarios, faltos de un punto céntrico de dirección y acción, producirían escaso fruto y vendrían a desperdiciarse en manos de los agentes subalternos. ¿Qué recurso quedaba, pues? El recurso poderoso que tiene siempre a mano la Religión católica, su secreto para llevar a cabo las mayores empresas: *la caridad.*»

Por ella los hombres renunciaban a todas sus comodidades, se desprendían de sus bienes y llegaban a hacer entrega hasta de sí mismos y de su más preciado don, la libertad; y la Iglesia ordenaba y autorizaba disponer de todos los bienes en igual forma, llegando incluso a mandar que, por malparada que se hallase una iglesia, primero que a su reparación debía atenderse a la redención de los cautivos, y, más aún, si esta atención lo exigía, que se vendiesen las alhajas de las iglesias, ¡hasta sus vasos sagrados! En tratándose de los atribulados cautivos no tenía límites la caridad.

La Iglesia conjuntamente, y cada uno de sus miembros, vibraba y se afligía, ofreciéndose en todo por los hermanos torturados y en cautiverio.

¡Oh Edad Media, Edad Media!, tan injustamente vituperada, ¡cuán enorme retroceso hasta nuestro civilizado siglo!

De la caridad

No es nuestro propósito, ni corresponde al limitado espacio de estas consideraciones, hacer un estudio doctrinal de tan excelsa virtud.

Virtud la más sublime de las tres teologales, pues no se pueden concebir sin ella las otras dos; ¿cómo creer ni en qué esperar, si no se ama? «Ahora existe la fe, la esperanza y la caridad, pero la más grande de las tres es la caridad» (2). La única que subsistirá en la Gloria, pues ante la presencia de Dios y logra la eterna salvación, la fe y la esperanza dejan de tener sentido, para compendiarse todo en la caridad, en el amor ardiente del Supremo bien.

San Pablo, en su primera epístola a los Corintios, nos dice (3): «Aun cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres, y el lenguaje de los ángeles, si no tuviera caridad, vendría a ser como un metal que suena, o campana que retiñe. Y aun cuando tuviera el don de profecía y penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias, y tuviera toda la fe posible, de manera que trasladase de una a otra parte los montes, no teniendo caridad nada soy. Aun cuando distribuyese todo a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si la caridad me faltase, todo lo dicho no me serviría de nada.»

Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, es el precepto del mandamiento de la caridad. No amamos a Dios si no amamos a quienes El ama, es decir, a sus criaturas, las que ha hecho por amor. Así dice San Juan (4): «Aquel que no ama a su hermano al cual ve, ¿puede amar a Dios, a quien no ve?»

(2) San Pablo. - 1 Ad Corinthios XIII, 13.

(3) San Pablo. - 1 Ad Corinthios XIII, 1-3.

(4) San Juan, I-IV, 20.

Mas no basta con la caridad «afectiva», esto es, apoyada en sentimientos de complacencia y benevolencia hacia nuestro prójimo; para ser perfecta la caridad ha de ser además «efectiva», o sea, que incline nuestro ánimo a la beneficencia y a los actos de misericordia para con éste.

Si a eso nos obliga el precepto para con nuestro prójimo en general, entendiendo por prójimo toda criatura dotada de razón, ¿a qué no nos obligará respecto de nuestros hermanos cristianos, miembros conjuntos del Cuerpo místico de Cristo?

Consideraciones del momento

Releamos detenidamente la descripción que de época pretérita dejamos hecha; cambiemos nombres y lugares y extendamos los horizontes que abarca, para preguntarnos: ¿no es acaso la situación de hoy día?

¿No existen por ventura más de sesenta millones de católicos que penan y sufren por causa de no menos pérfidos infieles? ¿No hay ahora obispos, sacerdotes, religiosos y seglares que en número de miles se hallan en temible cautiverio? ¿Qué de los arzobispos de Belgrado, Budapest y Praga, y de tantos otros prelados de Lituania, Polonia y Rumania, y, más allá aún, de la flagelada China?

Casi no pasa día, y bien poco es lo que dicen, sin que la prensa no traiga noticias de nuevos encarcelamientos, exclaustros, persecuciones y, lo que es peor aún, extorsiones para obligar a apostatar de nuestra fe.

Hasta nosotros ha llegado un emocionante documento, que otro día será objeto de más detenido estudio en CRISTIANDAD, procedente de la China, de un misionero que quizá a estas horas sea ya mártir de Cristo. Con la concisión de lo clandestino y la emoción de la tragedia, refiere la satánica persecución de que son objeto los católicos y sus instituciones por parte de la horda roja; cómo unos van cayendo víctimas de malos tratos o de mortales sentencias y, lo que es más triste, cómo otros, más débiles o sometidos a terribles dilemas, llegan a apostatar de la fe católica: ¡una neófita a la que, puñal en mano, se la obliga o a matar a su padre o a firmar su apostasia!

Grave, gravísimo dolor es el que sufre esa parte de la Iglesia perseguida y cautiva. Entretanto, ¿qué hacemos nosotros?

Pongamos la mano sobre el corazón y con sinceridad meditemos: ¿cuántas veces hemos pensado, siquiera, en ellos?, ¿cuántas hemos hecho algo por ayudarles, por fortalecerlos, por mitigar su situación?, ¿cuántas, al menos, hemos rogado por ellos? Creo que debería sonrojarnos la respuesta.

Cuando nos concedemos reposo en limpio y mullido lecho, ¿recordamos alguna vez a los que yacen tullidos y atreídos en lóbregas cárceles? Cuando nos alimentamos cumplidamente y hasta con exceso, ¿pensamos en los que nada les permiten comer o a lo sumo una repelente agua de nabos y un pedazo de algo negruzco que llaman pan? Cuando nos concedemos horas de solaz y esparcimiento, aun cuando sea lícito y honesto, ¿consideramos la diversión de cuantos a esa misma hora estarán sufriendo las angustias de terribles tormentos, por desgracia no desconocidos en España, y quizá otros peores?

Y son nuestros hermanos, iguales o mejores, con los mismos derechos, con la misma cultura y aspiraciones, que un día no lejano disfrutaron de las mismas comodidades, miembros del mismo Cuerpo.

Si en el cuerpo físico una parte, un miembro, una extremidad, por ejemplo, se lesiona, todo él se resiente, se solidariza; piérdese la apetencia, la fiebre le domina y todo el organismo reacciona en un empeño por acudir a remediar el miembro lacerado.

¡Ay del cuerpo que así no reacciona, que en todas sus partes no siente el dolor de uno de sus miembros!, esa pérdida de sensibilidad es prenuncio seguro de trágico fin.

Una llama luminosa...

«Desde su primera Encíclica—*E supremi apostolatus*—fué como si una llama luminosa se hubiese elevado para iluminar las mentes y levantar los corazones. No de otra manera los discípulos de Emaús sentían inflamarse sus pechos mientras el Maestro hablaba y les descubría el sentido de las Escrituras.»

Pío XII en la beatificación de Pío X, 3 de junio de 1951

¿Qué hacer?

Esa será la pregunta que posiblemente se formulen aquellos a quienes cuanto llevamos dicho haya llegado hasta su corazón.

Otros llegarán más allá preguntando: ¿por qué Dios no revela remedios para nuestros males como hiciera otrora?

Como decíamos, nada más fecundo en recursos que el Catolicismo. Ciertamente que en el mundo y circunstancias actuales sería de difícil aplicación la redención pecuniaria y menos la substitución de los cautivos. Pero la inadecuación de un instrumento no puede ni debe ser causa de inacción. Excusa ficticia para pusilánimes, en todo caso, pero nunca justificación.

Si no podemos llegar de otra manera, lleguemos a través de Dios; con limosnas, para cuanto en ese sentido se pueda hacer, y, sobre todo, con oraciones. Caridad de afecto, de recuerdo, y caridad efectiva mediante la oración, la poderosa arma para la que no existen fronteras ni telones, la única que es capaz de aportar consuelos al afligido y fortalecer a los que sufren la prueba suprema de la fe.

¿Nos oirá Dios?, ¿por qué, entonces, no actúa como en aquella época? Dios hace y deshace como quiere, con arreglo a su Providencia. Pero, puestos a comparar, Dios da cuando antes todo se ha dado.

San Juan de Mata, San Pedro Nolasco, iglesias, comunidades y tantos otros, habían dado todo, habían vendido sus bienes, alhajas y posesiones, para mayor ejercicio de la caridad, cuando, agotadas sus humanas posibilidades, acudieron a Dios.

¿Dónde están hoy esos caballeros dispuestos a entregar todo, hasta su propia persona, en aras de la caridad?, ¿dónde esas iglesias, cuyos muros de viejos caigan, por haber gastado todos sus bienes en alivio de los cautivos cristianos, en lugar de hacer amplios dispendios en superfluas y lujosas reformas? ¿Son hoy los monasterios centros de distribución de bienes y de ejercicio de la caridad?

¿Dónde están prelados y sacerdotes que, rodeados de su feligresía, atribulados por los que sufren, en continua oración, en ininterrumpida ofrenda de Misas, realización continuada de la suprema Redención, puedan mover a Dios?

Aterra recordar, leyendo a los moralistas, cuáles sean los pecados opuestos a la caridad: la *discordia* y *disputa*, el *escándalo* y la *cooperación en el mal*. Donde ellos se dan no se puede dar la caridad. ¡Pensar que casi puede decirse son los símbolos de nuestra época!

¡Virgen de la Merced, patrona de la obra redentora, tened compasión de nosotros, voluntarios cautivos de las cárceles del materialismo!

Fernando Serrano Misas

PARTIDOS DE ORDEN Y PARTIDO DE DIOS



El cambio de Pontífice en la Iglesia católica, siendo como es siempre un acontecimiento histórico de primera magnitud, suele ser objeto de los más sabrosos y encontrados comentarios en todo el mundo. Por una parte, la curiosidad, el afán de novedades; y por otra la impaciencia por esa soñada revolución que no llegará porque empezó ya con Jesucristo para terminar con el fin de los tiempos, hace pronunciar toda suerte de raras conjeturas al advenimiento de un nuevo Papa al solio pontificio. Pio X no iba a constituir una excepción. Fué, si cabe, más intensa la expectación existente en el pueblo fiel y en las cancillerías y potencias. ¿Qué curso iba a imprimir a la navecilla de Pedro el sucesor del inmortal León XIII, el de la consagración del mundo al Corazón de Jesús, el Papa de los obreros, el Papa conciliador y sapientísimo?

El posible error del que contesta a este interrogante no estaría tanto en la respuesta como está implícito en la misma pregunta. Un cambio de Papa no es un cambio de gobierno. El Papa tiene como primer título el ser Vicario de Cristo y Cabeza visible de la Iglesia, guardián del depósito de la fe. Ni sus cualidades aunque extraordinarias, ni sus dotes aunque excelsas son parte decisiva en las ordenaciones trascendentales de su pontificado ni en la verdad y entereza de sus enseñanzas. El Espíritu Santo es, en definitiva, quien gobierna a la Iglesia al inspirar a su Cabeza, el sucesor de Pedro. Ponderar en exceso las virtudes humanas, calibrar como elementos de juicio casi únicos el tacto diplomático, la ciencia, el carácter conciliador... es dejarse llevar por el espíritu naturalista que hoy lo invade todo; y ahogar con elogios ditirámicos que se asemejan a adulaciones cortesanas, la grandeza y excelstitud de aquel título —el de Vicario de Cristo— por el que el Papa es merecedor de la más alta veneración y la más rendida y filial obediencia del pueblo fiel.

Pío X, que conocería esta expectación y la tendencia que la inspiraba, atajó pronto esa rara curiosidad. En su primera encíclica «*E Supremi apostolatus*», de octubre del año 1903, decía textualmente:

«No faltarán, sin duda, quienes, aplicando a las cosas divinas la estrecha medida de las humanas, se afanarán en escrutar Nuestros íntimos pensamientos para torcerlos hacia sus miras terrestres y sus intereses de partido. Para cortar de raíz estas vanas esperanzas, Nos afirmamos con toda verdad que Nos no queremos ser y con la ayuda de Dios no seremos, en medio de las sociedades humanas, nada más que el Ministro de Dios que Nos ha revestido de Su Autoridad. Sus intereses son Nuestros intereses, consagrarle Nuestras fuerzas y Nuestra vida, tal es Nuestra inquebrantable resolución...» Y abundando más aún en este propósito, insistía en el primer consistorio del 9 de noviembre del mismo año 1903: «Así pues, Nos no podemos menos de admirarnos de que tantas gentes, llevadas por esta pasión de las novedades que es la característica de nuestra época, se esfuercen en conjeturar cuál podrá ser la orientación de Nuestro Pontificado. Como si fuera necesario emplear mucho esfuerzo en investigarlo.» Y aquí el jarro de agua fría para los innovadores a ultranza: «¿No es evidente que Nos no queremos ni podemos seguir más que la vía trazada por nuestros prede-

cesores? Restaurar todas las cosas en Cristo, tal es, Nos lo hemos dicho ya, Nuestro programa.»

* * *

En lo fundamental, quede esto claro, no hay variación entre uno y otro pontificado. La enseñanza de la Iglesia resplandece luminosa en León XIII como en su antecesor Pio IX y en el que le había de seguir, el Beato Pio X. Se alegran tontamente los que esperan orientaciones contrarias en Papas distintos, cuando el que fenece tuvo un criterio intransigente con el que discrepan o una táctica conciliadora que no es de su agrado. Porque el cambio de táctica, impuesto a veces por circunstancias exteriores, no implica un cambio de doctrina. El Vicario de Cristo sirve a la Verdad y la verdad es una. Y sólo esta Verdad es la que conducirá a la Iglesia a su triunfo definitivo.

Esto supuesto, será fácil valorar en lo justo el cambio de táctica —y éste sí existió, y radical— entre el Pontificado de Pío X y el de su inmediato predecesor León XIII. De éste cuenta el historiador francés Mourret, que en los últimos días de su vida y sobre todo desde la publicación por el gobierno francés del «libro amarillo», plagado de ataques y calumnias a la Santa Sede, repetía con frecuencia y amargura a sus familiares: «*¡Me han engañado! ¡Me han engañado!*» (1). El gobierno de la República francesa, al servicio de las sectas y no del bien público, abusó indignamente de la inmensa tolerancia del Pontífice ya anciano. Los católicos no supieron interpretar con exactitud sus directrices sobre el «ralliement»; y las connivencias culpables de algunos sectores, más celosos de la República que del bien de la Iglesia, malograron una tras otra las consignas de León XIII sobre la lucha, en el terreno constitucional, contra la masonería y las leyes persecutorias por ella impuestas. No fué posible ir más allá en la paciencia del Papa ni en la feroz osadía de los gobiernos que se sucedían en el despojo de los derechos y los bienes de la Iglesia.

No fueron iguales las circunstancias. León XIII inició su pontificado en la fervorosa esperanza de aplacar los rencores de una minoría sectaria con la obediencia de una mayoría dócil. Pío X fué elevado al solio pontificio cuando los esfuerzos de una tolerancia incomprendida maduraron por la desobediencia de unos y el odio de otros en los frutos de una persecución cruel y desmedida, que se ensañaba sin freno ninguno contra todo lo que llevase el nombre y el sello de Dios.

* * *

Las palabras «*apostasía*» y «*guerra impia contra Dios*» asoman en las páginas primeras de la primera encíclica de Pío X. Guerra —sigue— que va avanzando en todos los frentes, apostasía que adquiere magnitudes universales. El nuevo Pontífice apunta la solución de una manera tajante: «El retorno de las naciones al respeto de la majestad y de la soberanía divinas, cualesquiera que sean los esfuerzos que por otra parte hagamos por realizarlo, no ha de venir sino por Jesucristo.» «Se trata —continúa— de conducir las sociedades humanas alejadas de la sabiduría de Cristo a la obediencia de la Iglesia; la Iglesia, a su vez, las someterá a Cristo y Cristo a Dios.»

(1) Fernando Mourret. *Historia General de la Iglesia. La Iglesia contemporánea.* Tomo IX, vol. II, pág. 556.

Es la idea central de todas sus encíclicas. Es, en definitiva, la que mejor responde al lema de su pontificado. Los medios humanos son útiles y necesarios. Son también insuficientes. La Iglesia y su Cabeza visible los usan sólo en la medida impuesta por esa necesidad y no más. El arma específica, la más poderosa y eficiente, es la gracia sobrenatural, los medios sobrenaturales. Pío X quiere intensificarlos: la comunión diaria y la de los niños que él fomentó y alentó es manifestación patente de esta directriz clarísima. Para la mentalidad de los hombres que se llaman «prácticos» se hará duro comprender el alcance trascendente de una tal orientación. La creerán a lo más índice de santidad; y no acertarán a ver en ella el exponente de la más alta sabiduría.

Y sin embargo, los mismos que, sin entender la profundidad de estas directrices, minimizándolas hasta casi despreciarlas, verían con gusto el que los poderes espirituales se recluyeran en una órbita que ellos creen cerrada y sin proyección ninguna a lo social y a lo político, se escandalizan de la actuación rotundamente eficaz de un Papa santo, cuando, en el cumplimiento de su sagrado deber pastoral, desciende a la arena de la política. Y dicta normas, traza y ejecuta planes y empuja hacia nuevas y audaces actitudes. El sectarismo, en línea de combate desde hacía tiempo, pudo creerse descansado con el advenimiento de un Pontífice que no tenía fama de político ni diplomático, de un «cura de aldea» poco avezado al manejo de las armas a las que la turbia habilidad de los políticos profesionales concede ilimitada eficacia.

Pío X tiene, también para ellos, unas palabras programáticas en su primera alocución consistorial. Muy poco tiempo después se vería cuán fielmente respondían a sus intenciones y planes (2).

«Sabemos bien —decía— que será para algunos escándalo el que afirmemos que Nos deberemos también ocuparnos necesariamente incluso de las cuestiones políticas. Mas cualquiera que desee juzgar con equidad, ve bien que el Soberano Pontífice, investido por Dios de un magisterio supremo, no tiene derecho a separar los negocios políticos del dominio de la fe y costumbres. Además, Jefe y Guía soberano de la sociedad perfecta que es la Iglesia, sociedad compuesta de hombres y establecida entre los hombres, no puede sino desear mantener relaciones con los Jefes de Estado y los miembros de los gobiernos, si quiere que todos los países del mundo protejan la libertad y la seguridad de los católicos» (3).

Está tan lejos de ser incompatible la actitud que en tales palabras se manifiesta con la sobrevaloración que el mismo Pontífice dió a los instrumentos espirituales en que su esperanza de victoria descansaba, que antes bien es su corolario obligado. El mundo llama despectivamente quietista al que se abisma, humilde, en la oración, porque no conoce la fuerza que para la acción nace de tal abandono. Los que tienen obsesión por lo concreto llaman abstrusa a esta postura. Ellos nunca entenderán que el mundo se salvó de la barbarie por los santos, se mantiene por los santos y se salvará gracias a la fuerza poderosa de los santos. Pío X enseñó esta verdad con su ejemplo. El americanismo que León XIII condenara, recibió con la actitud de su Sucesor, el golpe de muerte definitivo. El que Pío XII haya elevado al honor de los altares a Pío X proclama con elocuencia que la Iglesia sigue fielmente impertérrita en la misma trayectoria.

Ahora bien: ¿cómo concretó Pío X esa intervención en la política que anunciara en su primera alocución consistorial, y cuál fué su consigna, también concreta?

(2) En próximos números de *CRISTIANIDAD* se tratará por extenso algún aspecto de estos planes y de sus realizaciones.

(3) Sobre este tema concreto en relación con la ruptura de relaciones con Francia y del Concordato versará uno de los números próximos.

Aquí entramos de lleno en la táctica nueva que adoptó el Pontífice recientemente beatificado. La lucha en el terreno constitucional, la adhesión franca y sin reservas a la República tal y como León XIII la propugnó con insistencia, tendría su razón de ser antes de agotarse todos los recursos de la diplomacia y los caudales de la paciencia de que siempre da muestra la Iglesia. Pero los once años transcurridos desde la «Inter gravissimas» (4) hasta el advenimiento de Pío X, habían demostrado a la faz del mundo la perversión y la mala fe evidentes de los gobernantes franceses, empeñados en corresponder a cada concesión con un nuevo ultraje y a las medidas de paz y concordia del Vicario de Cristo con la feroz intransigencia de sus redoblados ataques y sus odiosas calumnias contra la Iglesia. Todas las órdenes religiosas fueron alcanzadas por su furor persecutorio. Los niños, privados totalmente de la enseñanza católica, y los enfermos, del consuelo de la caridad y de la ayuda material que, pródigas, les proporcionaban las instituciones nacidas a la sombra de la Iglesia.

Los partidos de orden formados por «gentes honradas» de «todas las creencias», no supieron o no quisieron contener la avalancha de una tan cruel persecución. Su inoperancia vino a ser casi total. El pueblo francés, todavía entonces, vivía intensamente la fe y sentía con fuerza extraordinaria la indignación ante tantos desmanes. No se encauzó la energía potentísima de todo un pueblo, atropellado en sus derechos más elementales e inconcusos. «Republica, suprema lex esto.» He aquí el lema de muchos dirigentes de tales partidos de orden. Los derechos y la defensa de la Iglesia estaban subordinados a los de la República. *Esto no era la intención de León XIII.* Fué, sin embargo, el sentir de los dirigentes católicos que se amparaban en sus enseñanzas y se prestaron a desvirtuarlas para encubrir sus torpes claudicaciones.

Cuando se gustaban los frutos amargos de tales transigencias, y muchos alucinados, como hoy, por una libertad sin límites como panacea de todos los desarreglos políticos, soñaban en alianzas puramente defensivas con «gentes honradas», Pío X, de un solo golpe, trazó, también en su primera encíclica, la nueva orientación política con valiente claridad. «Sabemos que no pocos —son sus palabras—, impulsados por el amor de la paz, es decir, de la tranquilidad en el orden, se asocian y reúnen para formar lo que ellos llaman «el partido del orden». ¡Ay! ¡Vanas esperanzas, esfuerzos perdidos! Partidos de orden capaces de restablecer la tranquilidad en medio de la perturbación de las cosas, no hay más que uno: el partido de Dios. Es, pues, éste el que conviene promover y a él conducir a todos los seguidores posibles, si en realidad nos sentimos incitados por el amor de la seguridad pública.»

En tiempos de paz son posibles combinaciones y arreglos, que resultan perniciosos cuando se viven momentos de lucha y de lucha decisiva. Pío X rompió, en los primeros meses de un pontificado que «refulgó como en la Edad de oro de la Iglesia» (5), con toda componenda. En vano los enemigos de la Iglesia, que son los suyos, vestidos con todos los hábitos que su hipocresía les proporciona, han querido primero callar su actuación y luego tacharla de poco prudente y caritativa. Prudente lo fué Pío X hasta el heroísmo y la santidad, «aun cuando en sus aplicaciones se halla (esta prudencia del espíritu) en contraste, doloroso, pero inevitable, con los engañosos postulados de la prudencia humana y puramente terrena» (6).

El partido de Dios, entendido en una acepción que le hacía oponerle a la raquítica aspiración de los partidos llamados «de orden», esto era lo que proponía el nuevo

(4) Encíclica publicada en febrero de 1892, por la que León XIII exhortaba a los franceses católicos a prestar leal y franca adhesión a la República para combatir desde los puestos públicos la legislación nefasta. Se conoce por la encíclica del «ralliement».

(5) Del discurso de Pío XII el día de la beatificación de Pío X.

(6) Discurso citado.

La prudencia sobrenatural de Pío X

Con su mirada de águila, más perspicaz y más segura que la corta vista de miopes razonadores, veía el mundo cual era, veía la misión de la Iglesia en el mundo, veía con ojos de Santo Pastor cuál era su deber en el seno de una sociedad descristianizada, de una cristiandad contaminada o al menos amenazada por los errores del tiempo y por la perversión del siglo.

Iluminado por la luz de la verdad eterna, guiado por una conciencia delicada, lúcida, de rígida rectitud, tenía continuamente sobre el deber momentáneo y sobre las resoluciones a adoptar intuiciones cuya perfecta rectitud desconcertaba a quienes no estaban dotados de las mismas luces.

Por su natural nadie más dulce, más amable que él, nadie más amigo de la paz, nadie más paternal. Pero cuando hablaba en él la voz de su conciencia pastoral, sólo contaba el sentimiento del deber; éste imponía silencio a todas las consideraciones de la humana debilidad, salía al paso de todas las tergiversaciones; decretaba las providencias más enérgicas, aunque penosas para su corazón...

A esta fuerza diamantina de su carácter y de su conducta, manifestada desde los primeros días de su Pontificado, se debe atribuir, primero el estupor, y después la aversión de quienes quisieron hacer de él, «*signum cui contradicetur*», revelando así el fondo oscuro de sus almas.

Pío XII, discurso en la beatificación de Pío X, 3 de junio de 1951

Pontífice (7). La abierta confesionalidad, la defensa pura y simple de los derechos de Dios y de su Iglesia, como bandera única, y aglutinante eficazmente poderoso contra un enemigo al que, como siempre, hicieron fuerte las debilidades de los llamados buenos.

La consigna del «partido de Dios» no era sino la apli-

(7) Algunos, como en tiempo de León XIII, dieron a esta consigna las interpretaciones más dispares, creyendo equivocadamente que encerraba la magnitud universal de la Iglesia en el estrecho ámbito de un partido estrictamente político. Otros lo entendían en un sentido puramente negativo. «L'ami du clergé», por ejemplo, atribuía a *L'action liberale* de M. Piou la condición de «partido de Dios». No hay más que leer para comprender cuál era su equivocación: «La moral condena toda acción que sea positivamente contraria a Dios y a su Iglesia. Ella no condena la acción política simplemente aconfesional. Es el caso de «L'action liberale». No se puede decir cristiana, claro está. No es esto su programa ni su fin, puede sin embargo llamársela anticristiana?»

cación en el terreno político, terreno concreto, de aquella divisa «*Instaurare omnia in Christo*», que fué la estrella y el norte de su pontificado. El tópico de que las circunstancias han cambiado, para justificar innovaciones revolucionarias de signo semipagano y naturalista, tiene una significación contraria a la que se pretende por parte de los que lo esgrimen, explicando la pendiente universal hacia la apostasia. Si la guerra contra Dios es abierta, abierta ha de ser su defensa. Si atrevidos los enemigos, audaces y valientes los que se llaman leales.

Pío XII clamó hace tres años que «*la gran hora para la conciencia cristiana ha sonado*». El que haya beatificado a Pío X, que llamó también a los católicos para combatir juntos en el partido de Dios, es algo más que una coincidencia.

Roberto Coll Vinent

EL PROGRAMA DE UN PONTIFICADO

«El objeto al que han de converger todos nuestros esfuerzos es volver el género humano al imperio de Cristo...»

(De la primera Encíclica de Pío X, *E supremi apostolatus*, 4 de octubre de 1903).

Al dirigiros por primera vez la palabra desde lo alto de esta Cátedra apostólica, adonde por inescrutable designio de Dios hemos sido elevado, no es menester recordaros con qué lágrimas y con cuántas oraciones nos esforzamos en apartar de Nos la tremenda pesadumbre del Pontificado. (...)

Ciertamente que no nos faltaban muchas y graves causas para repugnar esta carga. Porque sin contar con que, por nuestra pequeñez, de ningún modo podíamos estimarnos dignos del honor del Pontificado, ¿a quién no causaría profunda emoción sentirse elegido sucesor de aquel que, durante los veintiséis años, o poco menos, que con prudencia consumada gobernó la Iglesia, manifestó tal robustez de entendimiento y tan insignes virtudes, que se impuso a la admiración de los mismos adversarios, y con sus brillantes hechos inmortalizó su fama? Además, por omitir lo restante, nos aterraban, y muy mucho, las circunstancias en que a la hora presente se halla la humanidad. ¿Quién no ve que la sociedad humana padece ahora, más que en las edades pasadas, enfermedad honda y gravísima que la tiene postrada, que exacerbándose por días y corroyéndole hasta las entrañas la lleva a la perdición? Bien conocéis, V. H., cuál es esta enfermedad, que consiste en el abandono y la apostasia frente a Dios, y nada hay en verdad que conduzca más seguramente a la ruina, según las palabras del Profeta: *He aquí que los que de ti se alejan, perecerán* (1). Entendimos que en virtud del apostólico cargo a Nos confiado, nos competía poner remedio a tan grave mal y juzgamos que a Nos se había dado esta orden de Dios: *Te doy* (2) *autoridad sobre las naciones y sobre los reinos para arrancar y destruir, para edificar y plantar*. Pero conociendo claramente nuestra flaqueza, nos ponía miedo de encargarnos de empresa tan llena de dificultades y a la vez tan apremiante.

Con todo, habiendo querido Dios elevarnos desde nuestra bajeza a esta plenitud de potestad, buscamos valor en Aquel que nos conforta, y poniendo manos a la obra sostenido por la divina virtud, declaramos que nuestro único fin en el ejercicio del supremo Pontificado será el de *restaurar todas las cosas en Cristo* (3), para que *Cristo lo sea todo en todas las cosas* (4). No faltarán, sin duda, quienes, aplicando a las cosas divinas la estrecha medida de las humanas, se afanarán en escrutar nuestros íntimos pensamientos para torcerlos a sus miras terrenas y a sus intereses de partido. Para cortar de raíz estas vanas esperanzas, Nos afirmamos con toda verdad que Nos no queremos ser, y con la ayuda de Dios no seremos, en medio de las sociedades humanas sino ministro de Dios, que nos ha revestido de su autoridad. Sus intereses son los nuestros, y nuestra resolución inquebrantable consiste en poner a su servicio toda nuestra energía y nuestra vida toda. Por lo cual, si se nos pidiese un lema que manifieste claramente el deseo de nuestro ánimo, no diríamos sino éste, sacado del fondo de nuestra alma: *Restaurarlo todo en Cristo*.

Queriendo, pues, emprender y proseguir esta empresa magna, lo que acrecienta en Nos el entusiasmo es, V. H., la certidumbre de vuestro decidido concurso. Si lo dudá-

semos, pareceríamos teneros equivocadamente, o por ignorantes o por indiferentes, ante la impía guerra que casi en todas partes está declarada y se fomenta contra Dios. Porque muy verdad es que contra su Criador *bramaron* (5) *las gentes y meditaron tus pueblos vanos proyectos* y se ha hecho casi general este grito entre los enemigos de Dios: *¡Apártate de nosotros!* (6). De donde procede que la mayoría de ellos rechace enteramente todo respeto a Dios, y de donde provienen los hábitos de vida, tanto pública cuanto privada, en que no se tiene para nada en cuenta la soberanía de Dios, llegándose al punto de no omitir esfuerzo ni traza alguna para hacer borrar enteramente de la memoria su santo Nombre y la noción de su existencia.

Quien pondere todo esto, necesariamente temerá que semejante perversión no sea el principio y como un ensayo de los males anunciados para el fin de los tiempos, y que el *hijo de perdición* (7), de que habla el Apóstol, no haya aparecido verdaderamente entre nosotros. Tanta es la audacia, tanto el furor con que por dondequiera se combate a la Religión, se impugnan los dogmas revelados y se procura con tenaz esfuerzo borrar por completo toda relación y todo deber del hombre con Dios. En cambio, y este es, según el dicho del mismo Apóstol, el carácter propio del Anticristo, con incalificable temeridad *ha usurpado el hombre el puesto del Criador*, alzándose contra todo lo que se dice Dios; y a tal extremo que, incapaz de extinguir en sí mismo la idea de Dios, sacude, sin embargo, el yugo de su majestad, y a guisa de templo, se ofrece a sí propio el mundo visible, donde pretende que sus semejantes le adoren. *Pone su asiento en el templo de Dios, dando a entender que es Dios* (8).

Cuál haya de ser el éxito de esta guerra de los mortales contra Dios, a nadie sensato puede ofrecer duda. Posible es, ciertamente, al hombre que quiera abusar de su libertad, atropellar los derechos y la suprema autoridad del Señor, mas al Señor le pertenece siempre la victoria. Y aun es poco decir, porque la ruina se cierne más próxima al hombre cuando éste se yergue más audaz con la esperanza del triunfo. De lo cual nos avisa Dios mismo en la Sagrada Escritura, donde se dice que *disimula los pecados de los hombres* (9), como olvidado de su poder y majestad; mas luego, después de esta aparente retirada, *despierta el Señor, como un potentado reanimado con el vino* (10), *y quebranta la cabeza de sus enemigos* (11) para que todos sepan que *Dios es el Rey de toda la tierra* (12) y *las gentes conozcan que no son sino hombres* (13). Todo esto, V. H., Nos lo tenemos por fe cierta, y en ello se cifra nuestra confianza.

Pero esto no nos dispensa, en cuanto a Nos toca, de abreviar la acción divina, no sólo por medio de la oración perseverante: *Levántate, Señor, haz que no prevalezca el hombre* (14), sino también, y esto es lo que importa más, por la palabra y por las obras, afirmando y reivindicando públicamente para Dios la plenitud de su soberanía.

(1) *Epp.*, 1, III, ep. 1.

(2) *Ps.*, LXXII, 27.

(3) *Jer.*, 1, 10.

(4) *Ad Ephes.*, 1, 10.

(5) *Ad Coloss.*, III, 11.

(6) *Ps.*, II, 1.

(7) *Job.*, XXI, 14.

(8) *2 ad Thessal.*, II, 3.

(9) *2 Thessal.*, II, 2.

(10) *Sapient.*, XI, 24.

(11) *Ps.*, LXXVIII, 65.

(12) *Ps.*, LXXVII, 22.

(13) *Ps.*, LXVI, 8.

(14) *Ps.*, IX, 20.

nia sobre el hombre y sobre toda criatura, de modo que sus derechos y su potestad de mandar sean con veneración por todos reconocidos y prácticamente respetados.

Cumplir estas obligaciones no es solamente obedecer a las leyes de la naturaleza, sino trabajar asimismo en beneficio del género humano. ¿Quién no sentirá, V. H., el alma sobrecogida de tristeza y temor, viendo que la mayor parte de los hombres, mientras se exaltan, no con injusticia, los progresos de la civilización, se lanzan unos contra otros, tan encarnizadamente, que no parece sino que hay una guerra de todos contra todos? Ciertamente que todos los corazones suspiran por la paz y todos la piden con gran anhelo; pero insensato es quien la busca fuera de Dios, porque arrojar a Dios es arrojar la justicia, y si se quita la justicia, la esperanza de paz es una vanísima quimera. *La paz es obra de la justicia* (15). Sabemos que no pocos, impulsados por amor de la paz, es decir, de la tranquilidad del orden, se asocian y reúnen para formar lo que llaman partido del orden. ¡Vanas esperanzas! ¡Trabajo perdido! Partidos de orden, capaces de restablecer la tranquilidad en medio de la perturbación de las cosas, no hay más que uno: *el partido de Dios*. Es, pues, éste el que conviene promover y a él conducir a todos los seguidores posibles, si en realidad nos sentimos incitados por el amor de la seguridad pública.

Con todo eso, V. H., por mucho que en ello nos esforcemos, la vuelta de las naciones al respeto de la majestad y soberanía divina no se verificará sino por Jesucristo. Y, en efecto, ya nos avisa el Apóstol que *nadie puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto, el cual es Jesucristo* (16). Únicamente a Él es a quien ha santificado el Padre y enviado al mundo (17); *esplendor de su gloria y figura de su substancia* (18), verdadero Dios y verdadero hombre, sin el cual nadie puede conocer a Dios como se debe, porque *ninguno conoce el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo haya querido revelarlo* (19); de donde se sigue que restaurar todas las cosas en Cristo y volver los hombres a la obediencia divina son una sola y misma cosa; por lo cual el objeto a que han de converger todos nuestros esfuerzos es volver el género humano al imperio de Cristo, y hecho esto, el hombre habrá vuelto, naturalmente, a Dios. Pero no a un Dios inerte y apático para las cosas humanas, como en sus desvarios calenturientos se lo han forjado los materialistas, sino un Dios vivo y verdadero, trino en persona y uno en esencia, autor del mundo, que abarca todas las cosas en su infinita Providencia, legislador justísimo que castiga a los malos y asegura el premio a los buenos.

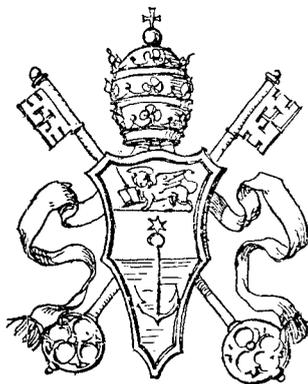
(15) *Pr.*, IX, 19.
 (16) *Isaías*, XXXII, 17.
 (17) *1 Cor.*, III, 11.
 (18) *Joann.*, X, 36.
 (19) *Ad Hebr.*, I, 3.



Ahora bien, ¿cuál es la senda que conduce a Jesucristo? A la vista la tenemos: la Iglesia. San Juan Crisóstomo nos dice con mucha razón: *La Iglesia es tu esperanza; la Iglesia, tu salud; la Iglesia, tu refugio* (20). Para eso la estableció Jesucristo, después de haberla ganado al precio de su sangre: para eso le confió el depósito de su doctrina y los preceptos de su ley, prodigándole al mismo tiempo tesoros de divina gracia para santificación y salvación de los hombres.

Bien veis, por consiguiente, V. H., cuál es la obra que nos está confiada a vosotros y a Nos. Se trata de hacer que las sociedades que viven extraviadas, lejos de la sabiduría de Cristo, vuelvan a la obediencia de la Iglesia; la Iglesia las someterá a Cristo; Cristo, a Dios. Y si a Nos fuese dado por divina merced llevar a término esta obra, tendríamos el gozo de ver a la iniquidad reemplazada por la justicia y la dicha de oír a una voz (21) sonora en el Cielo: *Ahora es el tiempo de salvación, de la virtud y del reino de nuestro Dios y del poder de su Cristo*.

(20) *Matt.*, XI, 27.
 (21) *De capto Ham. Eutrop.*, núm. 6.



LA MISIÓN PROVIDENCIAL DE PIO X

Bajo este título reproducimos un fragmento del artículo aparecido en «La Civiltà Cattolica» en el núm. del 16 de junio del corriente año, firmado por el R. P. A. Martini, S. I., titulado

PIO X, VIVO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

El diagnóstico del Beato Contardo Ferrini

Una feliz coincidencia unió en el día 3 del pasado junio dos momentos capitales en la vida de José Sarto, el Beato Papa Pío X. Mientras en el lejano 1835, él, nacido el día anterior, recibiendo el santo Bautismo, venía a ser por la vida de la gracia que se le infundía, candidato a la bienaventuranza eterna, el 3 de junio de este año la voz de la Iglesia, en la persona del Vicario de Jesucristo, lo ha proclamado vivo entre los bienaventurados del cielo y lo ha propuesto a los fieles como modelo y protector en su peregrinación terrena.

Desde su destinación a la vida celestial hasta la solemne confirmación de haberse cumplido su llegada, han transcurrido ciento dieciséis años, y mientras su vida corporal creció y se desarrolló hasta consumarse en 1914, su alma y su espíritu no han sido sepultados en una tumba, ni se abismaron exclusivamente en Dios para gozar del premio de sus méritos y de sus fatigas, sino que han continuado vivos y activos entre el pueblo cristiano.

Pío XI lo sentía hablar todavía a la Iglesia toda, cuando inauguraba el 28 de junio de 1923 el monumento fúnebre en la basílica de San Pedro; vivo en el recuerdo de todo el mundo lo proclamaba Pío XII a los peregrinos venetos el 19 de agosto de 1939, a los veinticinco años de su muerte; y maravillosamente presente lo hemos sentido aquella tarde conmovedora y triunfal de su exaltación, cuando una vez más la plaza resultó pequeña para contener las multitudes que representaban los millones de fieles que, desde los días de su vida, han sentido en él la santidad, y han invocado su sanción suprema con un movimiento singular aun en el mismo curso de la historia de la Iglesia. Puesto que se puede afirmar justamente que el pueblo cristiano ha empujado adelante esta causa de beatificación, aquel pueblo que ha hecho de las criptas vaticanas un devoto santuario, y que en la Basílica concebida sobre todo como el más sugestivo ambiente para dar a la tierra una imagen del esplendor de las liturgias celestiales, ha llevado un aliento de intimidad, de recogimiento, cuando ante la tumba olvida todo brillo del arte y se recoge en oración.

Un Papa santo, en la vida y en las obras. Santo y santificante, puesto que, lleno de Dios en su alma, lo hacía sentir, haciendo mejores a cuantos, directa e indirectamente, se acercaban a él.

Así lo comprendieron, en su vida y en su muerte, el pueblo fiel, la jerarquía, los políticos, los mismos adversarios más encarnizados. Este consentimiento singularmente unánime continúa hoy todavía y explica la extraordinaria popularidad de la devoción hacia él. Si es lícito, después de casi ya cuatro decenios de su muerte, formular el que será el juicio de la historia especialmente acerca de su Pontificado, apoyándonos en cuanto se ha dicho, hay que decir que Pío X, correspondiendo a las más íntimas necesidades de la Iglesia en su tiempo, ha sido un Papa santo y santificador, y como tal ha marcado el carácter a un período no breve de la Historia de la Iglesia.

El Beato Contardo Ferrini, había intuído esta verdad. Pensando en el sucesor de León XIII, escribía que «a la ciencia, a la segura penetración, al arte delicadísimo de

aquél, podía ser necesario, cuando se hubiesen cumplido los designios de la Providencia, que le sucediese una vuelta más patente a las virtudes evangélicas de los tiempos apostólicos, a la bondad, a la caridad, a la pobreza de espíritu, a la mansedumbre». No se podía diagnosticar mejor el estado de la vida eclesiástica, ni formular mejor augurio sobre el futuro Papa que Dios se había preparado en la sencillez campesina, en una región donde tres siglos antes tantas fuerzas de renovación habían trabajado en hacer del Evangelio el alma de todo un pueblo.

El peligro fundamental que amenazaba al Cristianismo

El Beato Contardo Ferrini lo había visto bien. La Iglesia, el catolicismo en el umbral del siglo xx tenían necesidad de un llamamiento fuerte y salvador a lo único necesario, a las fuentes interiores que en todo tiempo condicionan la eficacia de la actividad y la mantienen en los cauces benéficos establecidos por Dios.

León XIII, en sus inmortales Encíclicas, había afrontado y resuelto en sus puntos fundamentales las cuestiones más graves que se presentaban a la Iglesia en la sociedad moderna, democrática, económica, crítica y cientista. Establecidos los confines entre lo inaceptable y lo justo en las tendencias contemporáneas, así intelectuales como prácticas, no había vacilado en emprender caminos de conciliación hacia los regímenes políticos y había abierto a los católicos el campo de las actividades sociales, invitándoles a fecundarlo con la doctrina de la Iglesia y la actuación de su celo, como no había tampoco vacilado en incitar a pensadores y estudiosos a apropiarse las conquistas de todas las ciencias para tender a una nueva síntesis cristiana de la ciencia y de la fe. Siguiendo con fervor y arrojo tales directivas, pudieron los católicos conseguir conquistas y victorias volviendo poco a poco a ocupar posiciones perdidas y alcanzando otras nuevas, hasta entonces cerradas a su actividad.

Pero el espíritu del siglo, con el cual tenían que enfrentarse, era mucho más pérfido de cuanto sospechaban la mayoría de ellos. Era el espíritu de negación de lo sobrenatural, de alejamiento de la religiosidad tradicional, de disolución de aquella en la nebulosidad de un sentimiento incapaz de resistir a la corrosión de una exigencia positivista despiadadamente crítica en sus investigaciones.

Amenazaba gravemente el peligro de la disolución de lo sobrenatural en la piedad y en la vida cristiana, en la ciencia eclesiástica y en la misma actividad de los católicos. No es posible aquí aventurarse en el examen de estas afirmaciones, pero para darse cuenta de la complejidad de las circunstancias y de la realidad concreta en las corrientes del cristianismo, bastará indicar algunos hechos. El idealismo había ya sentenciado la condenación de la racionalidad en la religión degradando ésta a sentimiento ciego e instintivo, mientras el positivismo elaboraba el catálogo de las formas históricas de las religiones, reduciendo el cristianismo a un sincretismo de éstas. El mundo social y político-económico evolucionaba hacia una liberación del individuo de toda regla moral para empujarle a la producción, conquista y posesión de una masa de

bienes materiales, en la falaz esperanza de que encontraría en ello la plena satisfacción de sus más íntimas exigencias. Frente al triste espectáculo de la miseria y de las diferencias sociales, era fácil en la práctica, si no en la teoría, ser arrastrado a creer que el cambio de aquellas condiciones y la eliminación de aquellos males constituían el objetivo supremo a conseguir. En un tiempo de dinamismo y activismo siempre más acentuado, podía insinuarse sin querer un desprecio o a lo menos un alejamiento práctico de las virtudes más contemplativas, de la oración, del mayor aprecio reservado para los bienes del cielo. Como el mundo enemigo de la Iglesia aspiraba declaradamente a construirse su paraíso en la tierra, despreciando el cielo, también los católicos que daban en tales ambientes sus primeros pasos corrían el peligro de invertir sus ideales o no asegurar en la práctica y aun en la estimación teórica la primacía de los valores sobrenaturales. Era grande el peligro, en medio de un mundo emancipado, de no dar a Dios el puesto que le corresponde.

La condenación del «americanismo» por León XIII había sido una señal de alarma. El peligro, evitado en parte, no fué, sin embargo, eliminado. Un estado de ánimo incierto e indefinido se fué creando poco a poco en el seno de la Iglesia, en lo referente a las ciencias sagradas, así como en lo concerniente al gobierno de las almas y a las iniciativas católicas, precisamente cuando el laicismo del siglo, hijo de la revolución, se preparaba, en las regiones que habían permanecido fieles al Vicario de Cristo después de la defección protestante, a dar sus últimos golpes para intentar destruir su influjo y su misma existencia.

El llamamiento a la supremacía de lo sobrenatural

Si se puede hablar de una necesidad histórica, que se venía madurando en aquellos años, se debe decir que el catolicismo necesitaba un nuevo llamamiento, alto, solemne, fuerte, a la primacía de lo sobrenatural, a la exigencia de poner a Dios en primer término y de no transigir nunca en lo que toca a sus derechos, a costa de perder incluso toda ventaja humana y mundana. Era urgente una nueva afirmación eficaz de los principios eternos del Evangelio, renovando en todo el cuerpo de la Iglesia el contacto con las verdaderas fuentes de la vida.

A estas exigencias respondió plenamente Pío X. Solía él mismo definirse en las varias etapas de su vida como un cura, un obispo, un cardenal de aldeas; aun como Pontífice continuaba llamándose un pobre cura de aldea que sabía poco, pero tenía también un tan grande genio humano que acertó a conocer en concreto las raíces ocultas de los males, y tanta profundidad espiritual para comprender que era sólo uno el remedio para rejuvenecer a la Iglesia, esto es, adaptarla a las necesidades de los tiempos y sanar así toda la sociedad: «*Instaurare omnia in Christo*», como se propuso por programa, y acercarse a las ruinas y a los orgullosos moribundos que se creían sanos, para llevarles a Jesús. Era la convicción que se había formado desde sus estudios en el seminario, y que había confirmado en su experiencia pastoral: el mundo no se sana, no se renueva sin Dios y sin Jesús.

Lo había escrito con toda claridad en una carta pastoral como obispo de Mantua (1883-1894): «*Es preciso combatir el actual capital de la época moderna que quisiera sacrilegamente sustituir a Dios por el hombre, es preciso iluminar con los preceptos y consejos evangélicos y con las instituciones de la Iglesia todos los problemas que el Evangelio y la Iglesia han resuelto luminosa y triunfalmente: educación, familia, propiedad, derechos y deberes; restablecer el equilibrio cristiano entre las diversas clases de la sociedad; pacificar la tierra y poblar el cielo:*

he aquí la misión que yo debo realizar entre vosotros, volviendo a colocarlo todo bajo el imperio de Dios, de Jesucristo y de su Vicario en la tierra, el Papa». Y en su primera Encíclica volvía sobre lo mismo con estas expresiones: «Proclamamos que no tenemos, en el supremo Pontificado, otro programa sino éste: restaurar todas las cosas en Cristo de modo que sea Cristo todo en todas las cosas», y además: «Afirmamos que Nos no queremos ser, ni con la ayuda divina seremos otra cosa ante la sociedad humana sino el Ministro de Dios, de cuya autoridad somos depositarios. Los intereses de Dios serán nuestros intereses, y por ello estamos resueltos a consumir todas nuestras fuerzas y la vida misma. Por lo tanto, si alguien reclama de Nos una consigna que sea la expresión de Nuestra voluntad, ésta daremos siempre y no otra: restaurar todas las cosas en Cristo».

¿Medievalismo e intransigencia? El cáliz de la soledad

Hubo quien definió este programa como un repliegue del catolicismo sobre sí mismo, un separarse netamente del mundo y de la sociedad, ni faltó quien tachase de medievalismo el ideal del Papa en su pretensión de hacer de nuevo cristiana la sociedad. Estas observaciones tienen una parte de verdad, en el sentido únicamente que volviendo con ardor a las fuentes de la propia espiritualidad la Iglesia debía trazar una línea de neta distinción entre el mundo y reforzar de nuevo situaciones y posiciones propias no sólo de la Edad Media sino de toda su tradición más auténtica. El mérito de Pío X fué y es precisamente el haber diagnosticado las verdaderas causas de todo florecimiento del cristianismo y de haber trabajado sin descanso para volver a ponerlas en acción para el verdadero bien de la sociedad contemporánea.

Este programa llevaba consigo luchas, dolores, actos de firmeza y tal vez de intransigencia. Reclamaba para esto un carácter de combatiente, el valor para perseverar en el propio camino incluso abandonado de todos, gustando hasta el fondo el cáliz amargo de la incompreensión aun por parte de los más fieles, el heroísmo de gustar el cáliz de la soledad. Pío X no vaciló. Bajo la mansedumbre, la humildad y la apacibilidad de sus maneras se ocultaba un ánimo diamantino, con un singular don de gobierno y un sentido altísimo de la autoridad. Pudo parecer a veces como vacilante entre su deseo de contentar y consolar, condescendiendo a todos, y la rigidez del capitán que persigue inflexiblemente su meta; se ha hablado incluso de un dualismo latente e incurable en su personalidad y acción. Pero si se profundiza más allá de lo superficial, en el fondo de su alma no tardará en comprenderse cómo el heroísmo constante de su virtud y el contacto continuo con Dios hacían en él connatural lo divino, en armoniosa conciliación con los sentimientos más noblemente humanos.

Siempre pronto a condescender, a consolar y a suavizar, no transigía empero de ningún modo cuando el honor o los intereses de Dios corrían el peligro de ser lesionados o solamente disminuidos.

Anotó con mucha propiedad Pastor en su Diario el día 10 de mayo de 1907: «En las cosas de la fe, Pío X es irremovible», y no por efecto de obstinación, sino por una persuasión iluminada por la oración y como corroborada por una explícita confirmación del cielo.

Fué, pues, Pío X, como la Historia lo exigía, como la Iglesia lo reclamaba para las dificultades y las necesidades de los tiempos. Y no es su última gloria que lo podamos hoy contemplar nosotros como respondiendo de tal modo a la gravedad de los deberes y de las circunstancias en el fulgor de las virtudes sobrenaturales y de la riqueza de sus dotes humanas que lo ponen entre las figuras de los más grandes Pontífices.

A. Martini S. I.

CON MOTIVO DE UNOS ESCRITOS PASTORALES

I.—SENTIR CON LA IGLESIA

Además de lamentable, es curiosa la indiferencia de los católicos hacia los documentos de sus pastores, los Obispos. No todos escribirán perfectamente, ni las pastorales tienen que ser dechados de literatura didáctica: dicho sea esto con la entera libertad del cristiano que conoce los límites anchurosos de su espíritu crítico. Pero en esta desatención habitual hay algo más que una culpable negligencia. El que miles y miles de católicos —muchos de ellos de fe viva y vida rigurosa— tengan el hábito de no poner el oído atento cuando habla su Obispo, es un fenómeno que revela algo más. Revela, en primer término, una injusta desestimación de la palabra de quien, por definición, tiene potestad para enseñar la doctrina de Cristo. En segundo lugar revela hasta dónde ha calado el espíritu de trivial esteticismo, de culto no cristiano a la forma, en el ánimo de muchos hombres que a veces son sinceramente religiosos. Es frecuente encontrar gentes de muy amplias tragaderas para la literatura y que guardan sus reservas más escrupulosas para los documentos del magisterio eclesiástico. Pensemos entonces que hay algo que no funciona bien en esa alma, por recta que sea.

En el católico de fe viva y sana, la palabra de la Iglesia inspira siempre respeto e interés. No es fácil concebir a un católico que sabe lo que es el catolicismo y que procura practicarlo en cuanto norma moral, sintiendo desgana, inapetencia, desdén hacia la palabra docente de su pastor. No es sólo, por el contrario, reverencia lo que debe sentir el católico —reverencia espontánea y cálida, no calculada y fría como un acto de protocolo—, sino apetito de oír y una cierta efusión cordial en que van implicadas las razones de creer, la luz interior, el afecto hacia lo que representa la verdad y la salvación, y mil otras cosas.

La palabra del supremo Pastor o de los Pastores ordinarios siempre tiene, para el católico de honda formación y honda vida, una atracción que imanta energicamente el espíritu. Entre los lectores de estas líneas los habrá en gran número que hayan experimentado los sentimientos que describo, cada vez que en una revista o un periódico han descubierto un mensaje del Papa o del Obispo. Aun en aquellos en que la forma sea más pobre, el alma verdaderamente religiosa sorprende acentos de belleza, como de un lenguaje que se repite sin cesar siglos y siglos; lenguaje bien o mal trabajado, pero siempre dulce, de una dulzura pastoral, pues de pastores, ovejas y mieses se trata al fin y al cabo. Quien siente con la Iglesia, lee siempre con deleite lo que la Iglesia le enseña, porque al leerlo se sabe miembro de ella y goza escuchando un metal de voz distinto y eterno.

Nos hacíamos estas consideraciones al leer los *Escritos Pastorales* de Su Eminencia el Cardenal Pla y Deniel, que son, por cierto, ricos de doctrina y diáfanos de forma, lo cual acrecienta ese atractivo que en cualquier caso tienen las instrucciones y enseñanzas eclesiásticas para el católico con raíces.

Y es que, si de veras las tiene, la palabra de la Iglesia resuena siempre en su interior con sonido inconfundible. Mantendrá su independencia en tantas cosas opinables, disientirá acaso de resoluciones de pura prudencia, afirmará la auténtica libertad para pensar y obrar, se sentirá libre y seguro en su albedrío, podrá incluso suplementar lo que le enseñan con verdades de otros órdenes; pero escuchará al mismo tiempo el magisterio de la Iglesia con

un deseo y una sumisión que le nacen en lo más íntimo del ser. Y este oído atento, este anhelo de escuchar, este gusto en aprender, son justamente los que, labrando eficazmente el espíritu, lo dotan de aquella libertad segura que es a la vez un derecho y un regalo. Al oír a la Iglesia, oírás siempre, con entendimiento y corazón, al propio Cristo, porque *«la Iglesia es Cristo viviente en la Historia, ya que para continuar su divina misión la fundó Cristo»* (II, pág. 28). Por otra parte, *«la fidelidad a la Iglesia no es la estrechez de espíritu inadaptable a los cambios de los tiempos»* (id., 33).

II.—NOTAS PARA ESCRITORES Y MINORIAS

Este pasaje del Cardenal sobre la estrechez de espíritu nos recordaba otro del gran Newman y a la vez nos hacía pensar en la necesidad de una formación del escritor católico y de las clases directoras, cuya falta tanto se hace sentir. En la fértil producción de Monseñor Pla y Deniel, recogida en tres nutridos volúmenes, podríamos espigar muchos textos enjundiosos sobre tal punto. Pero preferimos glosarlos remitiendo al lector a un trabajo que seguramente es el mejor que se ha publicado en español sobre el tema y se debe a un seglar católico con profunda y acendrada visión ortodoxa de estos problemas. Nos referimos al estudio del profesor universitario Leopoldo Eulogio Palacios, *«La formación del intelectual católico»* (*Escorial*, núm. 13, noviembre de 1941), donde el lector podrá encontrar penetrantes razones vestidas con inusitada pulcritud. Una intelectualidad católica que no esté sólo integrada por eclesiásticos selectos tiene como base —dice Palacios— el que los laicos intelectuales adquieran una formación de la misma clase y de la misma profundidad que la de aquellos sacerdotes escogidos.

Recordábamos este trabajo y esta tesis al leer la excelente Pastoral *«Los delitos del pensamiento y los falsos ídolos intelectuales»* (I, pág. 269), que debieran conocer cuantos católicos andan con una pluma en la mano; y no sólo ellos, sino todos los profesionales con responsabilidad directora. Necesaria de todo punto es la formación en temas relativos a la llamada cuestión social, como tanto lo ha encarecido el Papa reinante. Sin embargo, no podrá descuidarse esta otra que abarca todos los errores modernos y todas las verdades eternas y modernas de la Iglesia, pues es frecuente que católicos de *«sentido social»* tengan lagunas extensas en puntos fundamentales, lo cual mutila, además, dicho *«sentido»*. Y es que no hay verdadero sentido católico si es fragmentario; la Iglesia tiene un pensamiento que abarca directa o indirectamente la vida entera individual y social; quien lo conoce y participa de él, *siente con la Iglesia* en toda la extensión de la frase; mas si lo conoce a medias, no puede sentir más que a medias.

«Muchos males se habrían evitado en España —escribió el señor Cardenal en 1938—, tal vez la tragedia actual, si en muchos católicos el catolicismo hubiese sido más ilustrado y consecuente, en vez de ser casi sólo sentimental y ritualista.» Y añadía, refiriéndose a la responsabilidad del pensamiento: *«No os parezca que son temas tal vez demasíadamente especulativos los tratados en esta Carta Pastoral. Son, en gran parte, temas tratados, expuestos, definidos por el Concilio Vaticano como necesarios en nuestros tiempos y que, sin embargo, SON IGNORADOS POR LA MAYOR PARTE DE NUESTROS CATÓLICOS, AUN DOCTOS EN MATERIAS PROFANAS»* (I, 292-3).

III.—PARA LA HISTORIA

En las Pastorales de Monseñor Pla y Deniel se encuentran la benignidad y la mansedumbre aunadas con la fortaleza y el rigor, que es como el espíritu sobrenatural de la Iglesia combate al naturalismo de todos los tiempos. Ozanam decía que en el fondo de la naturaleza humana hay un paganismo imperecedero. Pero más tarde, Sigrid Undset, la fina narradora conversa, tuvo esta intuición hermosa: «El antiguo paganismo fué una canción de amor a un Dios que se conservaba oculto, un intento de insinuarse en lo divino, cuya proximidad se presentía; mientras que el paganismo nuevo es una declaración de guerra contra un Dios que se ha manifestado.» Por eso el cristiano que se plantea en serio lo que su religión sea, y por qué choca con un mundo que trata, hace dos siglos, de raerla y descastarla, se encuentra, al leer documentos como los que glorificamos, en un ambiente de paz y de verdad evangélicas donde el alma descansa.

En dos sentidos son, a nuestro juicio, documentos para la Historia —aparte su valor intrínseco— estos Escritos Pastorales del cardenal Pla y Deniel (1). Primero, por ser manifestación —ya lo indicábamos— del espíritu del cristianismo, en circunstancias históricas determinadas, reaccionando frente a su antípoda la mundanidad o mundanería; del espíritu de fe, esperanza y caridad que trata, por así decirlo, de exorcizar a su enemigo el espíritu mundanal. De modo general, todas estas Cartas Pastorales tienen igualmente tal contenido. De manera más específica podríamos decir que lo tienen las Pastorales de Ascética y Mística o las de adoctrinamiento sacerdotal, entre las cuales habría que hacer mención de las dedicadas a San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús (vol. III).

En segundo término, son de valor histórico indudable cuando conciernen a situaciones de tal índole, testimoniadas, estudiadas, juzgadas por la autoridad de la Iglesia que suscribe las Cartas. Por ejemplo, la titulada «Las dos ciudades», con ocasión de la guerra española (30-IX-1936; volumen II, pág. 95). O la escrita al final de la tragedia con el título de «El triunfo de la Ciudad de Dios y la resurrección de España» (21-V-1939; II, 169). Documentos más recientes sobre las circunstancias de España revestirán también singular utilidad como ineludibles para el historiador que trate de estudiar el período a que se refieren. Pero especialmente los dos citados son piezas fundamentales, al lado de la Declaración colectiva del Episcopado; sin ellos no se puede escribir la historia de España desde 1936. Creemos que no habrá historiador que rectifique esta afirmación.

Prescindiendo de consideraciones concretas sobre nuestra patria, el lector reflexivo hace esta exclamación al llegar a uno de los más densos y claros pasajes: ¡cuán de verdad se dice que la doctrina de la Iglesia es salvadora! Y al hablar de salvación no pensamos sólo en la eterna, sino en la temporal y terrena. Y lo pensamos leyendo lo que ahora verá el lector.

Comenta el señor Cardenal la proposición LXII del *Syllabus*, condenada por Pío IX, según la cual: «Se debe proclamar y observar el principio que llaman de no intervención.»

«El derecho cristiano —dice Monseñor Pla y Deniel— condena el principio absoluto de no intervención en las luchas entre los pueblos. Podrá en ocasiones ser conveniente la no intervención para evitar una conflagración mucho más extensa y de mayores estragos; pero el ver-

(1) Enrique Pla y Deniel: *Escritos Pastorales*. Tres vols. Publicados por la Junta T. de Acción Católica como homenaje en el jubileo episcopal del Eminentísimo Sr. Cardenal Primado. Madrid, 1946-49-51.



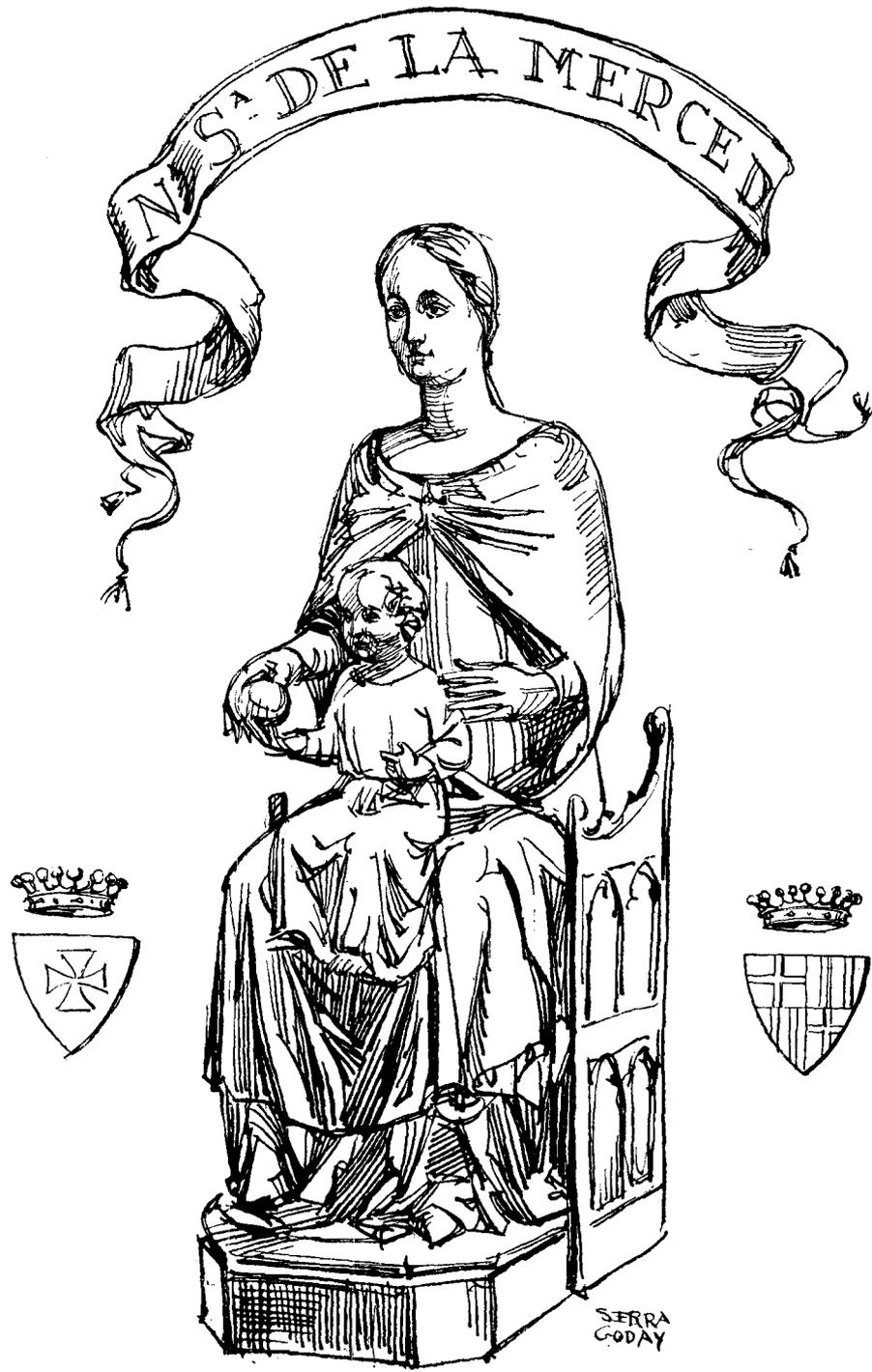
Eminentísimo Cardenal Pla y Deniel

dadero derecho internacional cristiano no puede sostener la indiferencia ante la violación de tratados públicos, ante la conculcación de derechos, ante la opresión o despojo del débil inocente por el poderoso opresor, ni aun siquiera puede ver impasible que en un pueblo o nación sean vilipendiados los derechos inalienables de la dignidad humana.» Y más adelante: «El comunismo... es bárbaro e inhumano, y esta barbarie e inhumanidad es un justísimo título de guerra, según los principios del Maestro Vitoria, no sólo para una guerra nacional, sino internacional.» Y luego recuerda cómo el Cardenal Mercier, «cuando el comunismo se apoderó de Rusia, proclamó ante Europa que ésta, por humanidad, no podía dejar de intervenir en Rusia» (II, 122-3-4).

En otras palabras: La doctrina de Pío IX en el *Syllabus*, el pensamiento de la Iglesia, hubiera salvado al mundo del peligro que con razón le empavorece, de haber sido puesto en práctica a tiempo. El sentimiento falsamente filantrópico y humanitario se impuso a la idea religiosa de la Iglesia; el sentimentalismo pudo más que el pensamiento firme. La Iglesia Católica, delicada, sensible, amiga de la paz, pacificadora por esencia, hubiera ahuyentado el comunismo de Europa y de todos los continentes con su sólida, segura y fina doctrina de la guerra justa. ¡Qué descubrimiento, qué sorpresa para tantos católicos que se aburren leyendo Encíclicas y Pastorales!

De estos hallazgos puede prometerse mucho quien se adentre por las páginas del Cardenal Primado. Positivamente, la doctrina de la Iglesia forma al cristiano; por algo tiene éste el deber de aprenderla; y al formarle enriquece su cultura no sólo en el ámbito religioso, sino en otros cuyo encuentro resulta con frecuencia sorprendente.

José Luis Vázquez Dodero





Reparando una injusticia

En el centenario del nacimiento del P. Luis Coloma, S. I.

Tengo abierto sobre mi mesa el libro *Literatura española contemporánea*, de Torrente Ballester, por el Índice alfabético de autores estudiados. Registro los nombres de Pérez Galdós, Valera, Pardo Bazán, y de otras figuras literarias contemporáneas del literato Luis Coloma. Busco el nombre de este novelista... y no doy con él en todo el Índice. Ni se le nombra. Por lo visto, Coloma no supone nada en la literatura española.

¿Cómo se concilia esta omisión total con los datos del dominio público que sobre la nombradía del Padre consignaron las revistas a raíz de su muerte en 1915? Las ediciones de sus obras se agotaban con pasmosa celeridad. Por equivocación, un periódico, a quien copiaron otros, propaló la noticia de haber aparecido una obra del ilustre jerezano, y al punto llovieron en la Administración de la editorial que editaba sus libros cartas de libreros nacionales y americanos pidiendo ejemplares del libro nonato. A casi todos los idiomas cultos se tradujeron sus producciones, que andaban en manos de toda clase de personas, y aun a varios dialectos de Austria. Y, según hizo notar Pidal y Mon, ninguna de aquellas traducciones estaba hecha por jesuitas, sino por literatos de profesión ajenos a la Compañía, y hasta por protestantes. «Tal fué —dice— su fama de novelista en el mundo» (1).

El mismo año 1915 apareció en la revista italiana *La Civiltà Cattolica* (volumen tercero) un artículo encomiástico de la obra literaria de Coloma, en el cual se alegaba el testimonio de un novelista italiano, testigo de mayor excepción por ser de ideas religiosas contrarias a las del jesuita español, el célebre Luigi Capuana. «Conocemos —escribía el articulista— de antiguo a Capuana, y le hemos oído enaltecer frecuentemente el arte de Coloma; arte, a su juicio, sin par en la eficacia narrativa y descriptiva de los

personajes.» Apenas divulgado *Pequeñeces*, él promovió su versión al italiano, y, por cierto, manifestó su disgusto al notar que en aquella versión se habían omitido algunos rasgos, frases y descripciones que reflejaban la fe en lo sobrenatural. «Es que, aun en esos pormenores —afirmó resueltamente Capuana—, resplandece a maravilla el arte del escritor.»

«Quisiéramos —continuaba el autor del artículo— que estas palabras disipasen los prejuicios de no pocos críticos que juzgan ser imposible la perfección artística en obras literarias de asunto religioso o escritas bajo el influjo de las creencias en los dogmas sobrenaturales.»

Semejantes prejuicios están haciendo presión sobre los críticos españoles de ciertas historias tendenciosas para condenar *a priori* todo lo de Coloma. Y decimos *a priori*, porque entramos en vehementes sospechas de que ellos no han leído las tales novelas, cuyas materias no deben ser muy de su gusto. Pero, en legítima doctrina estética, carecen de toda consistencia las razones que se dan contra el llamado arte tendencioso.

Muchas de las mejores obras literarias, y como tales tenidas por el universal asentimiento de la crítica mundial y del público han sido tendenciosas, con manifiesta tendencia moralizadora, docente y religiosa. Además, el fin de expresar el orden estético y deleitar así estéticamente, no queda estorbado ni impedido por expresarse en la obra, y con medios y procedimientos artísticos, otro orden estético superior; antes, ambos órdenes se suman para intensificar la fruición estética. A menos que se desconozca la belleza y sublimidad de los actos morales del hombre, sobre todo cuando se engrandecen en lucha contra el mal, a costa de heroicas victorias.

Lo ilógico y apasionado es que ciertos críticos, mientras se ensañan contra los literatos católicos tendenciosos, rebajando y negando sus méritos, se lo disimulan y perdonan todo a los lite-

ratos abiertamente propagandistas del error y malhechores del público por sus tesis y escenas desvergonzadas.

No: el haberse propuesto Coloma, en sus novelas, un objetivo de cristiana enseñanza y edificación, no constituye para él un capítulo de acusación. Tan lejos anduvo de acusarle por ello aun la escritora naturalista, Pardo Bazán, que, antes bien, dejó estampada, en su laudatorio juicio del insigne novelista, la siguiente paladina afirmación: «Nadie, en su cabal juicio, puso tachas a la obra de arte, cuando, sin perjuicio de llenar su propio fin, encierra una manifestación moral» (2).

Mientras unos críticos izquierdistas declamaban contra Coloma porque moralizaba, otros, en cambio, rasgaban sus vestiduras porque escandalizaba, mostrando en tan contradictorias posiciones lo ciego y apasionado de sus críticas. Gallardamente se defendió el autor de *Pequeñeces* al hacer esta declaración en su carta a don Luis Alfonso, redactor literario de *La Epoca*:

«Concebí el plan de *Pequeñeces* con la recta, sana y exclusiva intención de defender a la sociedad en lo que merecía, y atacarla en lo que, a mi juicio, es su pecado capital, y el origen de todas sus deformidades: la vergonzosa condescendencia para con el escandaloso, que liberta al vicio de toda sanción social que le marque la frente, como con una señal de infamia, y lo contenga, ya que no con el temor de Dios, con la vergüenza al menos y con el respeto humano: conducta que familiariza con el escándalo hasta a las conciencias más rectas, destruye la poderosa barrera de horror y de extrañeza que debe separar al bueno del escandaloso, y comenzando por hacer éste tolerable, acaba por hacerle pasar por imitable. Ahí tiene usted el fin exclusivo de mi novela: defender contra el contagio del exiguo número a la inmensa mayoría, y reprochar a ésta su falta de previsión y de prudencia en no huir del peligro de la lepra. Paralela a esta idea, corre por todas las páginas del libro esta otra, que ha comprendido usted perfectamente: la desventura inmensa que las culpas de los padres traen sobre sus hijos inocentes, por el terrible y lógico encadenamiento de los hechos.»

El fin no podía recomendarse más por su alteza de miras. Los procedimientos artísticos con que el escritor lo realizó, de tal manera se recomiendan por su digno respeto al pudor del estilo, que con razón se merecen el intrépido elogio del afamado novelista argentino «Hugo Wast»:

«Si el novelista ha de servir la causa de Dios, sus novelas serán para ello eficaces, aun cuando aborden las desventuradas realidades del mal, y las pinten con suficiente claridad para que el lector experto diga: "Esa es la verdad: el mal no engendra ni la verdadera alegría, ni mucho menos la verdadera felicidad." Un ejemplo de este tipo de novela es *Pequeñeces*. El escándalo que se hizo alrededor de esa obra no alarmó ni al autor ni a sus Superiores. *Pequeñeces* era la más vigorosa novela salida de la pluma de un sacerdote, y tenía todas las características de una obra perfecta. Las

(1) Discurso de contestación al pronunciado por Coloma al ser recibido en la Real Academia Española de la Lengua, el 6 de diciembre de 1908.

(2) *Nuevo teatro crítico*. Abril, 1891. Págs 42-43.

protestas que suscitó entre gentes pías caecían de fundamento. La obra estaba escrita con tal prudencia, que un niño podía leerla; y si el niño era inocente, su imaginación resbalaría sobre sus páginas más osadas. En 1890 apareció *Pequeñeces*. Los escrúpulos de sus críticos se han amortiguado; los elogios no han disminuído. Su autor comprendió rectamente la libertad del artista, y usó de ella según correspondía. Y los Padres jesuitas siguen reeditando ese libro y los otros del mismo autor, que han hecho y seguirán haciendo un bien inmenso a millones de almas» (3).

Efectivamente: en todas las obras del P. Coloma, al fin como escritas por un artista que, más que artista, era un apóstol —«aunque parezca novelista, soy sólo misionero», dijo él un día de sí—, se desprenden de la acción novelística ejemplos y lecciones saludables a granel acerca de casi todo lo que integra el fondo del dogma y de la moral del Cristianismo. Allí se vive la fe y se siente la fuerza que comunican las virtudes teologales en los trances arduos de la vida: se contempla la ridiculez de la vanidad y de los necios convencionalismos mundanos: se ven desfilar almas nobles que animan a la virtud y almas ruines que retraen del mal. Se lloran las fatales consecuencias de la mala educación, enfrente de la salvadora influencia de la educación cristiana; se palpan los beneficios y los consuelos que la religión prodiga a la sociedad, y los daños inmensos que le acarrea la impiedad y los vicios. Aparecen las ruinas que amontonan la irreligión y el pecado, y se admira la sublimidad de las virtudes heroicas, más brillantes en medio de la humillación y del dolor; y, en una palabra, resplandece la verdad, la hermosura y la bondad del Evangelio, y se respira el amor a Jesucristo y a su bendita Madre, que este mundo impío y empecatado se empeña en arrojar de sí.

Una por una podríamos recorrer las obras del novelista-pedagogo, para señalar con el dedo la benéfica moraleja que del cuento o leyenda, de la novela o de la historia-anovelada brota espontánea. Mientras van deleitando al hombre de gusto, con los primores de un arte elegantísimo, escenas, tipos, descripciones, trozos satíricos, cómicos, humorísticos, patéticos, trágicos, idílicos, caballerescos, va viendo el observador, en *Ranoque*, por ejemplo, como el Catecismo, convertido en norma de vivir, es capaz de transformar, por sí solo, a un pillete en un héroe; en *Polvos y lodos*, por qué pasos se va precipitando un joven de noble familia en su perdición —falta de hábito de trabajo, convivencia con chulos de baja estofa, locura en derrochar más de lo que se tiene, caída en viles acciones: robo, juego, estafas... *La maledicencia* le deja, al lector re-

flexivo, la impresión penosa de lo imposible que es rehabilitar la fama de una dama, espejo de honradez, si una lengua inicua la ha enlodado con una calumnia. En *Era un santo* se traza con rasgos indelebles el retrato del amor sensiblero, infecundo en buenas obras, y se pone en la picota la conducta ilógica —a veces risible, a veces criminal— de los que obran contra lo que profesan creer. En *Por un piojo* nos alegra antever, entre comioidades de buena ley, cómo va a premiar Dios la caridad sacrificada, a despecho de la beneficencia presumida. Y así por el estilo. Para abreviar nos imponemos límites.

Tan sólo notaremos el acierto con que un articulista de *La Civiltà Cattolica* atrae la atención de los lectores de Coloma hacia un aspecto interesante de ciertos personajes por él intencionada y sabrosamente pintados. Se refiere a esas personas de tipo hazmerreir que nuestro escritor se complace en presentarnos, las cuales, debajo de un exterior vulgar y hasta risiblemente desgraciado, ocultan el oro de ley de unas virtudes nada vulgares, de la frivolidad mundana, miradas con burla, pero de Dios, que ve en lo escondido, muy apreciadas y galardonadas. Traiga el donoso lector a la memoria las figuras de don Blas y de doña Mariquita, en *La primera Misa*; de don Justo y doña Tomasa Cordero,

en *La Pascua florida y el cuarto ayunar*, y señaladamente la de Rosita Piña en *Por un Piojo*. O mucho nos equivocamos, o diseñó Coloma con morosa complacencia tan originales criaturas de su invención para entretenerse dando en la cabeza a ese mundo tan pagado de las huecas apariencias. «¡Triste mundo —exclama—, que pasa distraído junto a lo que vale, y se queda deslumbrado ante lo que reluce!» *Derridetur insti simplicitas*: la sencillez del justo hace reír al mundo, y a esos sencillos es a quienes Dios revela sus secretos.

«Burlábanse de su inocente manía de ocultar la edad —de la candorosa solterona Rosita—, y nadie se apresuraba a publicar que aquellos años ocultos estaban llenos de resignados sacrificios, de calladas abnegaciones, de lágrimas que sólo brotan de corazones muy generosos, de lágrimas derramadas ante infortunios ajenos.»

¡A cuántas de esas almas buenas, contentas con su suerte de sembrar favores y recoger chacotas, habrá llevado el consuelo la comprensiva compasión de este escritor, tan regocijado como caritativo!

Y ahora preguntamos: ¿en todas esas intenciones —diganse tendencias— del Padre Coloma halla nadie de honrado sentir algún delito de lesa sociedad, por el cual haya incurrido justamente el autor en el castigo de esa inquina de cierta crítica que le zahiere? ¡Gra-



P. Luis Coloma

(3) *Vocación de escritor*. Pág. 242.

EL BIELDO Y LA CRIBA

cias a que, en este caso, como en tantos otros, un inmenso sector del público cierra sus oídos a las acres censuras de los críticos y continúa pidiendo nuevas y nuevas ediciones de los libros de su nunca preterido Coloma, para divertirse a la vez y mejorarse!

Atacar a Coloma por sus campañas católicas no sería *ahora* de buen tono y resultaría algo comprometido. Los reproches se ciñen recatadamente a censurarle la «dulzona moralidad de algunas de sus narraciones demasiado ingenuas», sin reparar en que las sugerencias morales no empalagan sino al paladar hecho a otros gustos groseros, ni en que lo candoroso del relato dará sólo en cara a ciertos espíritus fuertes, reñidos con la sencillez evangélica. Por esto la crítica anticolomista, mudando de táctica, arremete contra los méritos *literarios* del preclaro escritor, haciendo tabla rasa de ellos, o rebajándose los con frases despectivas, o relegando su crítica a una nota al pie de página, mientras a otros novelistas, cuya superioridad ponen muchos en tela de duda, se les dedican largas páginas (veintidós se lleva el juicio de Pérez Galdós en una de las historias literarias más en uso).

Por supuesto que en toda esa ofensiva se procede por aseveraciones en tono doctoral, sin demostrar nada, sin alegar pasajes concretos sobre los cuales recaigan las diatribas, y sin nombrar ni refutar ninguna de las apoloías que de Coloma han salido de plumas autorizadísimas, españolas y extranjeras.

Antes de difamar a Coloma, convenría tomarse la molestia de consultar las obras y revistas de aquellos años en que el autor vivía y escribía. Bastará una sola autoridad literaria que nos traiga hoy el eco de su voz: la condesa de Pardo Bazán, la cual no podrá recusarse, ya que militó en las filas de un naturalismo harto distante del sistema estético de nuestro novelista. Con haber ella condenado ciegamente, muy según su ideología, el final de *Pequeñeces*, el de la muerte de los dos niños, por la singular razón de que allí «se clarea sin arte el providencialismo del autor», manifestó con paladina franqueza —era una mujer muy independiente en sus juicios— la grata impresión, en rápido *crescendo*, que le iban produciendo las novelas de Coloma, conforme iban saliendo en *El Mensajero*. Hoy es curioso exhumar aquellos artículos tan personales que ella lanzaba desde su *Teatro crítico*, sin respeto alguno humano, a banderías literarias.

«Llega a mis manos *Pilatillo*. A nadie he visto más penetrado del espíritu de Fernán. Si este jesuita quisiera y pudiera, facultades le sobran para dejarse atrás al modelo.»

Siguió *La Gorriona*.

«Esto ya se aparta de Fernán. Aquí hay una fuerza, una amargura, una sabrosa hiel que Cecilia nunca destiló. En este Padre se prepara algo.»

Y llegó *Pequeñeces*. Y su admiración se trocó en entusiasmo. Óigasela:

«A *Pequeñeces*, como obra literaria, la juzgo de primer orden; pues suma al mérito artístico el de suscitar graves cuestiones; y, lejos de hallarse vacía, engalanada tan sólo con bellezas de narración o de forma, rebosa contenido, medula substantífica, anatomía de los tejidos profundos; pero anatomía hecha con pinzas de plata. Los capítulos del fumadero y de la llegada del hijo de Currita a la casa paterna, así como el del coche en que Currita arroja a las turbas, creo que han de considerarse un *dechado de perfección*. El conjunto, aunque de dos gruesos tomos, se sostiene animado, sin prolijidad ni ñoñería; se bebe de un sorbo, y al mismo tiempo despierta ideas y reflexiones; está *pensado y compuesto*, recamado y orlado con la maestría del novelista ducho, al par que tiene el brío y la exuberancia de las *juvenilia*. Reina en el estilo (aparte de alguno que otro lunarillo) grata sencillez, pulcro esmero y facilidad amable. El diálogo es la naturalidad misma; así hablan los magnates y las grandes señoras. Emulo es de Galdós al sorprender in fraganti la realidad, y resuelto como nadie para presentarla sin melindres. La heroína de la novela es creación maravillosa, suficiente para incluir al padre Coloma entre los más potentes generadores de criaturas vivas en los dominios del arte. Currita es la mujer *más mujer* acaso de la moderna novela hispana. Quien así contornea una figura tan real, tan matizada y tan fina de nervios y tan ligera de sangre, es el primer perito en psicología femenil que existe en España. Es un experto que puede dar quince y raya a los famosos catadores de vino de Cervantes. La crítica literaria tiene que dejar aparte toda cuestión extraliteraria, y limitarse a saludar en el padre Coloma a un *maestro*» (4).

Haciendo coro con estos loores sonaron, y han seguido sonando en alabanza del sacerdote novelista, voces muy prestigiosas de particulares y Corporaciones. Recuérdense, para no citar otros muchos testimonios, el de Tamayo y Baus, de quien dijo Pidal y Mon que le oyó decir con voz solemne que «desde Cervantes acá no había leído en castellano un trozo de prosa mejor escrito en verdad que la bajada desatentada del coche conducido por Currita Albornoz por la cuesta de *Los Meagas*»; y del mismo Pidal, cuyo discurso de contestación al del Padre está todo él tejido de encomios al recipiendario, nacidos de la persuasión que da la lectura personal de sus obras.

Notable fué, igualmente, el informe altamente elogioso que emitió la Real Academia de la Historia, al dar cuenta de la historia anovelada *Jeromin*, y que terminaba así:

«Tal es la grandiosa figura histórica que el padre Coloma con su admirable ingenio ha puesto de relieve, vulgarizando sus hechos más culminantes. Reciba nuestra más

cumplida y entusiasta enhorabuena, y quiera Dios concederle largos y venturosos años de vida para que, prosiguiendo sus triunfos literarios, sean sus obras leídas con el interés, provecho y delectación que merecen, contribuyendo así poderosamente al adelantamiento y mejora de la cultura nacional» (5).

Finalmente, siempre agradeceremos, los hijos de San Ignacio, el artículo noblemente reparador que escribió el agustino P. Conrado Muñíos, volviendo por el nombre del autor de *Pequeñeces*, cuando, ahogadas las primeras impresiones de espontánea admiración por el vocerío interesado y maldiciente de la prensa izquierdista, se desfogaba la envidia y el odio de los enemigos de la causa católica. Por aquellos días levantó su voz indignada el Padre Muñíos y dijo así (es otro documento que este año exhumamos):

«Groserías sin número, verdaderas atrocidades contra el Clero, contra las Ordenes religiosas y en particular contra los jesuitas, se han dicho y estampado a propósito de *Pequeñeces*. Desde la maligna reticencia acerca del conocimiento que muestra el padre Coloma de la vida de los salones, hasta la acusación, envuelta en la frase que acabo de leer con asombro —en materia de asesinatos, un prudente silencio es lo que conviene a la Compañía de Jesús—, no hay insulto ni calumnia que no se haya escupido al rostro del autor o de la clase a que pertenece. La escuela liberal se ha mostrado en su lenguaje agresivo y no pocas veces procaz, y en lo alborotador y motinesco de su actitud, digna descendiente de la antigua escuela progresista, y ha demostrado que en punto a fanatismo, contra el que tanto declama, no es ella quien puede arrojar la primera piedra a los católicos. Pero todas estas manifestaciones, algunas de ellas dignas de ser contestadas en los tribunales de justicia, no merecen siquiera la indignación, sino sólo el desprecio.

»No he tomado precisamente la pluma para añadir uno más a los innumerables artículos críticos, publicados en pro y en contra de *Pequeñeces*. (En torno de una obra baladí, añadimos, no se forma tal alboroto.) A nadie le importará mi parecer acerca de tan debatida novela; mas, por si a alguno le importare, helo aquí:

»*Pequeñeces* es una de las mejores novelas publicadas en España: un prodigio de talento, de observación y de estudio psicológico. Hay en ella argumento para cinco novelas de las que ahora se estilan: escenas que arrancan el llanto, y otras que provocan irresistible carcajada; cuadros dignos de Velázquez, y pinceladas dignas de Goya; movimiento, vida y verdadera realidad rebosando por toda la obra; afligranadas bellezas de exquisito arte esparcidas acá y allá; todo ello expresado en lenguaje quizás un tanto recargado de extranjerismos, pero rico, variado, pintoresco y castizo en la substancia; todo engastado en un estilo algo bravío e indócil a veces a la corrección retórica, pero suelto, movido, gallardo y animadísimo; todo, finalmente, bañado de esa belleza especial, aun no bien clasificada en los tratados de estética, porque no están escritos por españoles; de esa belleza indígena de España, y en España peculiar de Andalucía, que es más que la gracia y la sal, y que nuestro pueblo denomina la sandunga y el salero. El padre Coloma no sólo merece puesto distinguido entre nuestros grandes novelistas,

(4) *Nuevo teatro crítico*. Abril 1891. Págs. 44-72.

(5) Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo LII, pág. 116.

sino que, a mi juicio, sería el primero de España, si no viviese Pereda.»

Pero la más irrefutable apología de Coloma es la reedición continua de sus obras y su difusión no interrumpida entre una gran parte del público. Y el modo más eficaz de recomendarlas, aun entre ciertos sectores de la juventud de hoy, que tan arrebatada corre tras libros de catadura muy diversa, es poner en sus manos, una tras otra, esas preciosas obras; supuesta, eso sí, una previa educación del gusto y sentimiento estético, y una también previa proscripción de ciertos esperpentos estilísticos, de todo en todo opuestos al que los partidarios de algunas escuelas literarias de moda han dado en llamar, con gesto desdeñoso, *aquel estilo del siglo XIX*. ¡Como si con el siglo XX nos hubiera alumbrado el acierto en el bien escribir!

No hablo sin fundamento: tengo hechas las pruebas, y con éxito insuperable. Lejos de contentarme con que mis discípulos repitan de memoria el

(6) *La Ciudad de Dios*. Tercera Epoca, año XI, págs. 574-576.

disco de un libro de texto de historia literaria, y se queden para toda su vida con el juicio que allí se les ha dictado, por ejemplo, sobre Coloma, sin haber ellos leído ni una página de él (servidumbre indigna a la que se somete a nuestra despierta juventud), recorro despacio, analizo a la luz de la estética eterna, y hago sentir y entender directa y personalmente las mejores obras del escritor. Treinta del Padre Coloma hemos estudiado a fondo en unas semanas para preparar un acto académico en conmemoración del centenario. Y aun induzco a escribir resúmenes, análisis, impresiones, críticas razonadas, y hasta aprenderse de memoria trozos que sobresalen por su estilo gráfico, por sus galanos rasgos descriptivos, etc., que es como se estudia la literatura *en sí misma*, y no sólo en su historia, en el poder catalizador de sus páginas para provocar reacciones psíquicas, y no a través de una crítica ajena, sin vibración y muerte. La reacción de la juventud bien preparada ante las páginas de Coloma, así vivientes y chorreando san-

gre de realidad humana —lo mismo que ante las de Pereda, otro de los nobles proscritos—, no puede ser más favorable, ni menos espontánea su protesta contra el bloque difamador.

Asistimos, pues, en el aula, a la invención poética, al plan artístico, de unas pocas novelas que a ello, por su mayor amplitud, se prestan más —para estudios de esta índole, serios, sin prisas, no se puede alargar el profesor a muchos libros que, libados a vuelo de golondrina, no dejarían sino una erudición de poliantea—. Sirvennos para tales análisis o disecciones obras de tan perfecta estructura y de tan calculado efecto de impresiones como *La maledicencia*, con sus tres escenarios por tan distinta luz iluminados; *Chist*, con sus dos puentes de observación; *Jeromin*, con el desarrollo paulatino del carácter del héroe en sus sucesivos cambiantes, desde el más delicadamente risueño hasta el más sombríamente trágico.

Gustamos la deleitosa visión de descripciones tan gráficas como aquella en que Felipe II revela a Jeromin su



EL BIELDO Y LA CRIBA

filiación imperial; la de la muerte de María Estuardo, aureolada con el halo de lo sublime; la de tremenda lucha del alma de *Ranoque*; la del robo de las perlas en *Polvos y lodos*...

Desfilan a los ojos de los alumnos los variadísimos tipos que bullen por doquiera en esos relatos: Douglitas, doña Magdalena de Ulloa, la Marquesa de Sabadell, Jacobo, Paquito Luján, Diógenes, Gabriel y García, Desperdicios, el General Urbano, el Marquesito del Pimpollo, el masón de *Chist*, el conserje del Gobernador, la Cachana, don Benito, entre su mujer y su yerno; el indito cazador de venados, el originalísimo Boy, la Rabina, los guerrilleros de Mina, la Condesita insustancial en *Un milagro*, la casera Pachica, Juan Miseria, Teresa y Pepita, Cain, el alférez Alvar de Mirabal delante del padre Juan Fernández, el tío Pellejo, símbolo del cristiano hombre del pueblo; Medio Juan y Juan medio; el Marqués y la Marquesa de la Nochebuena, etc. Cada cual se presta a un detenido estudio; son, en conjunto, la vida desbordándose del cuadro del valentísimo pintor.

Ni nos basta para asimilarnos el arte del maestro leer u oír sus escenas; toda la clase presencia la declamación de las más movidas, como las que estos títulos anuncian: «Soldadito tenemos, que no fraile»; «Atame, Señor, y ten piedad de mí» (la singular oración de Boy); «¿Se acepta o no la cita nocturna del masón?» (diálogo entre el P. Antonio y el P. Superior); «Las bravatas de Currito Pencas» (divertidísima anécdota); «Diego Corriente, el bandido generoso»...

Ha precedido ya el estudio, personalísimo, directo, auténticamente literario, de la obra novelesca de Coloma. Los jóvenes han sido testigos de que esas obras *resisten el análisis*. Nada extraño es que, al leerles luego el profesor la crítica despectiva, difamadora, para ellos incomprensible, del escritor por ellos justipreciado, no salgan de su asombro.

Leen, por ejemplo, en la historia literaria de Fitzmaurice-Kelly, que tantos años anduvo en manos de nuestra juventud universitaria, este juicio:

«Artículo de acusación debe constituir contra Pardo Bazán el haber contribuido a fortalecer la boga del jesuita Luis Coloma..., quien, con todo su superficial ingenio, no pasa de ser un particular pleiteante. *Pequeñeces* fué una petulante improvisación, ayuna de enredo, de carácter y de verdad. Si el P. Coloma tuviera dotes de gracejo y de distinción, podría llegar a ser un clerical Gyp. Alcanzó una notoriedad que ya va marchitándose» (7).

(7) *Historia de la Literatura Española*, por Jaime Fitzmaurice-Kelly, traducida por Adolfo Bonilla y San Martín, pág. 536.

Los alumnos, oído este desplante, se preguntan entre sí: «¿Y esa crítica resiste el análisis?» Leen, asimismo, en la historia de Valbuena Prat (segunda edición), lo que sigue:

«Mucho menos interesantes son otros valores de época. Por ejemplo, el Padre Luis Coloma, cuyo éxito ruidoso de *Pequeñeces* se debió más al secreto de la novela (secreto, o conjunto de alusiones, dignamente rechazado por el autor) que al mérito intrínseco... Coloma es, sin duda, hábil en este caso, como después lo fué en *Boy*, pero su sentido, más vulgar que el de sus coetáneos, no se compensa ni por los caracteres, ni por el elemento descriptivo. Escribe en una prosa periodística, sin elegancias de estilo ni sentido del idioma popular. Coloma es, sobre todo, un valor documental de época» (8).

Los lectores inteligentes de Coloma, al llegar aquí se preguntan ante tamaños desafueros: «Pues si Coloma, ni por su arte tendencioso, sólidamente defendido en libros serios, ni por su presunto naturalismo, refutado victoriosamente por críticos de nota, ni por su inferioridad literaria, rebatida por cuantos se ponen a leerlo por sí mismos, y por la clamorosa aceptación del público más sano y sensato, no se ha merecido de estos críticos tan fiera repulsa, ¿por qué motivo se la habrá merecido?»

Muchos años ha, madrugó a dar la contestación verdadera el P. Muñíos, que la dió sin paliativos. «A Coloma y a su fama —dijo— le ha perjudicado el ser católico y religioso.» Al aseverarlo, puso el sagaz agustino el dedo en la llaga. Y al repetirlo hoy nosotros, quedamos seguros de haber puesto el dedo en la llaga también.

Conste, ciertamente que, más que nunca, a raíz del final de nuestra Cruzada, se dió por la Masonería la consigna de silenciar todas las obras escritas por personas que profesan las ideas que nuestra Cruzada se propuso salvar, y, sobre todo, las escritas por sacerdotes y religiosos. A esta consigna, demasiado transparente para que no se la vea en multitud de ocasiones, y de cuyos manejos sabemos algunos algo, están sirviendo, consciente o inconscientemente, cuantos críticos han emprendido la desdichada campaña de denigrar, o, lo que es peor, silenciar, los libros del benemérito P. Coloma. Y, por si algunos críticos católicos, envueltos en ese ambiente turbio de componendas y compromisos, hiciesen, de una manera u otra, el juego a esa crítica con inocentona cooperación, alzarón su voz sagrada los metropolitanos españoles en su instrucción colectiva de 25 de julio del año pasado, y dirigida precisamente a los

(8) *Historia de la Literatura Española*. Angel Valbuena Prat (segunda edición). Tomo I. Pág. 744.

críticos católicos. La obediencia a la Jerarquía es la piedra de toque del catolicismo genuino.

A los puntos de la pluma se nos viene ya el dicho evangélico: «Los hijos de este siglo son más sagaces que los hijos de la luz.» Sagacidad muy previsora están empleando hace tiempo nuestros contrarios al recomendar, con derroche de panegíricos, los primores del estilo de ciertos libros, para que todos —los de la una banda y los de la otra— los compren y los lean; al paso que se ingenian en meter en entrambos campos la convicción de que el estilo de otros libros netamente católicos está ya trasnochado.

Así, en nuestro caso, alguien ha propuesto que se dé como premio en todas las escuelas de España ese insustancial e irreligioso engendro *Platero y yo*, donde se hace burla de la Misa y de la procesión del Corpus, y en tres sitios se sazona la lectura con la mostaza de otras tantas indecencias; libro en que no se siente el menor aleteo del espíritu ni se vive la fe en Dios. Y, en cambio, se han relegado al olvido esos lindos *Cuentos para niños*, escritos por Coloma, con no menos gracia de estilo que celo de doctrina moral y religiosa.

De estimar son, ciertamente, los valores literarios allí donde campean —y, repetimos, no campean sólo, ni mucho menos, en los libros de los autores sin fe ni moral—; pero muy sobre esos valores se encumbran los valores del espíritu; y, en caso de conflicto, han de posponerse aquéllos y anteponerse éstos.

Esta reflexión nos lleva de la mano a insinuar por qué hemos redactado este artículo para una revista como *CRISTIANIDAD*, que no trata directamente asuntos literarios. Es que debajo de la crítica anticatólica contra Coloma se esconde, mal disimulada, otra campaña de alcance antirreligioso y anti-español de trascendencia mucho mayor. Coloma es uno de tantos literatos católicos contra cuya influencia cristiana en la sociedad española está empeñada una guerra cada día más encarnizada. Como armas ofensivas esgrimen otras obras infectadas de impiedad y envenenadas de inmoralidad los que sin rebozo se han de llamar enemigos del dogma y de la moral cristiana, enemigos del Cristianismo y, con mayor inquina aun, del Catolicismo.

Estamos asistiendo a un esfuerzo desesperado por exterminar de nuestro bendito suelo todo cuanto lleve impreso el nombre de Jesucristo. En muchos literatos de este siglo hay que afirmar que, en sus obras, a Dios y a su Cristo se le hace guerra, y que, a lo menos, de muchas de sus obras está ausente Dios y su Cristo. Pues bien: enfrente de esas líneas de combate anticristiano, oyen nuestros enemigos

los golpes y el blandir de las armas de los literatos cristianos; y esa resistencia les irrita hasta el punto de mancomunarse en un frente único para arrebatarnos de las manos unas armas tan temidas, y por eso tan combatidas. ¡Y cómo saben unirse con táctica de mutuo favor!

Si este año se celebrase el centenario de uno de sus ideas, por ejemplo, de Pérez Galdós, el novelista anticlerical y anticatólico, ¡con qué diligencia y organización hubieran preparado toda clase de actos de propaganda, encaminada a poner sobre las nubes y dar a conocer sus novelas! *Fas est et ab hoste doceri* (9). Del enemigo, el ejemplo. Pasado este año del centenario, no se ofrecerá otra ocasión tan oportuna para reivindicar el nombre del padre Coloma. De desear sería que, pues hasta el mes actual apenas se han dejado oír unas pocas voces esporádicas en su honor, al menos en lo que resta de 1951 (que por todo este año se extiende el centenario), así en los Centros docentes del Estado como en los de la Iglesia, como homenaje al gran escritor católico y español, se celebrasen actos literarios alusivos a su obra literaria y a su magnífica apología de la Patria y de la Religión.

La labor de difamación de Coloma ha sido y es inicua. Repercute su daño en la desestima de las ideas y de las intenciones del difamado. Y no puede tolerarse que ideas e intenciones tan santas queden por los suelos. Grabadas dejó él en las páginas de su prólogo a las *Lecturas recreativas* (que aun, literariamente, es una joya), como en planchas duraderas, estas palabras que le habrían de ganar las simpatías de cuantos amen de veras a Cristo:

«Los suscriptores de *El Mensajero* no necesitan que se les presente lo que nuestra santa religión manda y aun lo que solamente aconseja, engalanado con los atavíos de la poesía y de la fábula, a la manera que se presentan al enfermo las pildoras amargas envueltas en una brillante capa dorada. No encuentran estas almas sanas en los suaves deberes de la religión ni en los sublimes consejos del Evangelio pildoras amargas, sino ricos veneros de gracia y salvación, que se apresuran a buscar y gustar en los escritores ascéticos. Mas *El Mensajero* se dirige también a aquellas almas más tibias en el amor santo de Cristo, y también a aquellas almas del todo mundanas que rechazan con prevención injusta todo lo que esparce desde lejos el suave perfume de la devoción y de la piedad. Para estas almas tibias, frívolas o extraviadas fueron escritas las presentes *Relaciones*, para que ellas saboreen, casi por sorpresa, las santas enseñanzas del Corazón de Cristo.

»Acepten, pues, los suscriptores de *El Mensajero* la dedicatoria de estas *Lecturas recreativas* como un arma que el amor del Corazón divino pone en sus manos para atraer suavemente a las buenas lecturas a todas aquellas almas cuya frivolidad, tibieza o prevenciones les impiden ir a buscar en lecturas más serias las enseñanzas y caminos del amor de Jesucristo».

Llevar a Jesucristo las almas desviadas de la Verdad eterna: he ahí la santa ilusión del literato-apóstol. Quien alaba y propaga sus obras literario-apostólicas, le ayuda a lograr su sagrado propósito. Quien le denigra a él y, cuanto es de su parte, inutiliza sus obras, se pone a estorbar su misión: aparta de Jesucristo a las almas. ¡Diabólico oficio! No creemos que ninguno que de católico se precie acepte, con entera conciencia de lo que hace, tan abominable papel.

Los campos se deslindan cada vez con línea más radicalmente separatista. Sartre, en sus novísimas obras, levanta retador su mano, proclamando que, si hay algún Dios, ese dios es el hombre. No andamos tan sobrados de escritores valientemente defensores del hombre-súbdito de Dios que podamos dar de mano a literatos que, como Coloma, hayan puesto sus egregias dotes literarias al servicio de los derechos de Dios y de los deberes del hombre para con Dios. Colaboremos todos para que en esta sociedad, que peligra en medio de la universal convulsión ateis-

ta, se escuche al autor de *La resignación perfecta*.

No es que la fama de Coloma necesite de sostenes: que sólidamente está afirmada sobre el pedestal de su mérito indestructible. La que necesita de sostenes es la sociedad actual, y especialmente la actual juventud, lanzada a la deriva por la lectura de libros inspirados en los peores escritores extranjeros. El mejor premio para Coloma será el bien que ha prodigado y la recompensa que del supremo Juez habrá ya recibido. Con rotundas frases, reflejo de honda convicción, lo dijo don Antonio Maura, cuando, actuando de Director de la Real Academia de la Lengua, resumió así su oración necrológica, a raíz de la muerte del jesuita novelista:

«Los achaques con que la muerte iba estrechando su asedio le impidieron frecuentar esta casa; pero privarnos de su personal asiduidad no era sustraerle a nuestra compañía, por cuanto en el sector de vida nacional que la Academia refleja, compendia y personifica, la gigantesca figura literaria del Padre Coloma no pudo estar ausente jamás, ni aun lo estará en lo futuro... Nadie desconocerá la grandeza y el vigor de esta figura que se ausenta y de estas páginas tuyas que le sobrevivirán, perpetuando su esclarecido renombre. En servicio del bien fueron escritas, y Dios prodigarán coronas que son incomparables con las que pueda rehusar el dividido juicio de los hombres.»

Arturo M.^a Cayuela, S. I.

El portentoso arco triunfal del cristianismo

He aquí, lector, en el así llamado, existente en el monasterio de Ripoll, una de las más admirables manifestaciones seculares del arte vernáculo, la cual, paradójicamente, persiste asaz ignorada de la generalidad, hasta el extremo de haber críticos extranjeros que abogan por el trazado del condigno libro que lleve al conocimiento popular no sólo su descripción pormenorizada, de que al presente se carece, sino el esclarecimiento de tantos problemas cronológicos y otras cuestiones artísticas como el estudio de la misma por parte de los modernos especialistas ha venido suscitando.

Como sus hermanos menores, los monasterios benedictinos de San Pedro de Roda, San Pedro de Camprodón y San Pedro de Galligans, este gran cenobio medieval de Santa María de Ripoll, erigido en la confluencia de los ríos Ter y Freser, fué otrora prez de las tierras gerundenses y airón glorioso de aquellos claros varones cuyos esforzados arrestos y fervorosa espi-

ritualidad tanto contribuyeron a labrar la perenne grandeza patria por los cauces del Cristianismo en que hoy fundamentamos nuestro orgullo de ser españoles. Ningún otro monumento coetáneo ofrece mayor prioridad vinculadora que éste a la suprema razón histórica de la época: la Reconquista en la entonces llamada Marca Hispánica carlovingia, o zona fronterá al gran plegamiento pirenaico oriental.

Aunque se haya llegado a creer que su origen se remonta a los tiempos visigóticos, consta que fué fundado por el heroico y casi legendario Wifredo el Velloso, primer Conde independiente de Barcelona, en el año 875, quien, erigiéndolo en núcleo de la repoblación cristiana de la región, tuvo el ejemplarizador rasgo de hacer que ingresara allí como cenobita su propio hijo, Rodulfo. En el año 888 fué ya consagrado el primitivo templo por Godmaro, obispo de Vich. Las crónicas hablan de reformas posteriores, que dieron lugar a dos nuevas consa-

(9) Ovidio, *Metamorf.*, IV, 428.

EL BIELDO Y LA CRIBA

graciones, hasta que al adquirir el Monasterio verdadera importancia, que llevaria a constituir la Abadía más famosa de toda Cataluña, merced a las dotaciones que recibía de los Condes de Barcelona, Gerona, Urgel, Besalú y Cerdaña, pudo el famoso Abad Oliva, descendiente del Conde fundador y después Obispo ausetano —personaje cuya gran influencia en los monumentos de su tiempo le erige en digno precursor de otras grandes figuras benefactoras del arte religioso, tales como el compostelano Gelmírez y el burgalés Mauricio—, acometer la gran edificación, terminada en el año 1032.

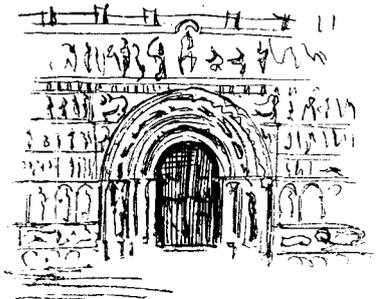
Monumento romántico el más importante y antiguo de Cataluña y, con la catedral de Santiago de Compostela, de España, constituyó también panteón real, donde encontraron eterno descanso los restos de su fundador y de otros prohombres y prelados famosos, así como verdadero foco cultural de vigorosa y proficua irradiación en el país, principalmente por su famosa biblioteca —que llegó a contar trescientos códices del mayor valor paleográfico y artístico— y notable escuela de copistas y miniaturistas.

La descripción, tanto de su ingente fábrica como del proceso cronológico de sus vicisitudes y de ese preponderante papel espiritual ejercido en el decurso secular, exigiría considerable espacio, del que aquí no disponemos. Por otro lado, nuestro propósito es referirnos concretamente a su parte más valiosa, en virtud de lo original y única en su clase, que es la famosísima portada, milagrosamente salvada —puede decirse que íntegramente, por fortuna para el arte cristiano español— de la casi total depredación y ruina sufridas por el monumento en la primera mitad del siglo XIX. Esta magna creación del genio humano luce toda su opulenta esplendidez desde que en 1893 fué el monasterio reconstruido, aprovechándose también los restos de los antiguos claustros —uno de los mejores de España, con 252 columnas—, ábsides y muros.

Se ha afirmado que dicha portada es el «arco triunfal del Cristianismo», y en verdad que tal denominación no parecerá hiperbólica, pues creemos que nadie que la haya visto habrá dejado de sentirse embargado por la inefable emoción del arte puro, haciéndola reputarla parigual en esplendidez de ejecución y en prolija calidad simbolizadora al Pórtico de la Gloria compostelano. Divídese su decoración en siete zonas, todas ellas de gran unidad realista; zonas que representan: la primera, la lucha de la razón y de las pasiones; la segunda y tercera, los premios y castigos; la cuarta y quinta, diversos salmos bíblicos; la sexta, visiones beatíficas, y la séptima, el

triunfo de Jesucristo entre ángeles, apóstoles y ancianos.

Pellicer, el acaso más disertado glosador del monasterio, escribió, en 1888, que ante esa creación «saborea el alma los sublimes recuerdos de los patriar-



RIPOLL (Portada)

cas, grandes reyes y profetas; en ella contempla las maravillas que Dios obró por su pueblo al conducirlo a la tierra de promisión; allí aparecen las dos columnas de la Iglesia, Pedro y Pablo, con los pasajes más tiernos y milagrosos de los primeros años de la ley de la Gracia; allí se indica de un modo alegórico la eterna lucha del bien y del mal, el paganismo derrotado, la verdad triunfante, la Santísima Trinidad, el Divino Cordero, la antigua ley, el Evangelio y el libro de los siete sellos; ella, en fin, excita a que glorifiquen al Señor todas las gentes y en todo tiempo, y señala el Cielo

por morada del justo y el Purgatorio como cárcel expiatoria y el infierno como castigo sempiterno del réprobo. La Biblia, cual sol refulgente, esparce rayos de luz divina sobre cada retablo; la alegoría los poetiza, el mito los embellece, la imaginación los varía y las efigies inmóviles, y al parecer incoherentes, una vez se proyecta en ellas la luz de los versículos sagrados, y de los cantos de los poetas, adquieren unidad, vida, animación, movimiento y hasta palabra.

El eminente poeta Verdaguer consagró, a su vez, el canto VIII del gran poema *Canigó* a la descripción inspirada e intuitiva de esa gran maravilla debida a un glorioso maestro anónimo de la escultórica medieval, edad en que la piedra era instrumento de que se valía el hombre, con preferencia a otros, para plasmar, iluminado por el genio creador, sus concepciones líricas y místicas en exaltación de la Divinidad. Posteriormente, los arqueólogos, historiógrafos y críticos Bertaux, Cook, Dieulafoy, Lampérez, Lozoya, Mayer, Pijoan, Porter y Puig y Cadafalch han venido lucubrando y contestes en rendida admiración hacia esta obra maestra, acerca del esclarecimiento exhaustivo de sus aspectos y detalles, con lo que tanto contribuyeron también a proclamar su importancia.

Angel Dotor

Académico de Bellas Artes

Un almirante sobre el «Syllabus»

Nada más grato que registrar en las páginas de un alto jefe del Ejército, francés por añadidura, multitud de juicios que revelan una sólida y —¿por qué no decirlo?— *extraña* formación católica, servida, además, por una información histórica nada común y por un estilo claro y grato. No entremos en las vicisitudes políticas y profesionales de la vida del almirante Auphan, que él explica, reivindicándose, en el último capítulo del recentísimo libro de estudios históricos «Les grimaces de l'histoire». Sin duda para la de Francia tienen importancia estas páginas, por el relevante papel que el autor de las «muecas» hubo de desempeñar en la gravísima crisis de la última guerra. Pero no es de este lugar el juzgarlas.

En cambio podríamos hacer amplios comentarios al hecho de que el almirante Auphan muestre, a lo largo de sus ensayos, unas ideas religiosas que lo capaciten para navegar sin riesgos, con garantía de arribar a puerto seguro, por los mares procelosos de la Historia. Estas muecas, o tal vez mejor, estos gestos, estas expresiones his-

tóricas acreditan repetidamente en su comentarista una visión muy segura —y, por desgracia, rara y poco frecuente— de acontecimientos y personajes sobre los cuales es casi obligado el desbarrar de lo lindo.

No será pasión hispánica sino más bien pasión de verdad la que llevará a los lectores españoles de Mr. Auphan a comprobar, por ejemplo, con satisfacción la coincidencia de este almirante francés con Hilaire Belloc en juicios sobre Richelieu ajenos por completo a cualquier forma de «chauvinisme». Belloc es uno de los historiadores que ha dicho sobre el particular cierto número de verdades de peso. Lo recordábamos al leer las glosas del almirante Auphan en torno al reinado de Enrique IV y los fundamentos doctrinales de la Guerra de los Treinta Años.

Y sin embargo, el lector católico espera aún el libro que salga al paso de «Eminencia gris». Esta obra prueba hasta qué punto puede plagar de errores la interpretación de una misión histórica como la del famoso Padre José —el agudo y austero colaborador

de Richelieu— un hombre de pluma tan buida e ingenio tan fino como Aldous Huxley, si no posee, no ya la fe católica, sino una información, una preparación idónea sobre los fundamentos de la moral y la bases de la formación de la conciencia, tal como los conciben los sistemas admitidos por el catolicismo.

Es imposible entender los actos del P. José ni los de otras muchas personalidades históricas sin estudiar y comprender perfectamente los principios cardinales de la moral y del obrar humano según los entiende la Iglesia Católica. Ahora bien: el estudio y la comprensión de tales principios no es cosa baladí, sino tarea ardua. De aquí que resulte increíble la frivolidad con que juzgan sobre estas materias hombres que no se atreverían —ni les sería consentido— a emitir juicios, con parejo desconocimiento, sobre Derecho o Medicina. Han olvidado que la Moral descansa en conocimientos sistematizados de enorme hondura y dificultad; en una palabra: que es una ciencia de tan difícil posesión y dominio como la que más lo sea.

Y no se diga que no todo el mundo ha de compartir la doctrina católica acerca de la Moral. Lo que habría que reprocharle a Mr. Huxley y a tantos otros, en cuanto historiadores, no es que no la compartan, sino que la desconozcan concienzudamente; no es que no crean en ella y no la practiquen, sino que se pongan a enjuiciar funciones ignorando por completo los órganos. Una gran parte de la historiografía moderna ha revelado una falta de escrúpulos realmente asombrosa sobre estos extremos. En virtud de su insolidaridad con los principios católicos, muchedumbre de historiadores se han considerado relevados del deber de conocerlos, lo cual equivale a declarar inservibles, porque sí, instrumentos insustituibles y para alumbrar el subsuelo de la Historia. Ejemplos insignes de las consecuencias de esta actitud nos los brindan muchos juicios históricos sobre San Fernando III, Felipe II, Pío V, Pío VII —especialmente en el caso del divorcio de Napoleón y las transigencias e intransigencias con el Emperador—; y en nuestros días, la conducta observada por parte de sus contemporáneos y connacionales con un hombre ya elevado a los altares: San Antonio María Claret.

Cuando el propósito de comprender es auténtico y no se paraliza ante ningún prejuicio, se produce, por el con-

trario, el hecho de que historiadores protestantes o agnósticos descubran la verdad tras el cendal de los hechos; pero lo que rasga el cendal no es sólo la probidad y la agudeza del historiógrafo, sino un saber que no ha excluido arbitrariamente ningún conocimiento necesario. Ranke, pese a sus errores, da en el clavo cuando juzga la actitud pacífica de Pío IX; y el juicio de un Huizinga —tan glacial en lo religioso— sobre Erasmo corrobora con perfecta técnica el retrato que había trazado el famoso humanista nuestro Menéndez Pelayo.

El almirante Auphan ha asimilado el espíritu de las enseñanzas de la Iglesia, y con ella siente, pese a tanto jansenismo o «angelismo» como le rodea, al juzgar los hechos históricos y al formarse una concepción de la Historia misma. Uno de los ensayos que componen «Les grimaces de l'Histoire» (París, Les Iles d'or, 1951) versa acerca del Estado pontificio y es un breve y enjundioso trabajo donde se encuentran verdades que unas veces son abiertamente negadas y otras medrosamente disimuladas, atenuadas o silenciadas, incluso por plumas católicas. Por eso vale la pena de que cerremos estas líneas resumiendo algunas afirmaciones sobre la preparación y el contenido del *Syllabus* y la *Quanta Cura*, documentos sin los cuales la formación del católico adolecerá siempre de una mutilación importante.

He aquí la sustancia de un pasaje que nos muestra la orientación del escritor:

«Está de moda hoy día —hasta tal punto incluso la opinión católica se ha contaminado— considerar al *Syllabus* como una manifestación pasajera del mal humor del Papa, sin alcance doctrinal permanente, lo cual constituye un error grosero. El *Syllabus* fué meditado por el Vaticano durante más de quince años antes de ser publicado. Los estragos de la Revolución de 1789, acentuados por la de 1848, perturbaban al mundo cristiano como hoy el marxismo y, también como hoy, numerosos documentos pontificios prevenían a los fieles contra la propaganda que les intoxicaba. El *Syllabus* no es sino la síntesis de todo ello.

»Los primeros estudios fueron realizados por un concilio regional reunido en 1848 bajo la presidencia del cardenal Pecci, el futuro León XIII. Fueron consultadas personalidades de todos los países, y una comisión de teólogos trabajó durante diez años sobre un primer texto. En 1862, Pío IX

aprovechó la presencia en Roma, para una canonización, de algunos centenares de cardenales, arzobispos y obispos de todo el orbe e hizo recoger por escrito su parecer. Sabido es que nadie aventaja a la Iglesia en prudencia y parsimonia.

»Una indiscreción provocó el aplazamiento de la publicación del documento nacido de tales trabajos. Mas las manifestaciones modernistas de Alemania, Francia y Bélgica, incluso entre el clero, hicieron ver al Papa que no podía esperar más. Es una falsedad desmentida por los hechos pretender —como satánicamente lo insinuaron los demócratas— que el *Syllabus* fué simplemente una respuesta política a la convención francoitaliana de 1864. El *Syllabus*, por el contrario, conserva un valor jurídico permanente y sus principios obligan en conciencia a todos los cristianos. Sus conceptos filosóficos cardinales serían más tarde unánimemente respaldados por el Concilio Vaticano. Las proposiciones que debelaban las formas subversivas de la democracia recuerdan las reiteradas condenaciones del comunismo por Pío XII; mejor dicho, éstas brotan naturalmente de aquéllas, siendo una e invariable, a través de los tiempos, la doctrina de la Iglesia enseñada por la Santa Sede.

»La Encíclica *Quanta Cura* y su anejo el *Syllabus* condenaron rotundamente el naturalismo, el racionalismo, el socialismo, el comunismo, las sociedades secretas y todo lo que ha ocasionado la desventura del mundo moderno. Alertaba contra ciertas consecuencias del liberalismo: condenaba la doctrina que convierte al Estado «en fuente y origen de todos los derechos», es decir, al totalitarismo; y a la escuela laica, el matrimonio civil, el divorcio, la fiscalización estatal de las congregaciones religiosas y la separación de la Iglesia y del Estado. Hacía notar, además, el carácter subversivo de la concepción que ve la autoridad «en la suma del número y las fuerzas materiales», es decir, la democracia atea. Y de paso afirmaba que la supresión del poder temporal del Papa no implicaría el bienestar de la Iglesia, como sostenían los que propugnaban la ocupación de Roma.»

Una omisión lastimosa del almirante Auphan: la participación española en la reconquista de la Ciudad Eterna. ¿Por qué no hablar del general Fernández de Córdoba y sí sólo de Oudinot?

V. D.

PREDICACION DE SANTIAGO EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN)

«*Jacob, qui interpretatur supplantator, filius Zebedaei, frater Johannis. Hic Spaniae et occidentalia loca praedical, et sub Herode gladio caesus occubuit, sepultusque est in Acaia marmarica VIII calendas Augusti.*» (Santiago, que significa suplantador, hermano de Juan. Este predica en España y lugares occidentales, y fué muerto bajo Herodes por la espada y sepultado en Acaya Marmárica el 25 de julio). Sobre esta expresión «Acaia Marmárica» observa muy atinadamente López Ferreiro que es, sin duda, una corrupción de «Arca Marmórica», como es designado, en la antigüedad más remota, y aun después de la milagrosa manifestación de las Reliquias, el año 813, el lugar del sepulcro de Santiago. Lo cual echa por tierra las suposiciones sobre la traslación de las Reliquias desde Jerusalén a Galicia en el siglo VII. Esa expresión, repetida con diversas variantes o corrupciones de copistas, es una prueba de la tradición sobre el traslado del cuerpo de Santiago, inmediatamente después de su martirio, por sus discípulos.

5. San Braulio de Zaragoza

Ocupó dicha Sede desde el año 631 al 651. A sus ruegos, escribió su querido y preclaro maestro, San Isidoro, la obra monumental sobre las Etimologías. Su testimonio sobre la tradición que defendemos se halla en la segunda lección del segundo nocturno de la fiesta de San Isidoro, 4 de abril, y dice así:

«*Eumque Sanctus Braulio non modo Gregorio Magno comparaverit, sed et erudiendae Hispaniae loco Jacobi Apostoli coelitus datum esse censuerit.*» (San Braulio no sólo compara a [San Isidoro] con San Gregorio Magno, sino que le juzga enviado del Cielo en lugar del Apóstol Santiago para instruir a España en la doctrina de Cristo.) Esto es claro indicio de que San Braulio conocía la tradición, aprendida sin duda de su Maestro, y que el recuerdo de la predicación del Apóstol permaneció vivo en la Península aunque quedaran ocultas sus Reliquias por varios siglos, debido a las persecuciones, y especialmente a la del emperador Valeriano, que el año 257 prohibió, bajo pena de muerte, a los cristianos, el visitar y celebrar reuniones cerca de los sepulcros de los mártires (López Ferreiro, O. C., p. 306). Eso explica suficientemente que del primitivo mausoleo edificado por los discípulos del Apóstol en el predio de la matrona Lupa, según todavía refiere la tradición local, «no quedase más que el recuerdo, que vivió siempre en la memoria de los fieles, de que nuestro Apóstol había sido sepultado en *Arca Marmorica in finibus Amaeae*» (López Ferreiro, L. C.).

6. San Julián de Toledo

Ocupó la Sede Primacial de España de 680 a 690 y fué una de las grandes lumbreras que con su doctrina y virtudes ilustraron la Iglesia de Cristo en España durante el siglo VII. Reformó la liturgia visigótica, la primitiva liturgia española, llamada después mozárabe, la cual atestigua también la tradición jacobea, como luego veremos.

En su «Comentario sobre Nahum», que cita López Ferreiro, dice así:

«*Isti (Apostoli) ergo pedes Domini fuerunt, qui eum praedicando per universum mundum detulerunt. Petrus enim eum Romam, Andreas Achaiam, Joannes Asiam, Philippus Galliam, Bartolomaeus Parthiam, Simon Aegyptum, Jacobus Hispaniam, Thomas Indiam. Mathaeus Aethiopiam, Judas Thaddaeus eum retulit Mesopotamiam: Jacobus Alphaei eum retinuit Hierosolymam.*» (Estos —los Apóstol-

les— fueron, pues, los pies del Señor que predicando le llevaron por todo el mundo. Pedro, a Roma; Andrés, a la Acaya; Juan, al Asia; Felipe, a la Galia; Bartolomé, a la Parthia; Simón, a Egipto; Santiago, a España; Tomás, a la India; Mateo, a Etiopía; Judas Tadeo le llevó a Mesopotamia; Santiago de Alfeo le retuvo en Jerusalén.) Este texto, como el de San Isidoro, parecen copia de textos antiguos que reproducen otros autores casi en los mismos términos y cuyo origen atribuye el mismo Monseñor Duchesne a los antiguos «Catálogos de los Apóstoles», de procedencia oriental. El modelo más antiguo, descubierto por Duchesne y Rossi en Roma, es el ya citado «Martirologio Jeronimiano», que ellos remontan al siglo VI. Entre los que evocan casi al pie de la letra el texto de San Julián, cita López Ferreiro al Venerable Beda (muerto en 735) y al Cardenal don Rodrigo Jiménez de la Rada (siglo XIII). Al testimonio de San Julián alude Menéndez y Pelayo (Enciclopedia Espasa, art. «Santiago el Mayor»), incluyéndolo entre los que «afirman pura y simplemente la venida del Apóstol a nuestra Península».

7. La Liturgia mozárabe

Nos referimos a la primitiva liturgia de España, llamada «gótica», porque fué reformada por los Padres de la época visigótica, siglos VI y VII, y también «mozárabe», porque fué practicada por los cristianos mozárabes, o arabizados, es decir, que vivían entre los árabes durante la ocupación sarracena de gran parte de la Península. La Iglesia mozárabe floreció principalmente en el sur de España, y alcanzó, en el siglo IX, bajo la benigna tolerancia de algunos Califas de Córdoba, su máximo esplendor bajo la dirección de intrépidos monjes y sacerdotes, como San Eulogio de Córdoba, los cuales con su palabra y ejemplo exhortaron a los fieles al martirio. En esa liturgia, testigo de la antigua tradición y santificada por la sangre de tantos mártires, hallamos dos elocuentes testimonios de nuestra tradición, citados por López Ferreiro, a saber, el himno de Vísperas y un responsorio de la fiesta de Santiago, 25 de julio.

EL HIMNO DE VÍSPERAS

Consta de doce estrofas de versos quebrados al estilo sáfico. Su estructura «asonantada», su dureza y falta de elegancia clásica parecen indicar que el himno pertenece a la época de la invasión de los bárbaros, cuando el latín comenzó a desaparecer como idioma del pueblo para convertirse poco en «el romance» o latín hablado con acento extranjero, por no decir bárbaro. De especial interés para nuestra tradición, además de la invocación del Apóstol como «Jefe y Patrón de España», es lo referente al lugar del Apostolado de los «Magnos hijos del Trueno» y la expresiva alusión al ruego atrevido de su santa madre, María Salomé: «Dispón que estos dos hijos míos tengan asiento en tu reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda» (San Mateo, XX, 21). El poeta aplica estas palabras al Reino de Cristo aquí abajo, y afirma que Cristo cumplió el deseo de aquella piadosa madre en este mundo, dando en suerte a los hijos del Zebedeo los dos extremos del mundo, simbolizados por la mano derecha y la izquierda. López Ferreiro, comparando este himno con algunos fragmentos poéticos del famoso monje y obispo San Martín de Dumio, en Galicia, se inclina a creer que dicho Santo fuera el autor del poema. San Martín estuvo presente en el Concilio provincial de Braga, el año 563. El hecho de que no

se haga mención del sepulcro de Santiago en Compostela parece indicar que el himno es seguramente anterior al siglo IX, como lo es la liturgia llamada gótica o mozárabe. De las doce estrofas, citaremos cuatro; la primera refe-

- 4 — *Petrusque Romam; frater ejus Achaïam;
Indiam Thomas; Levi Macedoniam;
Jacobus Jebus, et Aegiptum Zelotes;
Bartholomae Licaon, Judas Edessam,
Mathias Pontum et Philipus Galliam.*
- 5 — *Magni deinde filii Tonitru
Adepti fulgent prece matris inclytæ
Utrique vitæ culminis insignia;
Regens Joannes dextra solus Asiam
Et laeva frater potitus Hispaniam.*
- 6 — *Clari Magistri, Creatoris inoxii
Adsistit dexteram pacis unus faedera
Tractus; sinistram alter in sententia
Varieque regno; bis electa pignora
Utroque polo properant ad gloriam.*
- 10 — *O vere digne sanctior Apostole,
Caput refulgens (totius) Hispaniae,
Tutorque nobis et Patronus vernulus,
Vitando pestem esto salus caelitus,
Omnino pelle morbum, ulcus, facinus.*

Sobre los himnos litúrgicos opinan algunos autores que, si bien aparecieron desde el principio de la Iglesia, no llegaron a formar parte integrante del oficio divino hasta el siglo VI. La prohibición de los himnos por el citado Concilio de Braga debe referirse, como advierte y prueba López Ferreiro, a los himnos vulgares o profanos, algunos hasta heréticos, como los usados por los priscilianistas en Galicia para propagar su herejía, pero de ningún modo a los himnos aprobados por la Iglesia e incorporados al oficio divino. En el cuarto Concilio Nacional de Toledo (633), presidido por San Isidoro, fué decretado: «*Excommunicatione preclendi qui hymnos rejicere fuerint ausi.*» (Serán excomulgados los que se atrevan a rechazar los himnos.)

UN ANTIGUO RESPONSORIO

Se lee no sólo en el oficio mozárabe, sino también en el antiguo Breviario romano y en el toledano que se rezaba en tiempos del Arzobispo don Rodrigo (siglo XIII), falsamente acusado de repudiar nuestra tradición. He aquí el texto tomado de López Ferreiro, O. C., pág. 128:

«*Adest nobis valde laetabunda dies praecellentissimi Apostoli Jacobi, per cujus saluberrimam praedicationem tota plebs Hispaniorum suum caepit agnoscere Redemptorem. Divini muneris claritate praefulgens Sanctus Apostolus Christi mentibus ferorum hominum veritatis lumen immittere non desistebat.*» (Llegó para nosotros el día gozoso del preclarísimo Apóstol Santiago (25 de julio), por cuya salubérrima predicación todo el pueblo de las Españas comenzó a conocer al Redentor. Iluminado por la luz de lo Alto, el Santo Apóstol de Cristo no cejaba en infundir la luz de la verdad en las mentes de los fieros paganos.) El Canónigo de León, Erce Jiménez, que intervino en Roma en la controversia sobre la reforma de las lecciones del Breviario romano para la fiesta de Santiago (siglo XVII), presentó manuscritos de a principios del siglo XIII

*Hic quoque Jacobus, cretus genitore vetusto,
Delubrum sancto defendit tegmine celsum:
Qui, clamante pio ponti de margine Christo,
Linquebat proprium panda cum puppe parentem.
Primitus Hispanas convertit dogmate gentes,
Barbara divinis convertens agmina dictis,
Quae priscos dudum ritus et lurida fana
Daemonis horreni deceptae fraude colebant;
Plurima hic Praesul patravit signa stupendus,
Quae nunc in chartis scribuntur rite quadratis.*

rente al ya mencionado «Catálogo de los Apóstoles»; las otras tres, al Apóstol Santiago, traducidas libremente. He aquí el texto tomado de la obra de López Ferreiro, tomo I, página 407:

- 4 — *Roma, San Pedro, San Andrés Acaya,
Tomás la India, Levi Macedonia,
Salem Santiago y Simón Egipto,
Natán Licaonia y la Siria Judas,
Matías el Ponto, Felipe las Galias.*
- 5 — *Brillan del Trueno los ilustres hijos
Que por las preces de su madre insigne
Ambos del Cielo llegan a la cumbre;
Juan sólo el Asia rige a la derecha,
Su hermano España ocupa a mano izquierda.*
- 6 — *Claros Maestros, del Creador benéfico
Uno a la diestra la alianza labra
De paz; el otro del Maestro bueno
Reina a la izquierda; prendas son de Cristo
Que de ambos polos a la gloria vuelan.*
- 10 — *Apóstol Santo entre los Apóstoles,
Cabeza ilustre de la España entera,
De nuestro suelo celestial Patrono,
Benigno ahuyenta de tu fiel rebaño
Todos los males desde el alto Cielo.*

(edición de Inocencio III) que contenían este responsorio. Si es cierto el conocido adagio o sentencia teológica «*modus orandi modus credendi*» (el modo de orar es el modo de creer), hay que admitir que ya en la época visigoda, dos siglos antes de la aparición de las Reliquias en Compostela (813), existía la tradición de la venida de Santiago a España y de su predicación en nuestra Península. Y esta tradición era universal y estaba incorporada al oficio divino en España y fuera de España.

8. Testimonio de San Adelmo (639-709)

Merece especial mención, por ser el testimonio que podríamos llamar clásico en la materia. He aquí algunos datos biográficos sobre el autor, tomados de la obra «*The Book of Saints*» (El Libro de los Santos), publicada en 1944 por los monjes benedictinos de la Abadía de Ramsgate (Inglaterra):

«Hijo de Kenter y pariente de Ina, rey de Wessex, fué discípulo del Abad de Canterbury, San Adrián el Africano, y de San Maldulfo, monje benedictino irlandés, de grande erudición y fundador de la Abadía de Malmesbury, de la cual llegó a ser Abad San Adelmo antes de ser nombrado primer Obispo de Sherborne. Fué muy versado en las ciencias y en las letras, y el primero de los anglosajones en cultivar la poesía en lengua latina y vernácula. Murió el año 709.»

Es, pues, digno representante de la cultura de su tiempo y de la tradición. En la traducción libre que luego daremos nos atenemos al texto y al contexto como se hallan en la obra citada de López Ferreiro, el cual nos da los siguientes datos de suma importancia para entender el sentido del poema: «A fines del siglo VII, hacia el año 700, compuso (San Adelmo) un poema titulado «*De Basilica aedificata a Bugge, filia regis Angliae*», el cual contenía doce inscripciones en verso para los altares de los doce Apóstoles, erigidos en la Basilica.» He aquí el texto:

*Aquí también Santiago, de antigua y noble stirpe,
El santuario protege de venerable techo:
Quien, a la voz de Cristo del mar en las orillas,
Abandonó a su padre por seguir al Maestro.
A las gentes Hispanas el primero convierte,
Enseñando a los bárbaros el camino del Cielo,
Cuando ellos, por engaño del horrendo demonio,
Falso culto le daban en tenebrosos templos;
Este ilustre Prelado obró muchos milagros
Que se escriben ahora para inmortal recuerdo.*

Terenciano Montero, O. M. I.

(Continuará)

CRONICA RELIGIOSA DEL MES

LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA EN CHINA

La persecución religiosa en China alcanza cada día caracteres más acusados. Las noticias aparecidas con frecuencia en la prensa internacional y las cartas de los misioneros, que siguen, mano sobre el arado en esta hora de ruda y difícil tarea apostólica, convienen en poner de manifiesto tan dolorosa realidad. En la imposibilidad de dar cabida en esta crónica a todas las noticias relacionadas con la persecución, nos limitaremos a seleccionar diversos datos, recogidos acá y allá, que juzgamos de interés para nuestros lectores.

En una crónica de Hong Kong, aparecida en el número de 15 de agosto de «L'Osservatore Romano», se habla de la campaña emprendida por el control militar de la provincia de Tientsin contra la «Legión de María». Todos los miembros de dicha Legión se han visto obligados a presentarse en los locales de la policía, para dar cuenta de las actividades desarrolladas como miembros de la misma. En la proclama dirigida al efecto contra ella, por el mencionado control militar, la Legión de María ha sido designada como «organización secreta reaccionaria controlada por los imperialistas». La actuación de los comunistas en este particular, se funda en la negativa dada por la Legión de María a los requerimientos que se le hicieron, para que se adhirió al movimiento en pro de la iglesia independiente. Tomando pie de semejante negativa, la prensa comunista ha iniciado al propio tiempo una violenta campaña de difamación contra la Legión de María. Esta campaña ha sido dirigida por los profesores «progresistas» de la Universidad Aurora de Shanghai.

En la misma crónica se habla de la situación actual de dicho importante centro de enseñanza. Como es sabido la Universidad «Aurora» de Shanghai, fué fundada por los religiosos de la Compañía de Jesús en 1903. Desde entonces hasta nuestros días, los jesuitas han cuidado de la dirección y sostenimiento de la Universidad. Pues bien; cumpliendo órdenes de la autoridad comunista el 15 de julio, los padres de la Compañía se vieron forzados a abandonar la Universidad, obra exclusiva de los ingentes esfuerzos apostólicos por ellos acumulados a lo largo de casi cincuenta años. Cinco meses antes de la expulsión, los jesuitas fueron ya constreñidos a re-

nunciar a la dirección de la Universidad.

No menos interesante en datos relativos a la persecución religiosa, de que venimos tratando, son los artículos del P. Echalar publicados en «La Civiltà Cattolica». Por ellos venimos en conocimiento de las penosas condiciones en que los sacerdotes y misioneros en general, han de realizar las tareas propias de su ministerio.

«Es superfluo decir que la decisión de no abandonar sus puestos de vanguardia entre los rojos, ha implicado e implica para los heroicos misioneros el sacrificio de sus más caros ideales. La pobreza en la que la casi totalidad de los obispos y sacerdotes se ve forzada a vivir, es extrema. El propagador del Evangelio, reducido al humilde grado de «ciudadano democrático» administra su dispensario, cultiva su huerto, trabaja como conductor en cualquier línea de autobuses o como picapedrero en cualquier cantera, o, si la libertad del régimen se lo consiente, tiene un pequeño comercio ambulante, para poder así, durante la noche socorrer a sus fieles dispersos y distribuirles al despuntar el alba, el Pan celestial, en cualquier mísera cabaña» (1).

Las autoridades comunistas se sirven de toda clase de medios para desvanecer las creencias religiosas entre el pueblo chino. En su lucha contra la Iglesia católica explotan con el engaño la simplicidad del pueblo. En Pekín y Shanghai los rojos han propuesto un suministro regular de arroz para todos los pobres que se abstengan de oír la Santa Misa; en otros lugares se concede a los estudiantes el tiempo necesario para asistir a los oficios religiosos, con tal empero, de que sean estos celebrados por sacerdotes chinos (2).

Esta última disposición responde plenamente a las directrices del movimiento anticatólico implantado por el Comunismo, en los países sometidos a su influencia, al cual en distintas ocasiones se ha aludido reiteradamente desde estas mismas páginas. El comunismo pretende demostrar a través de su acción inicial en dichos países, que su enemiga para con la Iglesia católica deriva no del hecho de que ésta encarna la confesión de fe única verdadera, sino del carácter que dicen muestra necesariamente, de representante de un imperialismo extranjero. De ahí las aparentes

muestras de candorosa sinceridad, que a los ojos de las gentes sencillas reviste el empeño comunista en favor de la creación de Iglesias nacionales. No se trata, parecen decir los comunistas, al tomar decisiones como la arriba anunciada, de combatir los sentimientos religiosos de los católicos. Nada de eso. Lo que únicamente se quiere es impedir que dichos sentimientos creen un ambiente propicio a las apetencias imperialistas —«vaticanistas»— del exterior.

¿En qué grado los resultados obtenidos permiten a los comunistas mostrarse satisfechos con el empleo de esa táctica? La respuesta es difícil, habida cuenta sobre todo de que en la mayoría de los casos no se posee otra información que la que llega a través de los mismos comunistas, en cuyas manos se hallan, como es lógico, los grandes resortes publicitarios. Ahora bien; al lado de las innegables defecciones, cuya historia nos habla, por otra parte, del refinamiento diabólico de los métodos de persecución usados por los comunistas, se producen a diario hechos que dan prueba de la heroica constancia en la fe, manifestada por los católicos chinos a lo largo de la persecución.

En Chungking se obligó a algunos sacerdotes y fieles a participar en una manifestación aparentemente inofensiva. Pronto reveló esta su verdadero carácter. Durante todo el acto no cesaron los gritos injuriosos contra el imperialismo extranjero y la Iglesia. Al término de la manifestación, un sacerdote, con admirable valentía, proclamó en alta voz su fidelidad a Cristo, a su Iglesia y al Papa y condenó el movimiento de autonomía que se quiere imponer a los católicos chinos, en todo lo que tiene de contrario a la constitución de la Iglesia. El sacerdote manifestó que se hallaba presto a entregar su vida por la patria, pero que en modo alguno podía sacrificar a ésta su fe.

Parecido suceso tuvo lugar en Hankow, en el transcurso de una reunión organizada por los comunistas para pedir la expulsión del obispo católico, americano de nacionalidad. La concurrencia estaba formada por seiscientos católicos entre estudiantes y seminaristas, los cuales seducidos por la propaganda roja habían accedido previamente a subscribir la súplica de destitución del obispo. Tras haber hablado dos comunistas, hizo uso de la palabra un seminarista de quince años, el cual dijo que en

(1) *La Civiltà Cattolica*, 4 agosto 1951.

(2) *L'Osservatore Romano*, 15 agosto 1951.

nombre propio y de todos, estudiantes, seminaristas y fieles, en general, cuantos habían firmado la súplica de destitución, se retractaba públicamente de ese acto al que dijo habían sido inducidos por engaño.

•QUE EL REINADO DE CRISTO SEA UN HECHO REAL SOBRE LA TIERRA...»

La revista «Ecclesia», órgano de la Dirección Central de la Acción Católica Española, publica la Pastoral colectiva, dirigida por el Episcopado argentino a los fieles de su país, con ocasión del XX aniversario de la institución de la Acción Católica en la Argentina.

Recorriendo la historia de la Acción Católica argentina desde sus comienzos, en 1931, los prelados de la República del Plata, constatan gozosos los frutos recogidos tras una incesante siembra de apostolado. Esta realidad es ya de por sí una exhortación a no cejar en la empresa comenzada.

«El Señor se ha mostrado benigno haciéndonos entrever las grandes metas que podemos alcanzar, si continuamos perseverantes en la acción, aumentando los centros y círculos de la Acción Católica argentina, perfeccionando los métodos y multiplicando los esfuerzos para hacer en adelante más eficaz y completo el apostolado católico.»

«Así lo quiere la Iglesia y lo repite el Padre Santo con apremiante solicitud: que no disminuya el celo ni se detenga el fervor apostólico que hoy caracteriza a la cristiandad; antes bien que se tienda a dar unidad, mayor fuerza viva y más cohesión al apostolado mundial. Todas las fuerzas católicas, agrupadas con diversos fines y con variada actividad, son llamadas a colaborar estrechamente con esta organización oficial del apostolado que es la Acción Católica argentina, porque cuando urge el reino de Cristo y es menester salvar a la sociedad cristiana del peligro que la amenaza, la indecisión sería funesta y la indiferencia culpable; no se habrían comprendido los deberes que impone el nombre de cristiano ni las consecuencias lamentables que importa para la comunidad y aun para la virtud personal el descuidar el ejercicio de la caridad espiritual con el prójimo, a que estamos obligados.»

Urge el reino de Cristo. Como única solución posible para los grandes y complejos problemas que tiene planteada la sociedad moderna. Como remedio exclusivo para los males que sufre el mundo. Este es el grito valiente e iterado, que vibra y aletea a través de todos los párrafos de la pastoral colectiva. El concepto nítido en sí, ha podido en más de una ocasión resultar confuso entre mentalidades defec-

tuosamente formadas. Los prelados argentinos cierran la entrada a cualquier posible equívoco cuando dicen:

«Aprovechamos esta circunstancia, amados hijos, para repetir una vez más que es urgente «restaurar todas las cosas en Cristo» (Efes. 1,10), de modo que la sociedad, sus instituciones y sus clases, vuelvan a someterse al imperio de su doctrina y de su ley y sea un hecho real su reinado sobre la tierra.»

EL IV CONGRESO INTERAMERICANO DE EDUCACION. RADIOMENSAJE DE SU SANTIDAD

El día 5 del pasado agosto, Su Santidad el Papa clausuró con un radiomensaje las sesiones del IV Congreso Interamericano de Educación, al que nos habíamos referido ya en el anterior número de CRISTIANDAD, con ocasión precisamente de otro mensaje del Papa relativo al mismo Congreso y dirigido al Arzobispo de Río de Janeiro, ciudad en la que ha tenido lugar aquél.

Su Santidad insiste en su mensaje sobre el tema de la Educación, «no para desarrollarlo de nuevo, dice, sino para referirnos a su trascendencia y actualidad grande en todos los tiempos y grandísima en los nuestros.»

«¿Habrá algo, pregunta el Papa, en la vida de la Humanidad más trascendente que la educación? El niño y el adolescente, como bien se dice, son una esperanza que promete para la familia, para la patria y para toda la Humanidad; pero al mismo tiempo una esperanza preciosa para la Iglesia, para el cielo y para el mismo Dios, cuyo hijo es o debe ser. Para que esa esperanza no falle, sino que se realice plenamente, es menester darle una educación física, que robustece las energías del cuerpo; una educación intelectual que desarrolla y enriquece las capacidades del espíritu y, sobre todo, una educación moral y religiosa, que ilumina la inteligencia, forma la voluntad y disciplina y santifica las costumbres, y es la única que da a la imagen de Dios la semejanza de prototipo divino. La educación que prescinde de ser moral y religiosa carece de las bases más importantes, descuida las energías más eficaces y vitales, desarrolla toda clase de vicios y confunde el mal con el bien. Los mejores pedagogos lo ven hoy, lo sienten y se esfuerzan por remediar las deficiencias pasadas, perfeccionando los métodos y buscando una educación nueva; pero la moral verdadera y la verdadera religión no son más que una, como es una la verdad fundamental y substancial: Dios, y que desarrolla sin lagunas ni errores la Iglesia católica.»

Su Santidad enuncia las razones por las que el tema de la educación ha de considerarse de «flagrante actualidad». Estas son, principalmente, la laguna de la educación familiar.

Dice el Padre Santo: «La educación del hombre empieza en la cuna y la primera escuela, insustituible es la del hogar doméstico. Por más pronto que comienza, nunca es demasiado temprano para formar el carácter y las costumbres del niño desde la infancia, decía ya la sabiduría pagana (Ps. Plutarco. De la educación de los niños, n. V). En la vida, lo mismo que en las ciencias, todo depende de los primeros principios.»

«Ahora bien; hoy día aun en las familias cristianas, aunque las haya modelos, donde se siente y se vive la gran responsabilidad de educar a los hijos, aneja, por ley de la naturaleza, a la paternidad, es también verdad, triste verdad, «la deplorable decadencia de la educación familiar» que en gravísimos términos lamentaba nuestro inmortel predecesor en la Encíclica «Divini Illius Magistri»: «Para las empresas y provechos de la vida temporal y terrena... se requieren largos estudios y cuidadosa preparación; más para el oficio y deber fundamentales de la educación de los hijos, poco o nada se preparan hoy muchos padres demasiado inmersos en el cuidado de lo temporal (Acta Ap. Sedis, vol. 22, 1930, pág. 74).»

«... El niño sin educar o deseducado, es entregado a la escuela pública, donde una enseñanza oficialmente neutra no forma, y tantas veces deforma, los espíritus; donde el ambiente es con asustadora frecuencia poco sano, para no hablar «de otras ocasiones de naufragio moral y religioso para la incauta juventud, ... especialmente de los libros impíos y licenciosos... de los espectáculos cinematográficos... de las audiciones radiofónicas», como deplora el mismo Predecesor nuestro en la aludida Encíclica (1. c., pág. 81).»

«En contraste con todas estas dificultades, vuestra educación ha de modelar definitivamente en la adolescencia la imagen del Criador, según el prototipo del Primogénito de la Creación, y darle un temple tan firme, que no se deforme, sino que antes se perfeccione una vez lanzada al torbellino de la vida social y civil hodierna... Es preciso que vuestra educación les dé el temple rígido del bronce, o del granito de esas montañas, y entonces los continuos embates, los choques inevitables de la vida moderna, lejos de deformarla, servirán para pulirla y perfeccionarla y aparecerá «un hombre cada vez más perfecto y acaso un santo que pueda ser colocado en el altar.»

ACTUALIDAD

CARTA FUNDAMENTAL DE LOS EDUCADORES CATÓLICOS PROCLAMADA EN EL CONGRESO

Al término del Congreso Interamericano de Educación, de que venimos hablando, los congresistas han formulado la llamada Carta Fundamental de los Educadores Católicos. Transcribimos a continuación el preámbulo y el enunciado de los tres principios fundamentales que desarrolla ese histórico documento:

«Los educadores católicos de las tres Américas, reunidos en Río de Janeiro, a la sombra protectora de la cruz del Señor y del Cristo Redentor del Corcovado, y bajo la mirada de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, en esta hora incierta y sombría para los que no tienen fe, pero repleta de esperanzas para los que creen en Dios Padre Todopoderoso, y tienen profunda confianza en la naturaleza humana redimida por Jesucristo, estudiamos los graves problemas del momento y, sobre todo, examinamos cuidadosamente nuestra misión y nuestra responsabilidad.»

«Nuestra responsabilidad es triple:

Tenemos obligaciones para con la infancia y la juventud, que Dios colocó bajo nuestro cuidado.

Tenemos obligaciones con el momento histórico, dentro de la etapa concreta de la evolución del tiempo en que nos tocó vivir.

Tenemos finalmente obligaciones para con la sociedad sobrenatural que Cristo fundó y con la sociedad temporal de la que formamos parte.»

La carta explana a continuación cada uno de los puntos objeto de las anteriores declaraciones.

Respecto al primero, los congresistas proclaman que traicionarían la vocación y los legítimos derechos de la juventud, si no atendiesen a la formación integral de su personalidad cristiana.

La obligación de los educadores con el momento histórico, se sintetiza en la necesidad de procurar la ordenación social de la persona humana, «dimensión del ser del hombre, legítimamente realizada en su dignidad». Y esa ordenación se desdobra en tres aspectos: ordenación del hombre para la comunidad, de unas clases para otras, de las naciones para la comunidad internacional.

Finalmente y por lo que hace a las obligaciones con la sociedad so-

brenatural que Cristo fundó y con la sociedad temporal de la que forma parte el hombre, los educadores manifiestan:

«Tenemos que defender los legítimos derechos de la sociedad que Cristo fundó y constituyó en maestra de la Humanidad.»

«Creemos que es deber imperioso nuestro condenar la absorción de los derechos de la familia por el Estado y unir nuestros esfuerzos para impedir que ella se realice.»

EL P. MAXIMILIANO MARÍA KOLBE

Recientemente ha sido introducida la causa de Beatificación del siervo de Dios, P. Maximiliano María Kolbe, franciscano conventual. La noticia ha hecho saltar al primer



plano de la actualidad religiosa mundial el nombre del P. Kolbe y el recuerdo de sus esclarecidas virtudes apostólicas, coronadas por el acto supremo de la entrega de la propia vida para salvar la del hermano... La muerte del Padre Kolbe constituye una de las más bellas estrofas de ese poema, cincelado a golpes de heroísmo, que elevan al cielo cuantos, en la hora de las tinieblas, sufren persecución por la justicia, más allá del tristemente famoso telón de acero.

EL VIAJE DE MONSEÑOR MONTINI

Según informa la prensa diaria, Mons. Montini, Substituto de la Se-

cretaría de Estado de su Santidad, ha visitado Canadá y Estados Unidos en el curso de un breve viaje de vacaciones.

Durante su permanencia en Canadá, Mons. Montini visitó diversos santuarios, famosos en la historia religiosa de aquel país, así como la Universidad de Monreal, la catedral de esta misma ciudad y el Gran Seminario.

En su visita a Norteamérica, el substituto de la Secretaría de Estado ha mostrado particular interés por la obra y actividades de la National Catholic Welfare Conference, a la que ha dedicado repetidos elogios.

LA VENIDA A ESPAÑA DEL CARDENAL DECANO DEL SACRO COLEGIO.

BENDICIÓN ABACIAL

DEL R. P. DOM ANSELMO M.^o ALBAREDA

El domingo, 26 de agosto, tuvo lugar en el Real Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, la solemne ceremonia de la bendición abacial del Rvdmo. P. Dom Anselmo María Albareda, O. S. B., Prefecto de la Biblioteca del Vaticano y monje del susodicho monasterio, hasta su designación para aquel cargo. El Padre Albareda fué nombrado recientemente, por Su Santidad, Abad titular de la Abadía «Nullius» de Santa María de Ripoll. En nombre de Su Santidad, a quien de derecho pertenece, en este caso, otorgar la bendición abacial, le fué conferida ésta al nuevo Abad por el eminentísimo Cardenal Tisserant.

La ceremonia verificóse de acuerdo con las solemnidades propias del rito fijado en el siglo XVI por el Papa Clemente VIII. A ella asistieron representantes del Gobierno de la nación, el Arzobispo de Tarragona, los Obispos de Barcelona y Ljubau, el Abad general de la Congregación Benedictina de Subiaco, autoridades de Barcelona y fieles llegados al Santuario de Montserrat de todos los Puntos de Cataluña.

El Cardenal Tisserant practicó en el Monasterio de Montserrat, en los días que precedieron a la bendición, los Ejercicios Espirituales. Celebrada aquélla visitó Zaragoza y estuvo en diversas ciudades del norte de España. Durante su permanencia en nuestra Patria el ilustre Púrpurado, huésped de honor de España, ha sido acompañado por el embajador señor marqués de Aycinena, expresamente designado por el Gobierno para tan alta misión.

HIMMANU-HEL

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Incidente en Kaesong. - ¿Invitación a Stalin? - Mientras el mundo se divierte... - ¡Pobre Francia...!
 La masonería contra la Iglesia y el Papa - QUEDAN TODAVIA SESENTA DIAS. - Fuerzas ocultas.
 Las dudas del Departamento de Estado. - ¿Dispuestos para el reembarque?
 El oráculo de Belgrado. - La unión de tímidos.

Del 1.º al 7 de agosto

INCIDENTE EN KAESONG

La advertencia más grave sobre las consecuencias de las conversaciones de Kaesong, ha sido hecha por el general surcoreano Choi Suk, al afirmar que las negociaciones «terminarán con un súbito y traicionero ataque por sorpresa de los comunistas», y que éstos esperan tan sólo para desencadenarlo, haber cubierto sus bajas y reconstruído las comunicaciones.

Estas palabras vienen a confirmar las noticias que recogíamos en la anterior quincena sobre el progresivo refuerzo de las líneas comunistas en Corea, y han sido seguidas por un espectacular incidente relatado por el general Ridgway, en un mensaje a los coreanos del Norte, en la siguiente forma: «Se ha comprobado, oficialmente, por testigos presenciales, y se ha confirmado también por medio de fotografías, que hacia las trece cuarenta y cinco horas del cuatro de agosto, se registró la presencia de fuerzas militares armadas, no pertenecientes al mando de las Naciones Unidas, en Kaesong y a distancia aproximada de cien yardas del edificio en que se celebra la conferencia.» El mensaje termina diciendo que las conversaciones, que han quedado interrumpidas, proseguirán tan pronto se reciba una «explicación satisfactoria de esa violación y se den garantías de que no volverá a producirse».

¿Se habrán roto las negociaciones? No parece, de momento, probable, aunque el general chino, jefe de las fuerzas rojas de Corea, acaba de manifestar que si las Naciones Unidas se aferran a ciertas demandas, la conferencia de Kaesong se derrumbará automáticamente.

¿Quién tiene interés en proseguir tales negociaciones? No, ciertamente los coreanos, que adivinan que al final serán ellos los castigados, aunque hayan sido, y sean todavía, las verdaderas víctimas.

¿INVITACIÓN A STALIN?

«Por vez primera existe la evidencia de graves disputas entre la Unión Soviética y la China comunista.» Esto acaban de escribirlo los

Alsop y se publica en las páginas de «El Correo Catalán».

¿Cuál es esa evidencia? «El más reciente indicio —sentencian— lo ha aportado la omisión del nombre de Josef Stalin en los pasquines aprobados por el Politburó chino, con destino a la fiesta del Ejército, el día 1.º de agosto.»

Y concluyen: «El jefe comunista Mao Tse Tung considera la China comunista como aliada de la Unión Soviética, «pero en términos de absoluta independencia e igualdad». Además, lejos de contentarse con el papel de mero satélite, «Mao Tse Tung se considera ideológicamente superior a Josef Stalin». Las posibilidades de conflicto con Rusia son, pues, evidentes.»

Una vez más se pregona la posibilidad de una sorda oposición entre el Kremlin y los comunistas chinos que siguen a Mao, como si el interés de los políticos norteamericanos pudiera cifrarse en organizar un movimiento comunista «ortodoxo», enemigo del actual dictador del Kremlin. Periódicamente se presenta a Mao Tse Tung como a un nuevo Tito, sin ninguna base suficiente. Ahora, los Alsop tratan de sacar partido de la ausencia del nombre de Stalin de un cartel de propaganda comunista impreso en China, y llegan a consignar que «la actitud china aparece revestida de gran importancia histórica».

¿Qué se oculta detrás de semejante propaganda? ¿Es acaso una invitación a que los acontecimientos se desarrollen en la forma expresada? ¿Desea el Departamento de Estado que Mao se convierta en el Tito asiático? Pero, entonces, ¿a quién se dirige la invitación? ¿Será, acaso, al propio Stalin?

MIENTRAS EL MUNDO SE DIVIERTE...

El Secretario del Ejército norteamericano, Frank C. Pace, declara en el Senado que puede ser inminente un ataque soviético en Persia o Yugoslavia, agregando que es posible que los Estados Unidos se vean envueltos en una tercera guerra mundial.

¿Qué significan estas palabras? ¿Tienen, tal vez, alguna relación

con el incidente que ha provocado la suspensión de la conferencia de «alto al fuego» de Kaesong?

Para cierto corresponsal, esa «literatura belicista» no tiene otra finalidad que la de «arrancar a toda costa al Congreso la autorización para los dos presupuestos proyectados», es decir, para el Ejército y para la ayuda a los aliados eventuales, por lo cual, según su opinión, si se quieren valorar tales expresiones hay que «restar importancia» a las mismas. (De Nueva York al «Diario de Barcelona»).

Según la opinión del referido cronista, los anuncios de una próxima conflagración mundial, en boca de los dirigentes estadounidenses, sólo serían un pretexto para amedrantar a los senadores, obligándoles así a votar los créditos solicitados por la Administración. Esa explicación, sin embargo, no resuelve prácticamente nada, porque si los créditos concedidos se destinan al rearme, ¿no indica ya este mismo hecho que la explosión bélica puede estallar en cualquier momento? Otra cosa sería que los dólares acordados por el Senado se destinaran a finalidades distintas de las anunciadas.

Pero prestemos atención a unas reveladoras palabras de los Alsop: «Durante los breves días en que quedaron interrumpidas las conversaciones de Kaesong (1), el peligro de una nueva guerra mundial se cernió sobre el mundo como una nube negra, perfectamente visible. Pero las gentes proseguían divirtiéndose en sus lugares de veraneo, y hablando de todo, menos del inminente riesgo que nos amenazaba.»

Esa es la gran tragedia de los instantes presentes. Hemos estado en inminente peligro de guerra, y las gentes divirtiéndose como si nada pudiera ocurrir. Estamos viviendo todavía horas muy angustiosas, con la amenaza suspendida sobre nuestras cabezas, y seguimos «hablando de todo» menos del peligro inmenso que puede sobrevenir para la humanidad en cualquier minuto.

¿Hasta cuándo durará esa inconsciencia colectiva? ¿Hasta cuándo ciertos elementos continuarán fo-

(1) Véase la Quincena Política del número anterior, pág. 367, epígrafe: En el frente de Kaesong.

ACTUALIDAD

mentando el espíritu «burgués» que se ha adueñado de nuestra generación?

¡POBRE FRANCIA...!

«Francia lleva veinticinco días sin Gobierno.» Mauricio Petsche acaba de ser derrotado en la Asamblea después de ser encargado de formar el nuevo gabinete por Vincent Auriol. Pero lo más significativo de esa nueva tentativa frustrada, es el debate que ha tenido lugar en la Asamblea sobre la ayuda a las escuelas libres, y que ha sido causa de que los socialistas se negaran a apoyar a Petsche.

Joannés Dupraz, hablando en nombre del M.R.P., dijo: «No nos separamos de la justicia escolar, de la justicia social. Concebimos este problema dentro del respeto al laicismo del Estado y de la neutralidad gubernamental.»

El canónigo Kir, independiente, recordó que en su calidad de alcalde de Dijon tuvo la satisfacción de hacer posible que todos los niños de la ciudad pudieran ir a la escuela, haciendo construir diecinueve locales laicos. «¿Por qué, pues, —afirmó—, no admitir que los que se ocupan de las escuelas libres dispongan de los recursos necesarios para continuar su labor?»

Como pueden ver fácilmente nuestros queridos lectores, ambos diputados se colocaban desde el primer instante en el terreno de la hipótesis, aceptando por adelantado el laicismo oficial, como si el alma de los niños, de todos los niños de Francia, tuviera un valor insignificante frente a unos millones de francos.

En cambio, vean ustedes cómo se expresaban los anticlericales por medio de su portavoz calificado, el socialista Guy Mollet: «Al parecer, se acusa a los socialistas de perseguir objetivos irrisorios. Pero en realidad, lo que les diferencia de los precedentes oradores es algo muy noble: la concepción de los derechos de una generación en relación a la que la sigue. No creemos en una verdad revelada, en la Verdad con una V mayúscula. No reconocemos el derecho de imponer a los niños ésa o aquélla concepción. Queremos desarrollar su espíritu crítico de modo que más tarde puedan escoger libremente. Tenemos una gran decepción al ver cómo el presente debate nos hace retroceder treinta años. Nuestra primera preocupación es la defensa de la República y de la patria» («Le Monde»).

¿Qué diferencia entre las expresiones empleadas por el político socialista, y las usadas por los señores del M.R.P. y sin partido, que le

precedieron en el uso de la palabra! Los enemigos de Dios y de la Iglesia no ocultan sus objetivos y sitúan el debate exactamente donde habían de situarlo los diputados que se precian de católicos. Lejos de ello, los «centristas» ceden por completo en el terreno de los principios, y tratan de arrancar, a lo más, una subvención, apresurándose inmediatamente a manifestar que no tratan en modo alguno de atentar a la neutralidad del Estado.

¡Pobre Francia...!

Del 8 al 13 de agosto

¿ENEMIGA O ALIADA?

Los Alsop insisten todavía en su vieja cantinela de una supuesta rivalidad entre Stalin y Mao. «El dictador rojo Mao Tse Tung —dicen— ha advertido claramente a su colega del Kremlin que considera todo el Asia como una zona exclusiva para la expansión del comunismo chino. Esta es la única interpretación plausible a una serie de siete artículos, escritos por altos funcionarios del Gobierno y publicados en China durante el transcurso del mes pasado.» De ello deducen: «No existe duda alguna de que las semillas de un conflicto entre los dos grandes poderes comunistas han quedado sembradas» («El Correo Catalán»).

Puede ser que eso sea verdad o no lo sea, pero como muy bien apostilla un corresponsal en Londres, «ciertamente, tienen importancia las diferencias que se han señalado y para las que por vez primera se pueden aducir fundamentos. Pero no garantizan nuestra tranquilidad futura. Se manifestarán en forma aguda cuando los dos movimientos haya triunfado. Pero entonces para nosotros tendrían poco interés. Y en todo caso, hasta ahora las divergencias han sido puramente verbales. Los soldados de Occidente que luchan en Corea no se han podido dar cuenta de que existen».

Contrariamente a los alegatos de los Alsop, el periódico «Herald Express» ha publicado el protocolo secreto firmado por la URSS y la China comunista, como apéndice a su Tratado de alianza. La autenticidad del protocolo, según una crónica de Washington, «ha sido oficialmente confirmada por el Departamento de Estado» («Solidaridad Nacional»). En dicho protocolo se estatuye que la población de China habrá de ser reducida en cien millones de individuos, mientras se establece que se movilizarán diez millones de trabajadores chinos para construir un dispositivo militar chinosoviético contra la actividad imperialista, y se sujeta a Pekín a una colabora-

ción económica que supedita todos los recursos de China a la URSS.

¿Qué hay detrás de tan opuestas versiones?

LA MASONERÍA,
CONTRA LA IGLESIA Y EL PAPA

«Las logias y talleres —dice una crónica procedente de Alemania— fueron disueltos por Hitler. Y ahora levanta la cabeza la sierpe masonónica sin recato ninguno y hasta con el descaro de la publicidad. En los escaparates de las platerías se ven escuadras y compases formando insignias masonónicas de solapa.» La masonería vuelve osadamente a la carga para tratar de reconquistar su influencia y su poder. Veamos algunos datos:

«La masonería alemana continúa obstinada desde 1945 en tender un cable a los francmasones de Londres; se ha establecido ya comunicación con los «hermanos» de París, pero los centros británicos, tan solicitados, no contestan.» Ahora, los francmasones alemanes se han reunido en congreso en Bad Ems, bajo la presidencia de Theodor Vogel, con la participación en lugar de honor del «hermano» Dehler, ministro de Justicia del Gobierno de Adenauer.

«En dicha reunión, el gran maestro Vogel hizo el balance de quince años de clandestinidad, y afirmó que de los 70.000 masones anteriores a la supresión, sólo restan unos 10.000...; hizo una llamada a la juventud para que acuda a las logias, que la recibirán con los brazos abiertos, «para encargarla de multiplicar la lucha contra el Papa y la Iglesia Católica» ... Al margen de las sesiones de protocolo y accesibles a la Prensa, los francmasones mantuvieron un cambio de impresiones reservado con los «tres caballeros Kadosch de Occidente» («Diario de Barcelona»).

La declaración explícita de la francmasonería alemana contra la Iglesia y el Papa, sitúa exactamente el verdadero objetivo de la masonería universal y no representa, en realidad, revelación alguna. Acaso solamente habrá de sorprender a algunos, que especulaban con las «protestas» de ciertos masones contra la persecución religiosa en la Alemania nacionalsocialista. Pero, ¿por qué ese interés de los «hermanos» alemanes en obtener el espaldarazo de Londres?

QUEDAN TODAVÍA SESENTA DÍAS

Contestando a unas preguntas formuladas por la periodista Margaret Higgins, el Jefe del Estado español ha dicho, entre otras cosas, lo siguiente:

«El espíritu de resistir es lo que hace un ejército. Tenemos este espíritu desde el más alto oficial al más modesto soldado y nos defenderemos con la ayuda norteamericana o sin ella. Pero, naturalmente, lo haríamos mejor con buen material.»

Refiriéndose a las conversaciones mantenidas con el almirante Sherman y las condiciones de un posible pacto con Norteamérica, el general Franco respondió: «Yo creo que América va a encontrarse a más de la mitad del camino.» Y añadió: «En caso de guerra no hay limitaciones.»

Sobre el rearme del Ejército español, un corresponsal de la United Press dice que los fondos necesarios para llevarlo a cabo, procederán de los quinientos millones de dólares que se reservan del total de ocho mil quinientos millones solicitados por Truman al Congreso. «Actualmente —añade— se procede a la formación de una misión diplomático-militar, que partirá para la capital española sin tardar mucho. La estrategia de la Administración tiende a vigorizar las fuerzas españolas. También se estudian muy de cerca las necesidades económicas españolas. Algunos altos funcionarios norteamericanos calculan que España precisa una ayuda inicial de unos doscientos millones de dólares. Los estrategas militares desean que el acuerdo hispanonorteamericano sea firmado en un plazo de unos sesenta días, a ser posible...» («El Correo Catalán»).

FUERZAS OCULTAS

Nicolás Chvernik, presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, ha enviado un comunicado al Presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman, acusando recibo del mensaje de éste así como de la resolución aprobada por el Congreso norteamericano. Escribe Chvernik: «El pueblo soviético no tiene porqué dudar de las intenciones pacíficas del pueblo americano. No obstante, el pueblo soviético sabe muy bien que en ciertos Estados existen determinadas fuerzas que trabajan para desencadenar una nueva guerra, en la cual los círculos en cuestión ven el medio para enriquecerse.» Y añade más adelante: «El deber de todos los pueblos pacíficos es el de seguir una política encaminada a evitar la guerra y a mantener la paz, a impedir la carrera de armamentos, a limitar las armas incluyendo la interdicción de las atómicas mediante el control estricto de esta medida, y a cooperar, en fin, a la conclusión de un acuerdo entre los cinco, encaminado a consolidar la paz.»

Resulta curiosa la constatación por parte de los dirigentes de la

Unión Soviética, de la voluntad pacífica de la mayor parte de los pueblos; pero no deja de sorprender la afirmación tajante de que la guerra es deseada por «determinadas fuerzas» que trabajan para desencadenarla. ¿Qué quiere dar a entender Stalin? ¿De qué fuerzas se trata? No se referirá seguramente ni al fascismo ni al nacionalsocialismo que, según la consigna en boga en las democracias, fueron los determinantes de la segunda guerra mundial. No se referirá tampoco a Alemania, entre otros motivos, porque se refiere a «fuerzas» que actúan desde el interior de los Estados. Un indicio aprovechable podrían ser las palabras que siguen a la acusación, refiriéndose al objetivo de «enriquecerse», que, según Chvernik, sería el propio de tales fuerzas. Como indicio puede aceptarse; como objetivo nos parece una ironía muy fina de los componentes del Soviet Supremo.

Pero, ¿será ironía la declaración posterior de Truman, afirmando que «considera que su acariciada meta de una paz mundial completa y permanente, puede todavía alcanzarse?»

De 14 al 22 de agosto

LAS DUDAS

DEL DEPARTAMENTO DE ESTADO

Según una crónica firmada en Washington por los Alsop, el Departamento de Estado norteamericano está preguntándose a estas alturas, si el bombardeo de las poblaciones civiles en el transcurso de una guerra es una solución adecuada para obtener «una verdadera victoria política». Con ello se insinúa ya que en el caso de un conflicto bélico con la URSS, no se seguirá el mismo método empleado contra Alemania, es decir, la rendición sin condiciones. Claro está que, como dicen los cronistas, las preguntas que se formula el Departamento de Estado, lo son «a modo de tanteo», seguramente, añadimos nosotros, para evitar «malos entendidos» entre los elementos militares y aún entre el pueblo estadounidense. Con ello, casi puede deducirse que el bombardeo atómico quedará prácticamente eliminado, y que se procurará salvar por todos los medios —lo hemos dicho ya en otras ocasiones— el experimento comunista en Rusia. Claro está que nos parece muy bien que se destierre definitivamente la práctica del bárbaro bombardeo de pueblos y ciudades indefensas; lo que no está tan claro es que los personajes que apoyaron y colaboraron en los ataques sin cuartel contra los núcleos urbanos de Alemania y el Japón, se escandalicen ante la posibilidad de que

los mismos métodos puedan emplearse contra la Unión Soviética. ¿Por qué?

No deja de ser interesante, a este respecto, la defensa que ha hecho el conservador Eden, de las relaciones comerciales entre la URSS y Gran Bretaña. «Europa —dice Mr. Eden— no tiene ningún interés en volver a ser liberada. Nadie se hace ilusiones allí sobre lo que podría quedar para que la liberara el ejército salvador. Antes de que el primer soldado del ejército liberador pudiera poner su planta en Europa, todo habría quedado barrido.» ¿A qué vienen esas desoladoras palabras del señor Eden? ¿Es que Europa no será defendida ni en el Elba, ni en el Rhin, ni siquiera en los Pirineos?

¿DISPUESTOS

PARA EL REEMBARQUE?

La periodista norteamericana Margarita Higgins, canta las excelencias de una colaboración entre Washington y Madrid. «Si nos mantuviéramos en España, salvaríamos la dura contingencia de un desembarco anfibio, en gran escala. Por otra parte, los aeródromos españoles serían los últimos en quedar destruidos. Varios puertos del sur pueden ser defendidos por una cortina de fuego semejante a la que se tendió sobre las cabezas de playa de Hungnam, en Corea.» Y a modo de excusa, añade: «El atasco en la cuestión del rearme alemán aplaza durante varios años la posibilidad de una fuerte defensa en el centro de Europa.»

¿Entonces, la alianza con los Estados Unidos servirá solamente a los intereses de éstos? Sería conveniente averiguar el motivo de la afirmación hecha por la subsecretaría judía del Departamento de Defensa norteamericano, Anna Rosenberg, después de su viaje de inspección por Europa, en el sentido de que las tropas norteamericanas en el viejo continente están «dispuestas para cualquier eventualidad». ¿Incluso para el reembarque?

LOS TESOROS DEL INCA

¿Saben ustedes la labor realizada por la UNESCO —«United National Educational, Scientific and Cultural Organisation»— en cinco años? He ahí un resumen substancial:

1) «Proponer que se vigile la edición de historias nacionales en cualquier país del mundo, para expurgarlas de sus lamentables excesos patrióticos.»

2) «Dedicar 35.000 dólares a una exploración por el Amazonas, en busca de los tesoros del Inca.»

ACTUALIDAD

3) «Estimular el estudio del analfabetismo en las colonias británicas.»

4) «Considerar la urgencia de un acuerdo entre todas las naciones para que adopten el «do» como nota básica de tono musical.»

5) «Tratar de que una pequeña tribu de África, que arranca los dientes delanteros a los niños por necesidades de la fonética de su idioma, cambie de idioma o cambie de fonética.»

Para continuar con tan trascendental labor, acaba de aprobar su nuevo presupuesto anual de dólares 8.500.000; lo gastado hasta la fecha, asciende ya a 38.162.000 dólares. Sin embargo, hay que advertir que con esta suma han podido mantenerse en París los ochocientos sesenta y tres empleados de sus oficinas centrales...

Del 23 al 31 de agosto

EL ORÁCULO DE BELGRADO

A su vuelta de Teherán, el enviado de Truman, Averell Harriman, se ha detenido en Belgrado con objeto de celebrar una entrevista con Tito. A su llegada a Viena, Harriman dió algunos pormenores de su conversación con el dictador comunista, en la cual estuvo presente su ministro de Asuntos Exteriores, Kardelj (2).

Dijo que había hablado de la ayuda militar y económica de los Estados Unidos a Yugoslavia, y de asuntos de «interés general», entre ellos, la crisis petrolífera del Irán. Harriman insistió en el hecho de que se le ha desvanecido toda duda que pudiera abrigar, sobre la efectividad de la ruptura entre Belgrado y Moscú.

Ahora bien, si existía anteriormente alguna duda, ¿por qué se regalaron tantos millones de dólares a Tito? ¿Y por qué Truman le consulta ahora sobre el asunto petrolífero de Persia? ¿Es por si acaso la ruptura no estuviera consumada?

(2) «Kardelj, el misterioso y duro safardita». (Crónica de Nueva York de «La Vanguardia Española».)

SIONISMO SOVIÉTICO

Radio Belgrado ha difundido la siguiente noticia:

«La Unión Soviética ha suprimido la autonomía a la República judía de Birobidjan, incorporándola a la región de Khabaravosk.»

La República autónoma de Birobidjan fué creada por Moscú, con el apoyo y la ayuda moral y económica del judaísmo norteamericano, pero nunca pasó de ser algo más que una ficción, ya que de hecho los judíos residentes en Rusia se negaron sistemáticamente a establecerse en aquel lejano territorio siberiano. La supresión de la autonomía a dicha República, representa sencillamente el fin de una experiencia, aunque algún comentarista presenta el acontecimiento dentro del pretendido antisemitismo que, según algunos, imperaría en la URSS. ¿No sería más adecuado suponer que a los judíos no les interesa ya ninguna República autónoma, desde que existe con plena independencia el Estado de Israel? En tal caso la desaparición de Birobidjan puede significar una positiva ayuda del Kremlin a los planes sionistas.

¿MISTERIO?

«Las negociaciones en Corea están tomando mal cariz. Algo hay en torno a Kaesong que huele a podrido. Algo se está tramando bajo el velo de una protesta de paz... Durante cuarenta y tres días de inútiles negociaciones, en las cuales los delegados no llegaron siquiera a ponerse de acuerdo respecto a los temas a discutir, las filas del ejército rojo se fueron engrosando con refuerzos constantes, tropas de refresco, armamento nuevo y tiempo, sobre todo tiempo» («Diario de Barcelona»).

Y continúa diciendo el cronista, que escribe desde Wáshington: «El por qué el general Rigway ofreció la paz anticipándose a que los rojos, vencidos, la solicitaran, es un misterio que no alcanzaremos nunca a descifrar. Ahora, a la vuelta de mes y medio perdido en inútiles tanteos

de paz, la única realidad tangible es que los rojos han duplicado su ejército, han mejorado su armamento y han fortificado sus posiciones. Unas posiciones que hace cuarenta días eran prácticamente insostenibles.»

Tenemos, pues, a los rojos coreanos preparados ya para lanzarse, cuando lo crean conveniente, a una ofensiva por mar, tierra y aire —al decir de algunos— cuyas consecuencias podrían ser ni más ni menos el comienzo de otra conflagración mundial. ¿Por qué ha sido posible llegar a ese extremo? Misterio, responde el corresponsal de referencia. Pero lo cierto es que todo parece disponerse para que la hecatombe se produzca cuando y como convenga a determinados círculos dirigentes.

Radio Pekín, acaba de advertir a los «imperialistas norteamericanos» que deberán atenerse a las consecuencias si se llega a una ruptura total en las negociaciones de Kaesong. Algo muy grave se está incubando en estas horas excepcionalmente críticas...

LA UNIÓN DE TÍMIDOS

«Los tímidos —asegura un cronista desde París— se van haciendo avasalladores. Organizan fiestas, concursos, jiras teatrales; envían comunicados a los periódicos, protestan a menudo; opinan sobre esto y lo de más allá... La mayor originalidad del actual movimiento estriba en reconocer la timidez, no como un defecto, sino como una cualidad que presenta grandes ventajas al lado de ciertos inconvenientes» («Diario de Barcelona»).

Esto mismo es lo que, de alguna manera, vienen realizando ciertos movimientos en pro de la unidad europea. También ellos organizan fiestas, concursos y jiras estivales en las cercanías del Rin; envían sus comunicados a la prensa, y hasta se atreven a opinar sobre cualquier materia. A veces, incluso, hablan de neutralismo. ¿Será, quizá, igualmente por timidez?

SHEHAR YASHUB

CON CENSURA ECLESIASTICA

¡ACABA DE APARECER LA OBRA TAN ESPERADA!

LA SOBERANIA SOCIAL DE JESUCRISTO

del P. Enrique Ramière, S. I.

En dicha obra, numerosos capítulos establecen la tesis de la realeza social de Cristo. Con esta larga exposición teológica, el autor estima, no precisamente desbordar la cuestión liberal, sino dominarla y resolverla, según principios que sean indiscutibles entre cristianos.

Puesto que el designio incontestable de Dios es que su Hijo reine, ¿por qué no trabajar por este Reino? ¿Por qué no insistir sin cesar en que, fuera de esta realeza divina, las naciones están condenadas a conmociones incesantes, a la decadencia de las costumbres y al caos intelectual?

Pida a su librero habitual la importante obra del P. Enrique Ramière, S. I.

LA SOBERANIA SOCIAL DE JESUCRISTO

PUBLICACIONES CRISTIANDAD, Diputación, 302, 2.º, 1.ª — BARCELONA

El mejor obsequio por la actualidad del tema.....

las 24 páginas que componen el primer fascículo de

Iconografía Española de la Asunción



ADMINISTRACION DE «**CRISTIANDAD**»
Diputación, 302, 2.º - BARCELONA

Obras existentes en nuestra Administración que por su interés recomendamos

Historia de las Sociedades Secretas

VICENTE DE LA FUENTE

3 tomos. . 60 ptas.

La Inquisición

J. M. ORTI LARA

ejemplar. . 15 ptas.

La vuelta a los altares

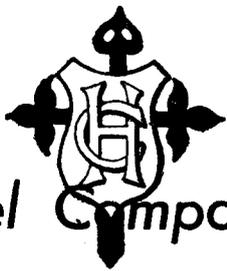
LUIS CREUS VIDAL

ejemplar. . 25 ptas.

El liberalismo es pecado

FELIX SARDÁ Y SALVANY

ejemplar. . 4 ptas.



Hotel Compostela

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

ENCUADERNACIONES

R. Girbes Sanchis

Sagunto, 75

Teléfono 23 71 50

BARCELONA (Sans)



*Visite las Cuevas
de Artá*

J. Pallarés



MOSCAS
MOSQUITOS
CUCARACHAS
POLILLAS
CHINCHES

Lolo



D. D. T. DE ACCION RAPIDA Y PROLONGADA

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE

Salvador Fusté Teixidor



**Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en BESSACHS
(GIRONELLA)**